

—Sospecho que ambas cosas —dijo Bob Jenkins. Se dirigió lentamente hacia la puerta del restaurante y miró afuera—. Nos encontramos en un mundo que se diría entero y en un razonable estado de funcionamiento, pero que al mismo tiempo parece casi exhausto. Las bebidas carbonatadas están desbravadas, la comida no tiene sabor y el aire es inodoro. Nosotros todavía despedimos aromas..., por ejemplo, huelo el perfume de Laurel y la loción para el afeitado del capitán, pero todo lo demás parece haber perdido su olor.

Albert cogió uno de los vasos de cerveza y olfateó. Decidió que aquello despedía un olor, pero muy, muy vago. El pétalo de una flor apretado durante muchos años entre las páginas de un libro no podía dar ese distante recuerdo de aroma.

—Lo mismo ocurre con los sonidos —siguió Bob—. Son chatos, unidimensionales, totalmente desprovistos de resonancia.

Laurel pensó en el apagado claqueo de sus tacones sobre el cemento y en la falta de eco cuando el capitán Engle gritó en busca del señor Toomy.

—Albert, ¿puedo pedirle que toque algo? —preguntó Bob.

Albert lanzó una mirada a Bethany. Ella sonrió y asintió.

—Vale. Claro. En realidad, siento curiosidad por saber cómo suena después de... —y miró a Craig Toomy—. Ya saben.

Abrió el estuche, haciendo muecas cuando sus dedos tocaron el cerrojo que habían producido la herida en la cabeza de Toomy, y sacó su violín. Lo acarició un momento, después cogió el arco con la mano derecha y colocó el violín bajo su barbilla. Se quedó así un momento, pensando. ¿Cuál era la música adecuada para este extraño mundo nuevo donde los teléfonos no sonaban y los perros no ladraban? ¿Ralph Vaughan Williams? ¿Stravinsky? ¿Mozart? ¿Tal vez Dvofák? No, ninguno de ellos era el adecuado. Entonces tuvo una inspiración y empezó a tocar *Someone's in the kitchen with Dinah*.

A media canción, el arco se detuvo.

—Supongo que debiste de dañar el violín al golpear al tipo —dijo Don Gaffney—. Suena como si estuviera relleno de algodón.

—No —dijo Albert despacio—. Mi violín está en perfectas condiciones. Lo sé por cómo lo siento y por cómo se portan las cuerdas bajo mis dedos, pero hay algo más. Acérquese, señor Gaffney.

Gaffney se acercó y se detuvo junto a Albert.

—Ahora, acérquese lo más que pueda al violín. No, tan cerca no, le metería el arco en el ojo. Ahí. Estupendo. Vuelva a escuchar.

Albert empezó a tocar, cantando para sus adentros, como acostumbraba a hacer cuando tocaba esa música trillada pero alegre.

Singing fee-fi-fiddly-I-oh, Fee-fi-fiddly-I-oh-oh-oh-oh, Fee-fi-fiddly-I-oh, Strummin 'on the old banjo.

—¿Escucha la diferencia? —preguntó al terminar.

—De cerca suena mucho mejor, si es eso a lo que te refieres —dijo Gaffney. Miraba a Albert con verdadero respeto—. Tocas bien, chico.

Albert le sonrió, pero en realidad le estaba hablando a Bethany Simms.

—A veces, cuando sé que mi maestro de música no anda por ahí, toco las viejas canciones de Led Zeppelin —dijo—. Esa música realmente se cuece en el violín. Les sorprendería. De todos modos —añadió, mirando a Bob—, coincide con lo que usted estaba diciendo. Cuanto más se acerca uno, mejor suena el violín. No es el instrumento el que está mal, sino el aire. No conduce el sonido como debería, y por eso lo que sale suena como sabe la cerveza.

—Desbravada —dijo Brian.

Albert asintió.

—Gracias, Albert —dijo Bob.

—Claro. ¿Puedo guardarlo ahora?

—Por supuesto. —Y Bob continuó mientras Albert guardaba el violín en el estuche y usaba una servilleta para limpiar los cerrojos y sus dedos—. El sabor y el sonido no son los únicos elementos distorsionados de la situación en que nos encontramos. Piensen en las nubes, por ejemplo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Rudy Warwick.

—No se han movido desde que llegamos y no creo que vayan a moverse. Creo que el esquema meteorológico en el que estamos acostumbrados a vivir se ha interrumpido o se está agotando como un viejo reloj de bolsillo. —Bob hizo una pausa. De pronto, parecía viejo, indefenso y asustado—. Como diría el señor Hopewell, no hilemos fino. Aquí todo está mal. Dinah, cuyos sentidos, incluido ese extraño y vago llamado sexto sentido, están más desarrollados que los nuestros, ha sido tal vez quien lo ha sentido con mayor fuerza, pero creo que todos lo hemos percibido en mayor o menor grado. Aquí las cosas están mal. Y ahora llegamos al núcleo del asunto. No hace ni quince minutos dije que parecía la hora del almuerzo. Ahora me parece mucho más tarde. Las tres o las cuatro de la tarde. Mi estómago no gruñe por el desayuno, sino por el té. Tengo la terrible sensación de que puede empezar a oscurecer antes de que nuestros relojes nos digan que son las diez menos cuarto de la mañana.

—Al grano, compañero —dijo Nick.

—Creo que guarda relación con el tiempo —prosiguió Bob, pensativo—. No con las dimensiones, como sugirió Albert, sino con el tiempo. Supongamos que, de vez en cuando, en la corriente del tiempo aparece un agujero. No se trata de una desviación sino de un desgarramiento, un desgarramiento en la estructura temporal.

—¡Es el disparate más grande que he oído en mi vida! —exclamó Don Gaffney.

—¡Amén! —lo secundó desde el suelo Craig Toomy.

—No —dijo bruscamente Bob—. Si quieren disparates, piensen en cómo sonaba el violín de Albert cuando estaban a menos de dos metros de distancia. O mire alrededor de usted, señor Gaffney. Mire alrededor de usted. Lo que nos está sucediendo, la situación en la que nos vemos envueltos, ése es el disparate.

Don frunció el entrecejo y metió las manos en los bolsillos.

—Continúe —dijo Brian.

—Vale. No estoy diciendo que tenga razón; simplemente, estoy ofreciendo una hipótesis que coincide con la situación en la que nos hallamos. Digamos que esas roturas en el tejido del tiempo aparecen de vez en cuando, pero la mayor parte en zonas no pobladas; naturalmente, me refiero al océano. No sé por qué iba a ser así, pero sigue siendo una suposición lógica, porque al parecer es allí donde se produce la mayor parte de las desapariciones.

—Los patrones meteorológicos sobre el agua casi siempre son distintos de los patrones meteorológicos sobre grandes masas de tierra —dijo Brian—. Podría ser por eso.

Bob asintió.

—Equivocados o no, es una buena manera de pensar en ello, porque sitúa el asunto en un contexto que nos resulta familiar a todos. Podría ser algo semejante a los raros fenómenos meteorológicos que se registran a veces: tornados que van de arriba abajo, arco iris circulares o aparición de luz astral durante el día. Estos desgarramientos del tiempo pueden aparecer y desaparecer al azar, o moverse como se mueven los frentes y los sistemas de presión, pero muy raramente se producen sobre tierra. Sin embargo, un experto en estadísticas diría que, más pronto o más tarde, lo que puede suceder sucederá; de modo que supongamos que anoche apareció uno sobre tierra y tuvimos la mala suerte de volar directamente a su interior. Y sabemos algo más. Alguna regla o propiedad desconocida de ese increíble fenómeno meteorológico hace que sea imposible que un ser humano lo atravesara a menos que esté dormido.

—¿Es un cuento de hadas? —preguntó Gaffney.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Craig Toomy desde el suelo.

—¡Cierre el pico! —gruñó Gaffney.

Craig parpadeó y, después, levantó el labio superior en una débil sonrisa burlona.

—Parece correcto —dijo Bethany en voz baja—. Es como si fuéramos a contracorriente de todo.

—¿Qué le sucedió a la tripulación y a los pasajeros? —preguntó Albert, que parecía enfermo—. Si el avión pasó y nosotros también, ¿qué le sucedió al resto?

Su imaginación le proporcionó una respuesta en forma de imagen súbitamente clara: cientos de personas cayendo del cielo, con las corbatas y los pantalones ondeando, los vestidos levantándose y dejando al descubierto ligeros y ropa interior, zapatos cayendo, plumas (las que no habían quedado en el avión) saliendo de los bolsillos; gente agitando brazos y piernas y tratando de gritar en el aire desoxigenado; gente que había dejado a sus espaldas billetes, bolsos, monedas y, al menos en un caso, marcapasos. Los vio cayendo al suelo como bombas, aplastando arbustos, levantando nubecillas de polvo, imprimiendo la forma de sus cuerpos al suelo del desierto.

—Mi idea es que se vaporizaron —dijo Bob—. Que sus cuerpos desaparecieron.

Al comienzo, Dinah no comprendió; después pensó en el bolso de la tía Vicky, con los cheques de viaje dentro, y empezó a llorar suavemente. Laurel pasó los brazos por los hombros de la pequeña ciega y la abrazó. Mientras tanto, Albert estaba agradeciendo fervientemente a Dios que su madre hubiera cambiado de idea en el último momento y hubiera decidido no acompañarlo al Este.

—En muchos casos, sus cosas se fueron con ellos —continuó el escritor—. Los que dejaron billetes y bolsos tal vez los tuvieran en la mano en el momento del..., del suceso. Pero es difícil decirlo. Lo que se llevaron y lo que quedó... Supongo que estoy pensando en la peluca, más que nada... No parece demasiado razonable.

—Lo encuentro correcto —dijo Albert—. Por ejemplo, está el caso de los clavos quirúrgicos. Dudo que el tipo al que pertenecían se los sacara del hombro o de la rodilla sólo porque estaba aburrido.

—Estoy de acuerdo —dijo Rudy Wanvick—. Era demasiado al comienzo del vuelo para estar tan aburrido.

Bethany lo miró sobresaltada y se echó a reír.

—Soy de Kansas —dijo Bob—, y el elemento de capricho me hace pensar en los ciclones que solíamos tener en verano. Borraban del mapa una granja, pero dejaban en pie la letrina, o destrozaban un granero sin derribar ni un fragmento del silo que estaba exactamente al lado.

—Colega, llegue al fondo del asunto —dijo Nick—. Sea cual fuere nuestra situación, no puedo evitar sentir que es muy tarde.

Brian pensó en Craig Toomy, en Tengo-que-llegar-a-Boston, de pie en lo alto del tobogán de emergencia, gritando: «¡Queda poco tiempo! ¡Queda muy poco tiempo!»

—De acuerdo —dijo Bob—. El fondo del asunto. Supongamos que existen cosas tales como desgarramientos en el tiempo y que hemos entrado en uno. Creo que hemos ido al pasado y hemos descubierto la desagradable verdad de los viajes a través del tiempo: no se puede aparecer en el Texas Book Depository el 22 de noviembre de 1963 y detener el asesinato de Kennedy; no se puede contemplar la construcción de las pirámides o el saqueo de Roma; no se puede investigar la Edad de los Dinosaurios... —Y levantó los brazos con las manos estiradas, como para incluir el mundo silencioso en el que se encontraban—. Miren bien a su alrededor, viajeros. Éste es el pasado. Está vacío, silencioso. Es un mundo, tal vez un universo, con el sentido y el significado de un bote de pintura vacía. Es posible que hayamos dado un salto absurdamente pequeño en el tiempo, tal vez de quince minutos, al menos inicialmente, pero es evidente que el mundo está desarmándose en torno nuestro. Van desapareciendo los datos sensoriales. La electricidad ya ha desaparecido. El tiempo es lo que era el tiempo cuando dimos el salto al pasado. Pero a mí me parece que, a medida que el mundo se desarma, el tiempo se alza en una especie de espiral para caer sobre sí mismo.

—¿Y no podría ser el futuro? —preguntó con cautela Albert.

Bob Jenkins se encogió de hombros. De pronto parecía muy cansado.

—No estoy seguro, claro, ¿cómo podría estarlo?, pero no lo creo. Este lugar en el que estamos parece viejo, estúpido, débil e insensato. Se siente como... no sé...

Entonces Dinah habló y todos se volvieron a mirarla.

—Acabado —dijo suavemente.

—¡Exacto! —exclamó Bob—. Gracias, querida. Es la palabra que buscaba.

—¿Señor Jenkins? —¿Sí?

—¿Recuerda ese ruido del que hablaba? Vuelvo a oírlo. —Tras una pausa añadió—: Suena más cerca.

8

Permanecieron todos en silencio, con expresión concentrada. A Brian le pareció oír algo, pero llegó a la conclusión de que era el ruido de su corazón. O su imaginación.

—Quiero ir otra vez junto a las ventanas —dijo de pronto Nick. Pasó por encima del cuerpo de Craig sin dedicarle ni una mirada y salió del restaurante sin agregar nada más.

—¡Eh! —exclamó Bethany—. ¡Eh! ¡Yo también quiero ir!

Albert la siguió, y casi todos los demás también.

—¿Qué hacen ustedes dos? —preguntó Brian a Laurel y Dinah.

—No quiero ir —dijo Dinah—. Desde aquí puedo oírlo igual. —Hizo una pausa y agregó—: Pero si no salimos pronto, lo oiré mejor.

Brian miró a Laurel Stevenson.

—Me quedo aquí con Dinah —dijo ella suavemente.

—Vale —dijo Brian—. Manténgase alejada del señor Toomy.

—«Manténgase alejada del señor Toomy» —repitió ferozmente Craig desde su lugar en el suelo. Volvió la cabeza con gran esfuerzo y movió los ojos para mirar a Brian—. Realmente, no puede salir con bien de esto, capitán Engle. No sé cuál es el juego que se traen entre manos usted y su amigo inglés, pero no saldrá bien. Probablemente, su próximo trabajo como piloto será traer cocaína desde Colombia. Al menos, cuando hable a sus amigos de lo buen piloto que es, un verdadero «crack», no estará mintiendo.

Brian se disponía a responder, pero lo pensó mejor y se calló. Nick decía que el tipo estaba loco, al menos temporalmente, y en su opinión Nick tenía razón. Tratar de razonar con un lunático era inútil, además de una pérdida de tiempo.

—Mantendremos la distancia, no se preocupe —dijo Laurel. Llevó a Dinah junto a una de las pequeñas mesas y se sentó con ella—. Y estaremos bien.

—Vale —dijo Brian—. Si empieza a soltarse, grite.

Laurel sonrió débilmente.

—Cuente con ello.

Brian se inclinó, examinó el mantel con el que Nick había atado las manos de Craig y se fue hacia la sala de espera para reunirse con los demás que estaban alineados frente a las enormes ventanas.

9

Empezó a oírlo antes de haber atravesado la mitad de la sala, y cuando llegó junto a los demás, era imposible creer que fuera una alucinación auditiva.

«El oído de esa niña es realmente notable», pensó Brian.

El ruido era muy leve —al menos para él—, pero existía y parecía venir desde el este. Dinah había dicho que sonaba como arroz inflado cuando se le echaba la leche. A Brian le parecía más bien como estática radial, esa estática excepcionalmente fuerte que se recibe a veces en períodos de gran actividad de las manchas solares. No obstante, estaba de acuerdo con Dinah en una cosa: sonaba a algo malo.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Miró a los demás y vio idénticas expresiones de atemorizado desmayo en todas las caras. Nick era el que se controlaba mejor, y Bethany, la chica que se había mostrado reacia a usar el tobogán, era la que parecía más asustada, pero todos escuchaban lo mismo.

Malo. Algo malo que se aproximaba. A toda prisa.

Nick se volvió hacia él.

—¿Qué conclusión saca, Brian? ¿Alguna idea?

—No —confesó Brian—, ni siquiera una idea pequeñita. Lo único que sé es que es el único ruido que se oye aquí.

—Todavía no ha llegado —dijo Don—, pero creo que llegará. Me gustaría saber cuánto tiempo tardará.

Se quedaron callados otra vez, escuchando el permanente chisporroteo siseante que venía del este. Y Brian pensó: «Creo reconocer ese sonido. No es de cereal empapado en leche, ni tampoco estática, sino... ¿Qué? Si no fuese tan débil...»

Pero no quería saberlo. De pronto lo comprendió, y con gran intensidad. El sonido lo llenaba de un asco profundo.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —dijo Bethany. Su voz era chillona y temblorosa. Albert le rodeó la cintura con un brazo y ella asió con fuerza su mano. La asió con el apretón del pánico—. ¡Tenemos que irnos ahora mismo!

—Sí —dijo Bob Jenkins—. Tiene razón. Ese ruido..., no sé qué es, pero resulta espantoso. Tenemos que salir de aquí.

Todos miraban a Brian, y él pensó: «Parece que vuelvo a ser el capitán. Pero no por mucho tiempo.» Porque no comprendían. Ni siquiera Jenkins comprendía, por agudas que fuesen sus deducciones, que no irían a ninguna parte.

Fuera cual fuese la fuente del sonido, avanzaba, y no tenía importancia porque seguirían allí cuando llegase. No había manera de escapar. Él comprendía la razón, aunque fuera el único... Y de pronto, Brian Engle también comprendió cómo debe sentirse un animal cogido en una trampa, mientras escucha los pesados pasos del cazador que se van aproximando.

CAPÍTULO SEIS

VARADOS. LAS CERILLAS DE BETHANY.
TRÁFICO DE DOBLE MANO. EL EXPERIMENTO DE
ALBERT. CREPÚSCULO. LA OSCURIDAD Y LA ESPADA.

1

Brian se volvió hacia el escritor.

—Dice que tenemos que salir de aquí, ¿no?

—Sí, creo que deberíamos hacerlo lo más pronto posible...

—¿Y adonde sugiere que vayamos? ¿A Atlantic City? ¿A Mia-mi Beach? ¿A Club Med?

—Capitán Engle, ¿sugiere que no tenemos a dónde ir? Creo... Espero que se equivoque. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Dentro de un momento. Primero, contésteme a una pregunta. ¿Puede volver a poner combustible en el avión? ¿Puede hacerlo aunque no haya electricidad?

—Creo que sí. Digamos que con la ayuda de algunos hombres hábiles podría hacerlo. ¿Y qué?

—Después volvemos a despegar —dijo Bob. En su cara arrugada brillaban pequeñas gotas de sudor. Parecían gotas de aceite—. Ese ruido, ese ruido chisporroteante viene del este. La fractura del tiempo se produjo a varios miles de kilómetros al oeste. Si desandáramos nuestra ruta original... ¿Podría hacerlo?

—Sí —dijo Brian. Había dejado funcionando la unidad eléctrica auxiliar, y eso quería decir que el programa del ordenador seguía intacto. Ese programa era una réplica exacta del viaje que acababan de hacer, desde el instante en que el vuelo 29 despegó en el sur de California, hasta el momento en que habían aterrizado en Maine. Un simple botón indicaría al ordenador que invirtiera esa ruta; otro botón, ya en el aire, pondría a trabajar al piloto automático. El sistema de navegación informatizado Teledyne recrearía el viaje hasta la más mínima variación de grado—. Sí, podría hacerlo, ¿por qué?

—Porque tal vez el desgarramiento esté todavía allí. ¿Se da cuenta? Tal vez aún podríamos volver a atravesarlo en sentido opuesto.

Nick miró a Bob con una súbita y sobresaltada concentración, y después se volvió hacia Brian.

—Tal vez tenga razón, colega. Tal vez.

El cerebro de Albert Kaussner se desvió por un camino lateral irrelevante, pero fascinante: si el desgarramiento seguía allí y su avión había volado a una altitud y en una dirección frecuentes —por una especie de avenida en el cielo—, entonces, quizás otros aviones hubieran pasado por ahí entre la una y siete minutos de la madrugada y ahora (fuera la hora que fuese). Quizás había otros aviones descendiendo o detenidos en otros aeropuertos americanos desiertos, otras tripulaciones y otros pasajeros vagando por ahí, aturcidos...

«No —pensó—. Dio la casualidad de que nosotros llevábamos un piloto a bordo. ¿Cuáles son las posibilidades de que eso suceda dos veces?»

Pensó en lo que había dicho el señor Jenkins sobre las dieciséis bases consecutivas de Ted Williams y se estremeció.

—Puede tenerla o no —dijo Brian—. En realidad no importa, porque no vamos a ningún sitio en ese avión.

—¿Por qué no? —preguntó Rudy—. Si puede ponerle combustible, no veo por qué...

—¿Recuerda las cerillas? ¿Las que estaban en el bol del restaurante? ¿Las que no encendían?

Rudy lo miró sin comprender, pero una expresión de intensa angustia apareció en la cara de Bob Jenkins. Se llevó una mano a la frente y dio un paso atrás. Parecía haberse encogido delante de ellos.

—¿Qué? —preguntó Don. Miraba a Brian con el ceño fruncido.

Era una mirada que transmitía confusión y sospecha—. Qué tiene eso que ver con...

Pero Nick lo sabía.

—¿No lo ve? —dijo—. ¿No lo ve, colega? Si las baterías no funcionan, si las cerillas no encienden...

—... entonces el combustible no arderá —terminó Brian—. Estará tan agotado y gastado como todo lo demás en este mundo. —Los miró a todos de uno en uno y añadió—: Sería lo mismo que llenar los tanques con melcocha.

2

—¿Alguna de ustedes, hermosas damas, ha oído hablar de los lagolieros? —preguntó súbitamente Craig. Su tono era ligero, casi vivaz.

Laurel se sobresaltó y miró nerviosamente a los otros, que seguían de pie junto a la ventana, hablando. Dinah se volvió hacia la voz de Craig, al parecer sin sorpresa.

—No —dijo tranquilamente—. ¿Qué son?

—No hables con él, Dinah —susurró Laurel.

—La he oído —dijo Craig en el mismo tono agradable—. ¿Sabe? Dinah no es la única que tiene buen oído.

Laurel sintió que se ruborizaba.

—De todos modos, no le haría daño a la niña —continuó Craig—. No más del que le hubiera hecho a aquella chica. Sólo estoy asustado. ¿Y usted?

—También —replicó Laurel—, pero cuando estoy asustada no tomo rehenes ni intento matar a adolescentes.

—Usted no tuvo que hacer frente al ataque de lo que parecía el equipo completo del Rams de Los Ángeles —dijo Craig—. Y ese tipo inglés... —Se echó a reír. El sonido de su risa en aquel lugar silencioso resultaba perturbadoramente alegre, perturbadoramente normal—. Bueno, lo único que puedo decir es que si cree que yo estoy loco, debe de ser porque no lo ha mirado a él. Ese hombre tiene una picadora de carne en cada ojo.

Laurel no sabía qué decir. Sabía que las cosas no habían sucedido tal como decía Craig Toomy, pero cuando él hablaba parecía como si hubieran tenido que ser así. Y lo que decía del inglés se acercaba demasiado a la verdad. Los ojos del hombre..., y la patada que le había dado al señor Toomy en las costillas después de haberlo atado... Laurel se estremeció.

—¿Qué son los lagolieros, señor Toomy? —preguntó Dinah.

—Bueno, yo solía creer que eran una invención —contestó Craig en el mismo tono de buen humor—. Ahora empiezo a preguntarme... Porque yo también los oigo, señorita. Claro que sí.

—¿El ruido? —preguntó Dinah con suavidad—. ¿Ese ruido son los lagolieros?

Laurel apoyó una mano en el hombro de Dinah.

—Preferiría que no siguieras hablando con él, encanto. Me pone nerviosa.

—¿Por qué? Está atado, ¿no?

—Sí, pero...

—Y siempre puedes llamar a los otros, ¿no?

—Bueno, creo...

—Quiero saber lo de los lagolieros.

Haciendo un esfuerzo, Craig volvió la cabeza para mirarla, y Laurel percibió parte del encanto y de la fuerte personalidad que habían mantenido a Craig en la vía rápida mientras obedecía al guión de alta presión que sus padres habían escrito para él. Lo sintió aun cuando estaba echado en el suelo con las manos atadas a la espalda y su frente y mejilla izquierda manchadas de sangre seca.

—Mi padre decía que los lagolieros eran pequeñas criaturas que vivían en los armarios, las cloacas y otros lugares oscuros.

—¿Como duendes? —quiso saber Dinah.

Craig rió y sacudió la cabeza.

—Me temo que no tan agradables. Decía que sólo eran pelo y dientes y piernecillas veloces..., muy veloces, para poder atrapar a los niños y niñas malos por muy deprisa que huyeran.

—Pare —dijo fríamente Laurel—. Está asustando a la niña.

—No —replicó Dinah—. Sé distinguir una invención cuando la oigo. Es interesante, simplemente.

No obstante, su cara decía que era más que interesante. Estaba concentrada, fascinada.

—Lo es, ¿no es cierto? —preguntó Craig, aparentemente complacido por su interés—. Creo que lo que Laurel quiere decir es que la estoy asustando a ella. ¿Me he ganado el cigarro, Laurel? Si es así, querría un El Producto, por favor. Nada de esos White Owls baratos para mí. —Y volvió a reír.

Laurel no contestó, y al cabo de un instante Craig continuó.

—Mi papá decía que había miles de lagolieros, que tenía que haberlos porque había cientos de miles de niños y niñas malos huyendo en todo el mundo. Eso decía. Mi padre no vio correr a un niño en su vida. Para él siempre huían. Creo que le gustaba esa palabra porque implica un movimiento insensato, carente de dirección, improductivo. Pero los lagolieros no huyen, ellos corren. Ellos tienen un objetivo. En realidad, se podría decir que los lagolieros son el objetivo personificado.

—¿Y qué hacían los niños que fuera tan malo? —preguntó Dinah— ¿Qué hacían que fuera tan malo como para que los lagolieros tuvieran que correr tras ellos?

—¿Sabes? Me alegro de que me hagas esa pregunta, Dinah —dijo Craig—. Porque cuando mi padre decía que algo era malo, en realidad quería decir que era ocioso. Una persona ociosa no podía formar parte *del panorama global*. De ninguna manera. En mi casa, o formabas parte de el panorama global o estabas descuidando el trabajo, y eso era lo peor que podías hacer. Degollar a alguien era un pecado venial comparado con descuidar el trabajo. Mi padre decía que si no formabas parte del panorama global, los lagolieros vendrían y te borrarían totalmente del mapa. Decía que una noche estarías en tu cama y los escucharías venir..., mordiendo y mascando todo a su paso..., y que aunque trataras de huir ellos te cogerían, porque tenían unas veloces...

—¡Ya basta! —exclamó Laurel. Su voz era neutra y seca.

—Sin embargo, ahí fuera está ese ruido —dijo Craig. Sus ojos la miraban, brillantes, casi picaros—. No puede negarlo. El ruido está realmente ahí...

—Pare o le pegaré con algo —amenazó Laurel.

—Vale —dijo Craig. Se desplazó rodando hasta quedar boca arriba, hizo una mueca y volvió a rodar, colocándose de espaldas a ellas—. Cuando un hombre está atado y en el suelo, se cansa de que le peguen.

En esta ocasión, Laurel no se ruborizó, sino que se puso furiosamente roja. Se mordió el labio y no dijo nada. Tenía ganas de llorar. ¿Cómo se suponía que debía manejar esta situación? ¿Cómo? Primero el tipo parecía estar loco de atar, y después tan cuerdo como es posible estarlo. Y mientras tanto, el mundo entero —el panorama global del señor Toomy— se había ido al infierno.

—Apuesto a que le tenía miedo a su papá, ¿no es cierto, señor Toomy?

Sobresaltado, Craig miró a Dinah por encima del hombro. Volvió a sonreír, pero la sonrisa era distinta. Era una sonrisa apesadumbrada, herida, sin un ápice de relaciones públicas.

—Esta vez eres tú quien gana el cigarro, señorita —dijo—. Le tenía terror.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¿Estaba descuidando el trabajo? ¿Lo cogieron los lagolieros?

Craig se quedó un largo rato pensando. Recordaba que le habían dicho que su padre había tenido un ataque al corazón en la oficina. Cuando su secretaria tocó el timbre para convocarlo a la reunión de las diez con el personal, no obtuvo respuesta. Entonces, entró y lo encontró muerto sobre la alfombra, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma.

«¿Te dijo eso alguien? —se preguntó de pronto—. ¿Te dijo alguien que los ojos se le salían de las órbitas y que tenía espuma en la boca? ¿Te lo dijo alguien, tal vez mamá cuando estaba borracha, o era una expresión de tus deseos?»

—¿Señor Toomy? ¿Lo hicieron?

—Sí —dijo Craig, pensativo—. Creo que estaba descuidando el trabajo y que lo cogieron ellos.

—Señor Toomy.

-¿Qué?

—Yo no soy como usted me ve. No soy fea. Ninguno de nosotros lo es.

Él la miró sobresaltado.

—¿Y cómo sabes de qué modo te veo, señorita ciega?

—Se sorprendería —dijo Dinah.

Laurel se volvió hacia ella, más inquieta que nunca, pero por supuesto no había nada que ver. Las gafas oscuras de Dinah desafiaban la curiosidad.

3

Los demás pasajeros seguían de pie en el extremo más alejado de la sala de espera, escuchando aquel sonido bajo y sin decir nada. Parecía como si no quedara nada por decir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Don. Parecía haberse marchitado dentro de su camisa roja de leñador. Albert pensó que incluso la camisa había perdido parte de su alegre vibración varonil.

—No lo sé —respondió Brian. Sentía que una horrible impotencia le atenazaba el vientre. Miró el avión, que durante un tiempo había sido su avión, y le sorprendieron sus líneas netas y su suave belleza. Por comparación, el Delta 727 que estaba a su izquierda parecía una matrona desaliñada. «Te parece hermoso porque nunca volverá a volar, eso es todo. Es como ver un instante a una hermosa mujer en el asiento trasero de una limusina... Parece mucho más hermosa de lo que realmente es porque no es tuya y nunca podrá serlo.»

—¿Cuánto combustible queda, Brian? —preguntó de pronto Nick—. Tal vez aquí el índice de combustión no sea el mismo. Tal vez haya más del que piensa.

—Todos los aparatos están en perfecto estado de funcionamiento —dijo Brian—. Cuando aterrizamos, tenía menos de trescientos litros. Para regresar al lugar donde sucedió esto, necesitaríamos al menos veintitrés mil.

Bethany sacó sus cigarrillos y ofreció uno a Bob. Éste negó con la cabeza. Ella depositó uno entre sus labios sacó las cerillas y frotó una.

No encendió.

—¡Oh! —exclamó.

Albert la miró. Ella volvió a frotar la cerilla, y otra vez, y otra. No pasaba nada. Miró al muchacho asustada.

—A ver —dijo Albert—. Dame.

Le quitó las cerillas de la mano y arrancó otra. La frotó contra la banda de la parte trasera de la carterita. No pasó nada.

—Sea lo que fuere, parece contagioso —observó Rudy Warwick.

Bethany se echó a llorar y Bob le tendió su pañuelo.

—Espera un minuto —dijo Albert, y volvió a frotar la cerilla. Esta vez encendió, pero la llama era diminuta, débil, mortecina. La aplicó a la temblorosa punta del cigarrillo de Bethany, y de pronto vio una imagen: la de una señal con la que se cruzaba todos los días al pasar con su ciclomotor en dirección al Instituto Pasadena. «Peligro», decía el cartel, «Circulación en ambos sentidos».

«¿Qué demonios significa eso?»

No lo sabía, al menos todavía no. Lo único que sabía era que había una idea pugnando por salir, pero que, al menos por el momento, permanecía encallada.

Albert apagó la cerilla, sacudiéndola. No necesitó demasiada energía.

Bethany aspiró su cigarrillo e hizo una mueca.

—¡Uf! Parece un Garitón o algo así.

—Échame humo en la cara —dijo Albert.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Échame humo en la cara.

Ella obedeció y Albert olfateó el humo. Su dulce fragancia anterior estaba sofocada.

«Sea lo que fuere, parece contagioso.»

«Peligro: Circulación en ambos sentidos.»

—Vuelvo al restaurante —dijo Nick. Parecía deprimido—. El viejo Casio parece flaco y resbaladizo. No me gusta dejarlo demasiado tiempo solo con las damas.

Brian y los demás lo siguieron. Albert pensó que había algo divertido en aquellos traslados masivos. Se comportaban como vacas que huelen la tormenta en el aire.

—Ven —dijo Bethany—. Vamos.

Tiró el cigarrillo medio consumido en un cenicero y usó el pañuelo de Bob para secarse los ojos. Después, cogió a Albert de la mano.

Se encontraron cruzando la sala de espera, cuando acudió de nuevo a la mente de Albert mientras éste miraba la parte posterior de la camisa roja del señor Gaffney, y esta vez con más fuerza: «Circulación en ambos sentidos.»

—¡Espera un minuto! —gritó. De pronto, pasó un brazo por la cintura de Bethany, la atrajo hacia sí, acercó la cara a su cuello y olfateó profundamente.

—¡Eh! ¡Apenas nos conocemos! —protestó Bethany. Después, empezó a reír sin poder evitarlo y rodeó el cuello de Albert con sus brazos.

Albert, un chico cuya natural timidez sólo desaparecía en sueños, no le prestó atención. Hizo otra inspiración profunda por la nariz. Los olores de su cabello, sudor y perfume seguían allí, pero eran leves, muy leves.

Todos miraron, pero Albert ya había soltado a Bethany y corría de regreso a las ventanas.

—¡Guau! —exclamó Bethany. Seguía riendo un poco, muy ruborizada—. ¡Un tipo extraño!

Albert miró el avión y vio lo que había notado Brian unos minutos antes: sus líneas eran netas y suaves, y se veían de un blanco casi irreal. Parecía vibrar en la torpe quietud exterior.

Y de pronto la idea vino a su encuentro. Pareció estallar detrás de sus ojos como un cohete. El concepto central era una bola ardiendo, brillante; sus implicaciones irradiaban como feroces chispas, y durante un instante casi se olvidó de respirar.

—¿Albert? —preguntó Bob—. Albert, ¿qué pa...?

—¡Capitán Engle! —gritó Albert. En el restaurante, Laurel se incorporó bruscamente y Dinah se agarró a su brazo con manos que parecían garras. Craig Toomy volvió la cabeza para mirar—. ¡Capitán Engle! ¡Venga aquí!

4

Fuera, el ruido se oía más fuerte.

Para Brian era el sonido de la estática radial. A Nick Hopewell le parecía que sonaba como un fuerte viento agitando secas hierbas tropicales. A Albert, que el verano anterior había trabajado en McDonald's, le recordó el ruido de las patatas fritas en la freidora. Y a Bob Jenkins le sugería el ruido del papel cuando alguien lo arruga en una habitación distante.

Los cuatro se arrastraron por entre las tiras de goma y bajaron a la zona de descarga de equipajes, escuchando el sonido de lo que Craig Toomy llamaba los lagolieros.

—¿Está mucho más cerca? —preguntó Brian a Nick.

—No sabría decirlo. Suena más cerca, pero antes estábamos dentro.

—Vamos —dijo Albert, impaciente—. ¿Cómo volvemos a subir? ¿Trepando?

—No será necesario —dijo Brian, y señaló una escalerilla rodante que estaba en el extremo más alejado de la puerta 2. Fueron en su busca, acompañados por el fatigoso golpeteo de sus zapatos en el cemento.

—Sabes que es una idea muy improbable, ¿no, Albert? —preguntó Brian mientras andaba.

—Sí, pero...

—Las ideas improbables son las mejores —terminó Nick por él.

—Sólo quiero que no se decepcione demasiado si esto no funciona.

—No se preocupe —dijo suavemente Bob—. Yo me decepcionaré por todos. La idea del muchacho tiene su lógica. Debería resultar. Albert, ¿comprendes que puede haber factores que no hemos descubierto?

—Sí.

Cuando llegaron a la escalerilla, Brian sacó los frenos de una patada. Nick se colocó junto a un asa que sobresalía de la barandilla izquierda y Brian cogió la de la derecha.

—Espero que todavía ruede —dijo Brian.

—Debería hacerlo —contestó Bob Jenkins—. Al parecer, algunos, tal vez casi todos los componentes físicos y químicos de la vida parecen seguir funcionando; nuestros cuerpos pueden procesar el aire, las puertas se abren y se cierran...

—Y no olvide la gravedad —intervino Albert—. La tierra todavía retiene.

—Dejemos de hablar y probemos —dijo Nick.

La escalerilla rodaba con facilidad. Los dos hombres la empujaron hacia el 767, con Albert y Bob en la retaguardia. Una de las ruedas chirriaba rítmicamente. Aparte de ése, el único ruido que se oía era el bajo y constante chisporroteo procedente de algún lugar del horizonte oriental.

—Mírenlo —dijo Albert mientras se acercaban al 767—. Sólo mírenlo. ¿No lo ven? ¿No ven que está mucho más allá que cualquier otra cosa?

No era necesaria una respuesta y nadie la dio. Todos lo veían. Reacio, casi contra su voluntad, Brian empezó a pensar que tal vez el chico hubiera encontrado algo.

Colocaron la escalerilla en un ángulo entre el tobogán de emergencia y el fuselaje del avión, con el escalón superior apartado a un solo paso largo de la puerta abierta.

—Yo iré primero —anunció Brian—. Nick, una vez que haya vuelto a meter el tobogán, usted y Albert lleven la escalera a una posición mejor.

—Sí, mi capitán —dijo Nick, haciendo un pequeño saludo militar con los nudillos del primer y segundo dedo tocando su frente.

Brian bufó.

—¡Agregado júnior! —exclamó, y corrió escaleras arriba. Unos momentos después, había plegado el tobogán utilizando el mecanismo de despegue.

A continuación, se inclinó para ver cómo Nick y Albert colocaban cuidadosamente la escalerilla en posición, con el último escalón justo debajo de la entrada delantera del 767.

5

Ahora, Rudy Warwick y Don Gaffney vigilaban a Craig. Bethany, Dinah y Laurel estaban alineadas ante las ventanas de la sala de espera, mirando.

—¿Qué hacen? —preguntó Dinah.

—Han recogido el tobogán y han colocado una escalerilla junto a la puerta —dijo Laurel—. Ahora suben. ¿Estás segura de que no sabes qué se proponen? —preguntó a Bethany.

La chica hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo único que sé es que As, quiero decir Albert, casi se volvió loco. Me gustaría pensar que fue una irrefrenable atracción sexual, pero no lo creo. —Hizo una pausa, sonrió y agregó—: Al menos, todavía no. Dijo algo sobre que el avión estaba más allá, y mi perfume menos allá, lo cual probablemente no complacería a Coco Chanel o como se llame. Y también algo así como circulación en ambos sentidos. No lo entendí. Realmente, barbotaba.

—Yo sé de qué se trata —dijo Dinah.

—¿Qué piensas, encanto?

Dinah se limitó a menear la cabeza.

—Espero que se den prisa. Porque el pobre señor Toomy tiene razón. Vienen los lagolieros.

—Dinah, eso es algo que se inventó su padre.

—Quizás alguna vez fuera una invención —dijo Dinah, volviendo sus ojos ciegos hacia la ventana—, pero ya no lo es.

6

—Vale, As —dijo Nick—. Adelante con el espectáculo.

El corazón de Albert palpitaba con fuerza, y sus manos temblaban mientras disponía los cuatro elementos de su experimento en el estante de primera clase donde, hacía mil años y al otro lado del continente, una mujer llamada Melanie Trevor había supervisado un cartón de zumo de naranja y dos botellas de champán.

Brian lo miró con atención mientras Albert colocaba una caja de cerillas, una botella de Budweiser, una lata de Pepsi y un bocadillo de mantequilla de cacahuete que había sacado de la nevera del restaurante. El bocadillo estaba envuelto en plástico.

—Muy bien —dijo Albert, e hizo una inspiración profunda—. Veamos qué tenemos aquí.

7

Don salió del restaurante y se acercó a las ventanas.

—¿Qué sucede?

—No lo sabemos —dijo Bethany. Se las había arreglado para conseguir llama de otra de sus cerillas y volvía a fumar. Cuando apartó el cigarrillo de sus labios, Laurel vio que le había sacado el filtro—. Entraron en el avión, siguen dentro del avión, fin de la historia.

Don se quedó unos segundos mirando hacia el exterior.

—Algo ha cambiado fuera. No sé en qué sentido, pero así es.

—La luz se está yendo —dijo Dinah—. Ésa es la diferencia. —Su voz era bastante tranquila, pero el pequeño rostro reflejaba soledad y miedo—. Puedo sentir que se va.

—Tiene razón —corroboró Laurel—. Sólo ha habido luz de día durante dos o tres horas, y ya vuelve a oscurecer.

—¿Sabe? Sigo pensando que esto es un sueño —dijo Don—. Sigo pensando que es la peor pesadilla que he tenido, pero despertaré pronto.

Laurel asintió.

—¿Cómo está el señor Toomy?

Don rió sin demasiada alegría. —No se lo creería. —¿El qué? —preguntó Bethany. —Se ha quedado dormido.

8

Craig Toomy, por supuesto, no dormía. La gente que se quedaba dormida en momentos críticos, como aquel tipo que se suponía debía vigilar mientras Jesús rezaba en el jardín de Getsemaní, decididamente no formaba parte del *panorama global*.

Había vigilado atentamente con los ojos entornados a los dos hombres, deseando que uno o ambos salieran. Por fin, el de la camisa roja salió. Warwick, el calvo con dientes postizos, se acercó a Craig y se inclinó. Craig cerró por completo los ojos.

—¡Eh! —exclamó Warwick, echando en la cara de Craig el mal aliento de su dentadura—. ¡Eh! ¿Está despierto?

Craig se quedó quieto con los ojos cerrados, respirando con regularidad. Se le ocurrió fabricar un pequeño ronquido, pero lo pensó mejor.

Warwick lo tocó. Craig mantuvo los ojos cerrados y siguió respirando regularmente.

Calvo se incorporó, pasó por encima de él y se dirigió hacia la puerta del restaurante para mirar a los otros. Craig entreabrió los párpados y se aseguró de que Warwick le daba la espalda. Después, cuidadosa y silenciosamente, empezó a mover las muñecas dentro del apretado ocho que formaba el mantel. Ya lo sentía más flojo.

Movía las muñecas con sacudidas cortas, vigilando la espalda de Warwick, listo para dejar de moverse y volver a cerrar los ojos en cuanto éste diera señales de volverse. Deseó que Warwick no lo hiciera. Quería estar libre antes de que volvieran los gilipollas del avión. Sobre todo el gilipollas inglés, el que le había lastimado la nariz y lo había pateado mientras estaba en el suelo. El gilipollas inglés lo había atado muy bien; gracias a Dios, sólo era un mantel y no una cuerda de nailon. En tal caso, no hubiera habido ninguna posibilidad, pero siendo así...

Uno de los nudos se aflojó, y Craig empezó a hacer rotar las muñecas de un lado a otro. Oía a los lagolieros acercarse. Tenía intención de estar fuera de allí y camino de Boston antes de que regresaran. En Boston estaría seguro. Cuando uno estaba en una habitación llena de banqueros, resultaba imposible huir.

¡Y que Dios ayudara a quien tratara de impedirselo, fuera hombre, mujer o niño!

9

Albert cogió la carterita de cerillas que había sacado del bol del restaurante.

—Prueba A —dijo—. Allá voy.

Arrancó una cerilla y la frotó. Sus manos temblorosas lo traicionaron, y lo hizo unos milímetros por encima de la tira que cubría la parte inferior del cartón. La cerilla se dobló.

—¡Mierda! —exclamó Albert.

—¿Quieres que yo...? —empezó Nick.

—Déjelo tranquilo —intervino Brian—. Es su espectáculo.

—Tranquilo, Albert —dijo Bob.

El chico sacó otra cerilla, le dedicó una sonrisa descompuesta y la frotó.

No encendió.

Volvió a frotar.

La cerilla no encendió.

—Supongo que tendremos que aceptarlo —dijo Brian—. No hay nada...

—¡La olí! —dijo Nick—. ¡Olí el sulfuro! ¡Prueba con otra, As!

Pero Albert volvió a probar con la misma, y esta vez se encendió. No se limitó a prender y apagarse, sino que se irguió con la familiar forma de lágrima, azul en la base y amarilla en la punta, y empezó a quemar la parte de papel.

Albert levantó la mirada con una amplia sonrisa.

—¿Lo ven? —dijo—. ¿Lo están viendo?

Sacudió la cerilla, la dejó caer y cogió otra. Ésta encendió a la primera. Dobló la tapa de la carterita y tocó las otras cerillas con la llama, como había hecho Bob Jenkins en el restaurante. Esta vez se encendieron con un siseo seco. Albert las apagó como velas de aniversario. Necesitó soplar dos veces para conseguirlo.

—¿Lo ven? —preguntó—. ¿Se dan cuenta de lo que significa? ¡Circulación en ambos sentidos! ¡Trajimos nuestro tiempo con nosotros! ¡Ahí fuera está el pasado, y supongo que en todas partes al este del agujero que atravesamos, pero aquí dentro todavía reina el presente! ¡Sigue atrapado dentro del avión!

—No lo sé —dijo Brian, pero de pronto todo volvía a parecer posible. Sintió un impulso loco, casi irrefrenable, de abrazar a Albert y darle unas palmadas en la espalda.

—¡Bravo, Albert! —exclamó Bob—. ¡La cerveza! ¡Pruebe con la cerveza!

Albert destapó la botella de cerveza mientras Nick buscaba un vaso entero de entre el desastre que rodeaba el carrito de las bebidas.

—¿Dónde está el humo? —preguntó Brian.

—¿Humo? —dijo Bob, desconcertado.

—Bueno, no es humo exactamente, cuando se destapa una cerveza por lo general aparece una especie de humillo alrededor del gollete de la botella.

Albert olfateó y le pasó la cerveza a Brian.

—Huela.

Brian lo hizo y empezó a sonreír. No podía evitarlo.

—¡Dios! Con humo o sin él, huele a cerveza.

Nick tendió el vaso y a Albert le gustó ver que la mano del inglés también temblaba.

—Viértela —dijo—. Apresúrate, colega, mis huesos me dicen que el suspense es malo para el viejo reloj.

Albert sirvió la cerveza y sus sonrisas se desvanecieron.

Estaba desbravada. Absolutamente desbravada. Permanecía inmóvil en el vaso de whisky que había encontrado Nick, y su aspecto era el de una muestra de orina.

10

—¡Dios todopoderoso! Está oscureciendo. La gente que estaba junto a las ventanas miró hacia atrás cuando Rudy Warwick se reunió con ellos.

—Se supone que tiene que vigilar al lunático —dijo Don.

Rudy hizo un gesto de impaciencia.

—Duerme como un lirón. Creo que ese golpe en la cabeza le desordenó los muebles más de lo que pensamos al principio. ¿Qué pasa ahí fuera? ¿Por qué oscurece tan pronto?

—No lo sabemos —dijo Bethany—. Simplemente es así. ¿Cree que el tipo raro está entrando en coma o algo así?

—No lo sé —dijo Rudy—. Pero si es así, ya no tendremos que preocuparnos por él, ¿no? ¡Cristo! ¡Ese ruido es escalofriante! Suena como un grupo de termitas en una balsa.

Por primera vez, Rudy parecía haber olvidado su estómago.

Dinah levantó la cara hacia Laurel.

—Creo que sería mejor vigilar al señor Toomy —dijo—. Estoy preocupada por él. Apuesto a que está asustado.

—Si está inconsciente, Dinah, no hay nada que podamos...

—No creo que esté inconsciente —dijo Dinah con calma—. Ni siquiera que esté dormido.

Laurel observó pensativamente a la niña y después cogió su mano.

—Vale —dijo—. Echemos un vistazo.

11

Finalmente, el nudo que había hecho Nick Hopewell para inmovilizar la muñeca derecha de Craig se aflojó lo bastante como para permitirle sacar la mano. La utilizó para deshacer el nudo que sujetaba su mano izquierda y se puso en pie rápidamente. Manadas de puntos negros pasaron por su campo de visión y desaparecieron. Advirtió que la terminal se sumía en la penumbra. Caía una noche prematura. Escuchaba el ruido masticatorio de los lagolieros con mayor claridad, tal vez porque sus oídos habían captado su frecuencia, o tal vez porque estaban más cerca.

En el extremo más alejado de la terminal, vio dos siluetas, una alta y la otra baja, que se apartaban de las otras y desandaban el camino hacia el restaurante. La mujer de voz de arpía y la pequeña ciega de rostro feo y regordete. No podía permitir que diesen la alarma. Eso sería terrible.

Craig se alejó del trozo ensangrentado de moqueta donde había permanecido tumbado, sin apartar los ojos de las figuras que se aproximaban. No conseguía determinar a qué velocidad se iba la luz.

En un mostrador, a la izquierda de la caja registradora, había cubiertos, pero eran de plástico, no le servían. Craig dio la vuelta a la caja y encontró algo mejor: un cuchillo de carnicero sobre el mostrador, junto a la parrilla. Lo cogió y se acuclilló detrás de la caja registradora para vigilar. Miraba a la niña con un interés especialmente ansioso. La niña sabía mucho, quizá demasiado. La pregunta era: ¿de dónde había sacado sus conocimientos?

Una pregunta realmente interesante.

¿No?

12

La mirada de Nick fue de Albert a Bob.

—¡Aja! —exclamó—. Las cerillas funcionan, pero la cerveza no. —Y se volvió para dejar el vaso de cerveza—. ¿Qué significará eso?

De pronto, una nubecilla de burbujas como una seta salió de ninguna parte del fondo del vaso. Se elevó rápidamente, se extendió y apareció en lo alto del vaso. Los ojos de Nick se dilataron.

—Al parecer —dijo secamente Bob—, las cosas requieren cierto tiempo para ponerse a tono. ¡Excelente! —exclamó tras coger el vaso, beber y chascar la lengua. Todos miraron el complicado encaje de espuma blanca en el interior del vaso—. Puedo afirmar sin vacilación que es el mejor vaso de cerveza que he bebido en mi vida.

Albert echó más cerveza en el vaso. Esta vez salió con espuma que rebosó y se deslizó por la parte exterior. Brian lo cogió.

—¿Seguro que quiere hacerlo, colega? —preguntó Nick, sonriendo—. ¿No decís vosotros que tienen que pasar «veinticuatro horas entre la botella y el acelerador»?

—En caso de viajes a través del tiempo, la regla queda en suspenso. Puede consultarlo —dijo Brian e inclinando el vaso, bebió—. Tiene razón —dijo a Bob riendo—. Es la mejor cerveza que ha existido. Prueba la Pepsi, Albert.

Albert abrió la lata y todos escucharon el familiar siseo del gas, elemento principal de cientos de gaseosas. Tomó un gran trago. Cuando bajó la lata, sonreía, pero había lágrimas en sus ojos.

—Caballeros, la Pepsi-Cola está muy buena hoy —dijo con el tono pomposo de un *maître*, y todos se echaron a reír.

13

Don Gaffney alcanzó a Laurel y Dinah cuando entraban en el restaurante.

—Me pareció mejor... —Sin acabar la frase, comenzó a mirar a su alrededor—. ¡Mierda! ¿Dónde está?

—No lo... —empezaba a decir Laurel, cuando Dinah Bellman la interrumpió.

—Silencio —susurró la niña a sus espaldas.

La cabeza de Laurel se volvió hacia atrás con la lentitud de la luz de una linterna agotada. Durante un instante, no hubo ruido alguno en el restaurante, al menos nada que ella pudiera oír.

—Allí —dijo Dinah, y apuntó hacia la caja registradora—. Está escondido allí. Detrás de algo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Don con voz seca y nerviosa—. No oigo...

—Yo sí —dijo tranquilamente Dinah—. Oigo las yemas de sus dedos deslizándose sobre metal. Y oigo su corazón. Late muy deprisa. Está mortalmente asustado. Me da mucha pena.

De pronto se soltó de la mano de Laurel y avanzó.

—¡No, Dinah! —gritó Laurel.

Dinah no le prestó atención. Siguió caminando hacia la caja registradora con los brazos extendidos y los dedos buscando posibles obstáculos. Las sombras parecían ir en su busca y envolverla en sus manos ansiosas y oscuras.

—¿Señor Toomy? Por favor, salga. No queremos hacerle daño. Por favor, no tenga miedo...

Desde detrás de la caja registradora empezó a elevarse un sonido. Era un potente aullido..., una palabra, o algo que intentaba ser una palabra, pero desprovista de cordura.

—Tuuuuuuuu...

Craig salió de su escondite con los ojos llameantes y enarbolando el cuchillo. De pronto había comprendido que era Dinah, que Dinah era uno de ellos, que detrás de esas gafas oscuras se escondía uno de ellos. Además, no se trataba de un simple lagoliero, sino del jefe de los lagolieros. Era quien llamaba a los otros con sus ciegos ojos muertos.

—Tuuuuuuuuu...

Craig se precipitó sobre ella, chillando. Don Gaffney apartó a Laurel de su camino, tirándola casi al suelo, y dio un salto adelante.

Era rápido, pero no lo bastante. Craig Toomy estaba loco y se movía con la velocidad de un lagoliero. Se acercó a Dinah en una carrera frenética. No había posibilidad de huida para él.

Dinah no hizo ningún esfuerzo por apartarse. Miró desde su oscuridad a la de él y extendió los brazos, como para abrazarlo y consolarlo.

—Tuuuuuuuu...

—Está bien, señor Toomy —dijo ella—. No tenga mié...

En ese momento, Craig enterró el cuchillo en su pecho, pasó corriendo junto a Laurel y entró en la terminal sin dejar de chillar.

Dinah se quedó un instante inmóvil. Sus manos encontraron el mango de madera que salía de su vestido, y sus dedos flotaron por encima de él, explorándolo. Después, se desplomó lenta y grácilmente al suelo, convirtiéndose en una sombra más de la creciente oscuridad.

CAPÍTULO SIETE

DINAH EN EL VALLE DE LAS SOMBRAS. EL DEVORADOR DE TOSTADAS MÁS RÁPIDO DEL MISSISSIPPI. CORRIENDO CONTRA EL TIEMPO. NICK TOMA UNA DECISIÓN.

1

Albert, Brian, Bob y Nick se pasaron el bocadillo de mantequilla de cacahuete y jalea. Le dieron dos mordiscos cada uno y se quedaron sin bocadillo, pero mientras duró, Albert pensó que jamás había hundido los dientes en algo más delicioso. Su estómago despertó y empezó a reclamar más.

—Ésta es la parte que más le va a gustar a nuestro amigo el señor Warwick —dijo Nick, tragando—. Eres un genio, As —añadió, mirando a Albert—. Lo sabes, ¿no? Un genio absoluto.

Albert se ruborizó, feliz.

—No es para tanto —dijo—. Sólo utilicé lo que el señor Jenkins llama método deductivo. Si dos corrientes que fluyen en direcciones distintas se juntan, se mezclan y forman un torbellino... Vi lo que pasaba con las cerillas de Bethany y pensé que aquí podía estar pasando algo parecido. Y además, estaba la camisa roja del señor Gaffney. Empezó a perder color. De modo que pensé que si las cosas empezaban a desvanecerse cuando ya no estaban en el avión, tal vez si se subía al avión algo que estaba borroso, podría...

—Siento interrumpir —dijo suavemente Bob—, pero creo que si queremos intentar volver, deberíamos iniciar el proceso lo más pronto posible. Los ruidos que oímos me preocupan, pero hay algo que me preocupa más. Este avión no es un sistema cerrado. Creo que hay posibilidades de que dentro de poco empiece a perder su..., su...

—¿Su integridad temporal? —sugirió Albert.

—Sí, bien dicho. Ahora, todavía puede arder el carburante que pongamos, pero tal vez dentro de unas horas no.

A Brian se le ocurrió una idea desagradable: que el combustible dejara de arder en pleno vuelo, con el 767 a diez mil metros de altura. Abrió la boca para decirlo, pero volvió a cerrarla. ¿De qué serviría sugerirles eso si no podían hacer nada para evitarlo?

—¿Por dónde empezamos, Brian? —preguntó Nick con su habitual concisión y sentido práctico.

Brian revisó mentalmente el proceso. Resultaría algo complicado, sobre todo trabajando con hombres cuya única experiencia con los aviones probablemente empezaba y terminaba en el aerodelismo, pero pensó que era posible.

—Empecemos encendiendo los motores y colocando el avión lo más cerca que podamos de aquel Delta 727 —dijo—. Cuando lleguemos allí, apagaré el motor de estribor y dejaré encendido el de babor. Tenemos suerte. Este 767 está equipado con tanques de ala húmeda y un sistema APU que...

Hasta sus oídos llegó un grito penetrante que cortó el sordo y chisporroteante ruido de fondo como si se frotara un tenedor contra un encerado. Siguió los pasos de alguien que subía por la escalerilla. Nick se volvió en esa dirección y levantó los brazos. Albert reconoció el gesto enseguida; había visto en la escuela a algunos de esos tipos locos por las artes marciales que practicaban el movimiento. Era la clásica posición defensiva del *taekwondo*. Un instante después, la cara pálida y aterrorizada de Bethany apareció en la puerta, y Nick dejó caer los brazos.

—¡Vengan! —gritó Bethany—. ¡Tienen que venir!

Jadeaba sin aliento en la plataforma de la escalerilla, y empezó a caer hacia atrás. Por un segundo, Albert y Brian pensaron que caería y se partiría el cuello contra los escalones. Nick dio un salto adelante, la cogió por la nuca y la metió en el avión. Bethany no parecía darse cuenta de que había estado a punto de caer. Sus ojos oscuros los miraban desde el círculo blanco de la cara.

—¡Vengan! ¡La ha apuñalado! ¡Creo que está muriéndose!

Nick apoyó las manos en sus hombros y acercó la cara a la suya como si pensara besarla.

—¿Quién ha apuñalado a quién? —preguntó Nick con calma—. ¿Quién se está muriendo?

—Yo..., ella..., el señor T-T-Toomy...

—Bethany, di taza.

Ella lo miró, aturdida y sin comprender. Brian miraba a Nick como si se hubiera vuelto loco.

—Di taza. Ahora mismo.

—T-T-taza.

—Taza y plato. Dilo, Bethany.

—Taza y plato.

—Vale. ¿Mejor?

Ella asintió.

-Sí.

—Bien. Si vuelves a sentir que pierdes el control, di taza y lo recuperarás. Ahora, dime, ¿quién ha sido apuñalado?

—La niña ciega. Dinah.

—¡Mierda! Vale, Bethany. Sólo... —Pero Nick alzó la voz cuando vio que Brian pasaba por detrás de Bethany en dirección a la escalerilla, seguido de Albert—. ¡No! —gritó en un tono cortante y duro que los detuvo en seco—. ¡Quédense adonde están!

Brian, que había servido en Vietnam y conocía el tono de orden incuestionable cuando lo escuchaba, se detuvo tan repentinamente que Albert chocó contra su espalda. «Lo sabía —pensó—. Sabía que tomaría el mando. Era cuestión de esperar el momento oportuno y las circunstancias adecuadas.»

—¿Sabes cómo sucedió o dónde está ahora nuestro maldito compañero de viaje? —preguntó Nick a Bethany.

—El tipo..., el tipo de la camisa roja dijo...

—Vale, no te preocupes —dijo, mirando de reojo a Brian. Tenía los ojos encendidos de cólera—. Los malditos imbéciles lo dejaron solo. Apostaría mi pensión. Bueno, no volverá a suceder. Nuestro señor Toomy ha disparado su último cartucho.

Volvió a mirar a la chica, que bajó la cabeza. El pelo le tapaba la cara y respiraba con profundas y temblorosas inspiraciones.

—¿Está viva, Bethany? —preguntó con suavidad.

—Yo..., yo..., yo...

—Taza, Bethany.

—¡Taza! —dijo Bethany, gritando, y lo miró con ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. No lo sé. Estaba viva cuando yo..., ya sabe, cuando vine a buscarlos. Ahora puede estar muerta. Le dio de lleno. ¡Jesús! ¿Por qué teníamos que cargar con un maldito psicópata? ¿No estaban ya bastante mal las cosas sin eso?

—Y ninguno de ustedes, que se suponía que tenían que vigilar al tipo, tiene la menor idea de a dónde fue después, ¿no es cierto?

Bethany se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Era toda la respuesta que necesitaban,

—No sea tan duro con ella —dijo Albert, y rodeó la cintura de Bethany con su brazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y empezó a llorar con más fuerza.

Nick los apartó suavemente.

—Si quisiera ser duro con alguien, lo sería conmigo, As. Debí quedarme. Regreso a la terminal —dijo, volviéndose hacia Brian—. Usted no. Seguramente, el señor Jenkins tiene razón: tenemos poco tiempo. No quiero ni pensar cuánto. Encienda los motores, pero no mueva el avión todavía. Si la niña vive, necesitaremos las escalerillas para subirla. Bob, vaya al pie de la escalera. Manténgase alerta por si aparece ese cabrón de Toomy. Albert, tú vienes conmigo. —Y entonces agregó algo que espantó a todos—: Que Dios me perdone, pero en el fondo espero que haya muerto. Ahorraríamos tiempo.

2

Dinah no había muerto, ni siquiera estaba inconsciente. Laurel le había quitado las gafas para limpiar el sudor que cubría su cara, y los ojos de Dinah, muy grandes y castaños, miraron sin ver los ojos azul verdosos de Laurel. Detrás de ella, Don y Rudy miraban ansiosamente el suelo.

—Lo siento —dijo Rudy por quinta vez—. De verdad, pensé que estaba dormido, que se había desmayado.

Laurel lo ignoró.

—¿Cómo te encuentras, Dinah? —preguntó suavemente. No quería mirar el mango de madera que sobresalía del vestido de la niña, pero no podía apartar los ojos de él. Había muy poca sangre, al menos por el momento; sólo un círculo del tamaño de una taza pequeña en torno al lugar donde había entrado la hoja.

Por el momento.

—Duele —dijo Dinah con voz débil—. Es difícil respirar. Y está caliente.

—Te pondrás bien —dijo Laurel, pero sus ojos eran arrastrados sin cesar hacia el mango del cuchillo. La niña era muy pequeña, y no conseguía comprender cómo la hoja no la había atravesado. No podía comprender cómo no había muerto ya.

—... fuera de aquí —dijo Dinah. Hizo una mueca, y un grueso y lento hilo de sangre brotó de la comisura de su boca y corrió por su mejilla.

—No trates de hablar, cariño —dijo Laurel, y apartó de la frente de Dinah los húmedos bucles de pelo.

—Tienen que salir de aquí —insistió Dinah. Su voz era poco más que un susurro—. Y no deben culpar al señor Toomy. Está..., está asustado, eso es todo. Tiene miedo de ellos.

Don miró furiosamente a su alrededor.

—Si encuentro a ese bastardo, yo lo asustaré —dijo apretando los puños. En la oscuridad creciente, un sello brilló en uno de sus dedos—. Le haré desear haber nacido en una cueva de ratones.

En ese momento, Nick entró al restaurante, seguido de Albert. Empujó a Rudy Warwick sin una palabra de disculpa y se arrodilló junto a Dinah.

Su mirada brillante se fijó un instante en el mango del cuchillo y después pasó a la cara de la niña.

—Hola, cariño —dijo alegremente, pero sus ojos se habían oscurecido—. Veo que te han acomodado. No te preocupes. Estarás bien en un tris.

Dinah sonrió un poco.

—¿Qué es un tris? —susurró. Al hablar le salió más sangre de la boca y Laurel vio que le manchaba los dientes. El estómago le dio un lento vuelco.

—No lo sé, pero estoy seguro de que es algo agradable —contestó Nick—. Voy a volver tu cabeza a un lado. Quédate tan quieta como puedas.

-Vale.

Nick le movió la cabeza muy suavemente, hasta que su mejilla tocó la moqueta.

—¿Duele?

—Sí —murmuró Dinah—. Está caliente. Duele... respirar.

Su voz susurrante había adquirido un timbre quebrado, ronco. Un delgado hilo de sangre brotó de su boca y empezó a acumularse sobre la alfombra, a menos de tres metros de donde se secaba la sangre de Craig Toomy. Se oyó el gemido de alta presión de los motores del avión. Don, Rudy y Albert se volvieron en su dirección. Nick no apartó la mirada de la niña. Habló suavemente.

—¿Tienes ganas de toser, Dinah?

—Sí..., no..., no lo sé.

—Es mejor que no lo hagas —dijo—. Si sientes ese picor, trata de ignorarlo. Y no vuelvas a hablar, ¿vale?

—No... No lastime... al señor Toomy.

Sus palabras, aunque susurradas, transmitían un sentimiento de urgencia.

—No, cariño, ni se me ocurriría. Créeme.

—No... confío... en usted...

Él se agachó, la besó en la mejilla y le susurró al oído:

—Pero puedes confiar en mí. Por ahora, lo único que tienes que hacer es quedarte quieta y dejar que nosotros nos hagamos cargo de todo. —Y miró a Laurel—. No habrá intentado sacar el cuchillo, ¿verdad?

—Yo... no. —Laurel tragó saliva. Tenía un bulto caliente y áspero en la garganta. Tragar no le sirvió de nada—. ¿Tendría que haberlo hecho?

—Si lo hubiera hecho, no habría demasiadas posibilidades. ¿Tiene experiencia como enfermera?

-No.

—Muy bien, voy a decirle lo que debe hacer, pero primero necesito saber si la vista de sangre, de bastante sangre, va a hacer que se desmaye. Y necesito la verdad.

—No he visto mucha sangre desde que mi hermana chocó contra una puerta y le saltaron dos dientes mientras jugábamos al escondite —dijo Laurel—. Pero entonces no me desmayé.

—Bien, y tampoco va a desmayarse ahora. Señor Warwick, tráigame media docena de manteles de aquel bar que hay allí. —Sonriendo, se dirigió a la niña—: Dame uno o dos minutos, Dinah, y creo que te sentirás mucho mejor. El joven doctor Hopewell es muy amable con las damas, sobre todo con las que son jóvenes y bonitas.

Laurel sintió un súbito y absurdo deseo de estirar la mano y tocar el pelo de Nick.

«Pero ¿qué te pasa? ¡Probablemente esta niña esté muñéndose y tú te preguntas cómo será el pelo de este tipo! ¡Déjalo! ¿Hasta qué punto puedes ser estúpida?

»Bueno, veamos... Lo bastante, estúpida como para haber atravesado el país con objeto de conocer a un hombre con quien trabaste amistad a través de las columnas personales de una de esas revistas de la "amistad". Lo bastante como para haber planeado acostarte con él si resultaba ser presentable, y no le olía mal el aliento, claro.

»¡Oh! Déjalo, Laurel. ¡Basta!

»Sí —aceptó otra voz en su cabeza—. Tienes toda la *razón*, es una locura estar pensando cosas como éstas en un momento así, y voy a dejarlo, pero me pregunto cómo será el joven doctor Hopewell en la cama. Me pregunto si será tierno o...»

Laurel se estremeció, preguntándose si sería así como solía empezar el derrumbamiento nervioso.

—Están cerca —dijo Dinah—. Realmente... —un acceso de tos la interrumpió, y entre sus labios apareció una gran burbuja de sangre, que estalló, manchando sus mejillas. Don Gaffney murmuró algo y se apartó. La niña acabó la frase—: tienen que apresurarse.

La alegre sonrisa de Nick no se alteró.

—Lo sé —dijo.

3

Craig atravesó corriendo la terminal, se apoyó en la barandilla de la escalera mecánica y bajó deprisa los helados escalones de metal, con el pánico rugiendo y latiendo en su cabeza como el océano en medio de una tormenta; ahogaba incluso aquel otro ruido, el incansable ruido chisporroteante y masticador de los lagolieros. Nadie lo vio irse. Corrió por el vestíbulo inferior hacia las puertas de salida y chocó contra ellas. Lo había olvidado todo, incluso el hecho de que las células fotoeléctricas de las puertas no funcionaban.

Rebotó, sin aire, y cayó al suelo, jadeando como un pez atrapado en la red. Se quedó allí un momento, intentando recurrir a lo que le quedaba de pensamiento, y se descubrió contemplando su mano derecha. Era sólo una burbuja blanca en la creciente oscuridad, pero veía las manchas negras y sabía lo que eran: sangre de la niña.

«Sólo que en realidad no era una niña. Parecía una niña, pero era el lagoliero jefe, y si ella desaparecía, los otros no podrían..., no podrían...»

¿Qué?

¿Encontrarlo?

Sin embargo, todavía oía el devorador sonido de su avance; ese enloquecedor sonido de mandíbulas, como si en algún punto al este estuviera avanzando una tribu de inmensos insectos hambrientos.

La cabeza le daba vueltas. ¡Oh, estaba tan confundido!

Craig vio una puerta más pequeña que conducía al exterior, se levantó y se dirigió hacia allí. Pero se detuvo. Allí fuera había un camino, y sin duda el camino conducía a la ciudad de Bangor. ¿Y qué? Bangor no le interesaba; decididamente, Bangor no formaba parte de aquel fabuloso panorama. Era a Boston adonde tenía que ir. Si podía llegar allí, todo iría bien. ¿Y qué significaba eso? Su padre lo hubiera sabido. Significaba que tenía que dejar de huir y seguir con el programa.

Su cerebro se aferró a esa idea como la víctima de un naufragio se aferra a un trozo de madera, a cualquier cosa que flote; aunque no sea más que la puerta de la letrina, es un tesoro que hay que guardar. Si pudiera llegar a Boston, toda esta experiencia sería... sería...

—Dejada de lado —murmuró.

Ante aquellas palabras, un brillante rayo de luz racional pareció atravesar la oscuridad interior de su cabeza, y una voz (podría haber sido la de su padre) exclamó: «¡Sí!»

Pero ¿cómo iba a hacer eso? Boston estaba demasiado lejos como para ir andando, y los otros no lo dejarían regresar a bordo del único avión que todavía funcionaba. No después de lo que le había hecho a su mascota ciega.

—Pero ellos no saben —susurró Craig—, no saben que les hice un favor, porque no saben lo que es ella. —Y asintió sabiamente. Sus ojos, enormes y húmedos en la oscuridad, lanzaban destellos.

«Escóndete —le susurró la voz de su padre—. Escóndete en el avión.»

«¡Sí! —agregó la voz de su madre—. ¡Escóndete! ¡Ésa es la contraseña, Craiggy-weggy! Y si lo haces, ni siquiera la necesitarás, ¿no?»

Craig miró vacilante hacia la cinta transportadora de equipajes. Podía usarla para llegar a las pistas, pero ¿qué pasaría si habían dejado a alguien de guardia en el avión? Al piloto ni se le ocurría —una vez fuera de su cabina, el tipo era obviamente imbécil—, pero al inglés seguramente sí.

Entonces, ¿qué tenía que hacer?

Si la salida de la terminal hacia Bangor no servía, y el lado de las pistas de rodaje tampoco, ¿qué se suponía que tenía que hacer?, ¿adonde debía ir?

Craig miró nervioso la escalera mecánica. Pronto empezarían a perseguirlo. Seguramente, el inglés conduciría la jauría, y allí estaba él, en medio del suelo, tan desprotegido como una bailarina de *strep-tease* que acaba de arrojar sus bragas a la audiencia.

«Tengo que esconderme, al menos por un rato.»

Había oído el ruido de los motores, pero eso no le preocupó; sabía un poco de aviones y comprendía que Engle no podía ir a ninguna parte mientras no hubiera cargado combustible. Y esa operación llevaría tiempo. No tenía que preocuparse por que se fueran sin él.

No por ahora, al menos.

«Escóndete, Craiggy-weggy. Eso es lo que tienes que hacer ahora. Tienes que esconderte antes de que empiecen a buscarte.»

Se volvió lentamente en busca del mejor lugar, bizqueando en la creciente oscuridad. Y esta vez vio una placa, en una puerta situada entre el mostrador de Avis y el de la agencia de viajes Bangor: «Servicios del Aeropuerto.»

Una placa que podía significar casi cualquier cosa.

Craig se dirigió deprisa hacia la puerta, lanzando nerviosas miradas por encima del hombro, e intentó abrirla. Al igual que sucediera con la puerta de la Seguridad del Aeropuerto, el picaporte no giraba, pero se abrió al empujar. Craig lanzó una última mirada por encima del hombro, no vio a nadie y cerró la puerta tras de sí.

Una oscuridad absoluta, completa, se lo tragó. Aquí dentro era tan ciego como la niña a la que había apuñalado. A Craig no le importaba. No tenía miedo a la oscuridad; en realidad, más bien le gustaba. A menos que estuvieras con una mujer, nadie esperaba que hicieras nada significativo en la oscuridad. En la oscuridad, el rendimiento dejaba de ser un factor.

Y lo que era aún mejor, el sonido masticatorio de los lagolieros quedaba amortiguado.

Craig avanzó lentamente con las manos estiradas y arrastrando los pies. Después de dar tres pasos, su muslo entró en contacto con un objeto duro que parecía el borde de un escritorio. Se echó hacia delante y se inclinó. Sí, era un escritorio. Dejó que sus manos lo recorrieran un momento, extrayendo consuelo de los elementos familiares a la América de cuello blanco: un bloc de papel, un dietario, el borde de un papel secante, una caja de clips y un juego de pluma y lápiz. Rodeó el escritorio y su cadera chocó con el brazo de un sillón. Craig se colocó entre la silla y el escritorio, y se sentó. Estar detrás de un escritorio lo hacía sentirse aún mejor. Lo hacía sentirse él mismo: tranquilo, bajo control. Buscó el cajón superior y lo abrió. Buscó dentro un arma, algo afilado. Casi inmediatamente, su mano tocó un abrecartas.

Lo cogió, cerró el cajón y colocó el utensilio junto a su mano derecha, sobre el escritorio.

Se quedó allí sentado un momento, escuchando las sacudidas de su ritmo cardíaco y el sonido apagado de los motores del *jet*. Después, volvió a tantear con delicadeza la superficie del escritorio hasta que encontró el montón de papeles. Cogió la hoja de encima y la atrajo hacia sí, pero no vio ni siquiera un resplandor blanco, pese a colocarla frente a sus ojos.

«Está bien, muy bien, Craiggy-weggy. Quédate aquí en la oscuridad. Siéntate y espera el instante de moverte. Cuando llegue el momento...»

«Yo te avisaré», concluyó ominosamente su padre.

—De acuerdo —dijo Craig. Sus dedos se deslizaron sobre la hoja invisible, buscando el rincón superior derecho. Lo rasgó suavemente en un movimiento descendente.

Rasss.

La calma lo invadió como si fuera agua fresca y azul. Dejó caer la tira invisible sobre el escritorio invisible y llevó otra vez los dedos hacia el extremo superior de la hoja. Todo iba a salir bien. Perfectamente bien. Empezó a tararear con un susurro átono.

—Llámame ángel... de la mañana, nena...

Rasss.

—Toca mi mejilla antes de irte... nena...

Tranquilo ya, en paz, Craig se quedó allí sentado y esperó a que su padre le dijera lo que tenía que hacer a continuación, como había hecho tantas veces cuando era niño.

4

—Albert, escucha con atención —dijo Nick—. Tenemos que llevarla al avión, pero necesitamos una litera. A bordo no debe de haber ninguna, pero aquí sí. ¿Dónde?

—¡Ostras, señor Hopewell! El capitán Engle lo sabría...

—Pero el capitán Engle no está aquí —dijo pacientemente Nick—. Tendremos que arreglárnosla solos.

Albert frunció el ceño y recordó el cartel que había visto en el nivel inferior.

—¿Servicios del Aeropuerto? —preguntó—. ¿Le parece posible?

—Claro que sí —dijo Nick—. ¿Dónde lo viste?

—En el piso inferior. Cerca de los mostradores de alquiler de coches.

—Vale —dijo Nick—. Lo haremos así. Te nombro a ti y al señor Gaffney exploradores. Señor Gaffney, sugiero que busque en la repisa que hay detrás del mostrador. Supongo que encontrará algunos cuchillos afilados. Estoy seguro de que allí es donde encontró el suyo nuestro desagradable compañero. Coja uno para usted y otro para Albert.

Sin decir palabra, Don pasó al otro lado de la barra. Rudy Warwick regresó del bar El Barón Rojo cargado de manteles a cuadros rojos y blancos.

—Lamento muchísimo... —comenzó de nuevo, pero Nick lo interrumpió.

El inglés seguía mirando a Albert, y su cara era sólo un círculo blanco encima de las sombras más intensas del pequeño cuerpo de Dinah. La oscuridad era casi total.

—No creo que encuentres al señor Toomy. Supongo que salió de aquí sin armas, llevado por el pánico. Imagino que a estas alturas ha encontrado un escondite o ha abandonado la terminal. Si lo ves, te recomiendo enérgicamente que no te metas con él a menos que te obligue. —Y, volviendo la cabeza para mirar a Don, que regresaba con un par de cuchillos de carnicero, continuó—: No pierdan de vista las prioridades. Su misión no es volver a capturar al señor Toomy y traerlo ante el tribunal. Su trabajo es conseguir una camilla y traerla lo más rápido que puedan. Tenemos que salir de aquí.

Don ofreció a Albert uno de los cuchillos, pero Albert meneó la cabeza y miró a Rudy Warwick.

—¿Podría darme uno de esos manteles?

Don lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Un mantel? ¿Para qué diablos lo quiere?

—Se lo mostraré.

Albert estaba arrodillado junto a Dinah. Se puso de pie y pasó detrás de la barra. Miró a su alrededor, sin saber exactamente qué buscaba, pero seguro de que lo sabría en cuanto lo viera. Y lo supo. En un rincón de la barra había una vieja tostadora. La cogió, la desenchufó de la red y enrolló el cable mientras regresaba donde estaban los demás. C cogió uno de los manteles, lo desplegó y colocó la tostadora en una punta. Después lo retorció dos veces, envolviendo la tostadora como un regalo de navidad. Hizo unos nudos en cada una de las puntas para formar un bolsillo. Cuando cogió el extremo suelto del mantel y él se levantó, la tostadora se había convertido en una piedra colocada en un tirador improvisado.

—Cuando era niño, solíamos jugar a Indiana Jones —dijo Albert en tono de disculpa—. Yo hacía algo parecido a esto y fingía que era mi látigo. Una vez casi le rompo el brazo a mi hermano David. Metí la plomada de una persiana en una manta que encontré en el garaje. Era una barbaridad, pero yo no tenía ni idea de lo duro que se podía pegar con eso. Se convirtió en un arma terrible. Supongo que parece estúpido, pero funciona bien. Al menos, siempre funcionó.

Nick miró dudoso el arma improvisada de Albert, pero no dijo nada. Si una tostadora envuelta en un mantel daba confianza a Albert para desplazarse en la oscuridad, no sería él quien pusiera pegas.

—Vale, está bien. Ahora encuentren una camilla y tráiganla. Si no hay en la oficina de Servicios, prueben en otra parte. Si dentro de quince minutos no han encontrado nada..., no, mejor diez..., regresen y la llevaremos nosotros.

—¡No puede hacer eso! —dijo suavemente Laurel—. Si hay hemorragia interna...

Nick la miró.

—Ya hay hemorragia interna. Y diez minutos son todo el tiempo de que disponemos.

Laurel abrió la boca para contestar, para discutir, pero la interrumpió el áspero susurro de Dinah:

—Tiene razón.

Don metió la hoja del cuchillo en su cinturón.

—Vamos, hijo —dijo—. Hay lugares adonde ir y cosas que hay que hacer.

Atravesaron juntos la terminal y empezaron a bajar a la primera planta. Albert enrolló el extremo del mantel en torno a su mano.

5

Nick volcó su atención en la niña.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Duele mucho —respondió débilmente Dinah.

—Sí, claro que sí —dijo Nick—. Y me temo que lo que voy a hacer te va a doler mucho más, al menos durante unos segundos. Pero el cuchillo está en tus pulmones y tiene que salir. Lo sabes, ¿no?

—Sí —contestó, y lo miró con sus oscuros ojos ciegos—. Estoy asustada.

—Yo también, Dinah. Yo también. Pero hay que hacerlo. ¿Estás dispuesta?

—Sí.

—Buena chica. —Nick se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla—. Eres una chica buena y valiente. No llevará mucho tiempo, te lo prometo. Dinah, quiero que te quedes lo más quieta que puedas y que procures no toser. ¿Me comprendes? Es muy importante. Procura no toser.

—Lo intentaré.

—Habrá unos instantes en los que sentirás que no puedes respirar. Tal vez notes que te desinflas, como si fueras un neumático. Es una sensación terrible, cariño, y tal vez quieras moverte o gritar. No debes hacerlo. Y sobre todo no debes toser.

Dinah dijo algo que nadie entendió.

Nick tragó saliva, se secó el sudor de la frente con un gesto rápido y se volvió hacia Laurel.

—Doble dos de esos manteles como si fueran compresas cuadradas. Lo más gruesos que pueda. Arrodiílese a mi lado. Lo más cerca posible. Wanvick, saquese el cinturón.

Rudy empezó a obedecer de inmediato.

Nick miró a Laurel, y una vez más ella quedó sorprendida —y esta vez agradablemente— por la fuerza de su mirada.

—Voy a coger el mango del cuchillo y a sacarlo. Si no está atascado en una de las costillas, y no lo creo por la posición en que está, la hoja tiene que salir con un solo tirón lento y continuado. En cuanto salga, me apartaré y le dejaré acceso a la zona del pecho. Coloque uno de los apositos sobre la herida y apriete. Apriete fuerte. No tiene que preocuparse por lastimarla o por apretar tanto que no le permita respirar. Tiene por lo menos una perforación en el pulmón y apuesto a que hay dos. Eso es lo que debe preocuparnos. ¿Me entiende?

—Sí.

—Cuando haya colocado el aposito, la levantaré en sentido opuesto al de la presión que esté ejerciendo usted. El señor Warwick colocará el otro aposito por debajo de ella si vemos sangre en la espalda del vestido. Después sujetaremos las compresas con el cinturón del señor Warwick. Cuando se lo pida —dijo, mirando a Rudy—, dímelo, amigo. No me haga pedirlo dos veces.

—Tranquilo.

—¿Ve lo bastante para hacerlo, Nick? —preguntó Laurel.

—Creo que sí —contestó Nick—. Espero que sí. —Y volvió a mirar a Dinah—. ¿Lista?

Dinah murmuró algo.

—Vale —dijo Nick. Respiró a fondo y soltó el aire—. ¡Que Dios me ayude!

Rodeó el mango del cuchillo con sus delgadas manos de largos dedos, como un hombre cogiendo un bate de béisbol. Tiró. Dinah chilló. De su boca salió una gran bocanada de sangre. Laurel estaba echada hacia delante, tensa, y de pronto su cara quedó cubierta por la sangre de Dinah. Retrocedió.

—¡No! —le espetó Nick sin levantar la mirada—. ¡No se atreva a fallarme! ¡No se atreva!

Laurel volvió a echarse hacia delante, presa de arcadas y estremecimientos. La hoja, un triángulo plateado en la tiniebla profunda, salió del pecho de Dinah y centelleó en el aire. El pecho de la niña se levantó, y se oyó un agudo y escalofriante silbido cuando la herida volvió hacia dentro.

—¡Ahora! —gruñó Nick—. ¡Apriete! ¡Lo más fuerte que pueda!

Laurel se echó hacia delante. Durante un segundo vio salir la sangre del agujero del pecho y después cubrió la herida. El aposito se puso caliente y húmedo casi de inmediato.

—¡Más fuerte! —rugió Nick—. ¡Apriete más fuerte! ¡Sélela! ¡Selle la herida!

Laurel comprendió lo que quería decir la gente cuando hablaba de estar totalmente desarticulada, porque se sentía al borde de ello.

—¡No puedo! ¡Le romperé las costillas si...!

—¡A la mierda las costillas! ¡Tiene que hacer un sello!

Laurel se balanceó y apoyó todo su peso sobre las manos. Sentía un líquido que fluía lentamente entre sus dedos, aunque el aposito era muy grueso.

El inglés tiró a un lado el cuchillo y se echó hacia delante, casi tocando la cara de Dinah con la suya. La niña tenía los ojos cerrados. Levantó uno de los párpados.

—Creo que por fin se ha desmayado —dijo—. No lo sé seguro, porque sus ojos son muy extraños, pero espero que sea así. —Y sacudió la cabeza para apartar el pelo que había caído sobre su frente. Miró a Laurel—. Lo está haciendo bien. Siga, ¿quiere? Ahora voy a darle la vuelta. Mantenga la presión.

—¡Hay tanta sangre! —gimió Laurel—. ¿Se ahogará?

—No lo sé. Mantenga la presión. ¿Listo, señor Warwick?

—¡Dios, espero que sí! —graznó Rudy Warwick.

—Vale, allá vamos. —Nick deslizó las manos bajo el omóplato derecho de Dinah e hizo una mueca—. Es peor de lo que pensé —murmuró—. Mucho peor. Está empapada.

Empezó a levantar lentamente a Dinah, oponiéndose a la presión que hacía Laurel.

Dinah emitió un gemido espeso, quebrado. De su boca salió una bocanada de sangre medio coagulada que se dispersó en el suelo, y de pronto, Laurel oyó que un río de sangre caía sobre la moqueta, debajo de la niña.

Súbitamente, el mundo empezó a temblar y a alejarse.

—¡Mantenga la presión! —gritó Nick—. ¡No afloje!

Pero ella estaba desvaneciéndose.

Lo que provocó su acto siguiente fue la intuición de lo que pensaría Nick Hopewell de ella si se desmayaba. Sacó la lengua, como un niño haciendo muecas, y se la mordió lo más fuerte que pudo. El dolor era brillante y exquisito, y su boca se llenó enseguida con el sabor salado de su propia sangre, pero superó aquella sensación de que el mundo se alejaba de ella como si fuera un enorme pez holgazán en un acuario. Estaba allí otra vez.

Se oyó un grito de dolor y sorpresa que venía de abajo. A continuación, otro grito ronco. Inmediatamente después, un aullido alto y penetrante.

Rudy y Laurel se volvieron en aquella dirección.

—¡El chico! —exclamó Rudy—. ¡Él y Gaffney! Han...

—Han encontrado al señor Toomy —dijo Nick. Su cara era una máscara de tensión. Los tendones de su cuello destacaban como cuerdas de acero—. Esperemos que... —De abajo llegó un golpe sordo seguido de un horrible aullido de agonía. Después, una serie de golpes amortiguados—. Esperemos que estén controlando la situación. Ahora no podemos hacer nada. Si nos detenemos, esta niña morirá con toda seguridad.

—¡Pero parecía el chico!

—No lo podemos evitar, ¿no cree? Pase el aposito por debajo Warwick. Hágalo ya o le doy una patada en el culo.

6

Don bajó las escaleras en cabeza y se detuvo un instante abajo, revolviendo en sus bolsillos. Sacó un objeto cuadrado que resplandecía levemente en la oscuridad.

—Mi Zippo —dijo—. ¿Crees que seguirá funcionando?

—No lo sé —contestó Albert—. Tal vez durante un rato. Será mejor que no lo pruebe hasta que no sea necesario. Espero que funcione. Sin eso no podremos hacer nada.

—¿Dónde están las oficinas de servicios?

Albert señaló la puerta que unos minutos antes había atravesado Craig Toomy.

-Allí.

—¿Crees que estará abierta?

—Bueno —dijo Albert—, sólo hay una manera de saberlo.

Atravesaron la terminal, con Don siempre en cabeza, llevando el encendedor en la mano derecha.

7

Craig los oyó llegar. Sin duda, más sirvientes de los lagolieros. Pero no le preocupaba. Se había hecho cargo de la cosa disfrazada de niña y haría lo mismo con éstos. Apretó el abrecartas, se puso en pie y rodeó el escritorio.

—¿Crees que estará abierta?

—Bueno, sólo hay una manera de saberlo.

«Bueno, algo van a encontrar, de todos modos», pensó Craig. Tocó la pared junto a la puerta. Estaba cubierta de estantes llenos de papel. Se estiró y tocó los goznes. Estupendo. Al abrirse, la puerta lo ocultaría, aunque no era probable que lo vieran, claro. Aquello estaba más oscuro que el culo de un elefante. Levantó el abrecartas a la altura del hombro.

—El picaporte no se mueve.

Craig se relajó, pero sólo un momento.

—Inténtelo empujando.

Ése era otra vez el chico listo.

La puerta empezó a abrirse.

8

Don entró, parpadeando en las tinieblas. Empujó con el pulgar la tapa del encendedor, la levantó y le dio a la ruedecilla. Se vio una chispa, y la mecha se encendió enseguida, produciendo una llama baja. Vieron lo que parecía una mezcla de oficina y almacén. En un rincón había unas maletas, y en otro una máquina Xerox. La pared más alejada estaba cubierta de estantes, llenos de lo que parecían formularios de distintas clases.

Don penetró más en la oficina, levantando el encendedor como un espeleólogo enarbolando una goteante lámpara de petróleo en el interior de una cueva. Señaló la pared de la derecha.

—¡Eh, chico! ¡As! ¡Mira!

Había un póster en la pared que mostraba un tipo borracho con traje de ejecutivo, saliendo de un bar y mirando el reloj. «El trabajo es la maldición de la clase bebedora», rezaba el póster.

Junto a él había colgada una caja de plástico blanca con una gran cruz roja; y abajo, apoyada en la pared, una camilla plegada de las que tienen ruedas.

Sin embargo, Albert no miraba el póster, ni el botiquín de primeros auxilios, ni siquiera la camilla. Sus ojos estaban clavados en el escritorio que había en el centro del cuarto.

Sobre el escritorio vio un montón de tiras de papel.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Cuidado, está aquí...!

Craig Toomy salió de detrás de la puerta y descargó el golpe.

9

—Cinturón —dijo Nick.

Rudy no se movió ni contestó. Tenía la cabeza vuelta hacia la puerta del restaurante. Los ruidos de abajo habían cesado. Sólo se oía el sonido de dientes y el ronroneo regular, tembloroso, de los motores en la oscuridad exterior.

Nick dio una patada hacia atrás, como una muña, golpeando la espinilla de Rudy.

—¡Ay!

—¡Cinturón! ¡Ahora!

Rudy se dejó caer torpemente de rodillas y se acercó a Nick, que tenía a Dinah levantada con una mano mientras con la otra apretaba un segundo aposito contra su espalda.

—Páselo por debajo del aposito —dijo Nick. Jadeaba, y el sudor le corría abundante por la cara—. ¡Rápido! ¡No puedo seguir sosteniéndola eternamente!

Rudy pasó el cinturón por debajo del aposito. Nick bajó a Dinah, pasó la mano al otro lado del pequeño cuerpo y levantó su hombro izquierdo para sacar el cinturón por el otro lado. Después, lo ató sobre su pecho y apretó. Puso el extremo suelto del cinturón en la mano de Laurel.

—Mantenga la presión —dijo, poniéndose de pie—. No se puede usar la hebilla, es demasiado pequeña.

—¿Va a bajar? —preguntó Laurel.

—Sí, parece lo indicado.

—Tenga cuidado. Tenga cuidado, por favor.

Él le sonrió, y todos aquellos dientes blancos brillando de pronto en las tinieblas resultaban sorprendentes, pero no atemorizadores. Más bien todo lo contrario.

—Naturalmente. Así sobrevivo —dijo, inclinándose y apretándole un hombro. Su mano era cálida, y al tocar a la muchacha, ella sintió que un leve estremecimiento le recorría todo el cuerpo—. Lo hizo muy bien, Laurel. Gracias.

Empezó a volverse, pero en ese momento una pequeña mano se levantó y agarró la pernera de sus téjanos. Miró hacia abajo y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos otra vez.

—No... —empezó a decir, pero de pronto la sacudió un estornudo sofocado. De su nariz salieron diminutas gotas de sangre.

—Dinah, no debes...

—No... lo mate —dijo la niña, y hasta en la oscuridad Laurel percibió el colosal esfuerzo que estaba haciendo para hablar.

Nick la miró pensativo.

—El cabrón te apuñaló, ¿sabes? ¿Por qué insistes tanto en mantenerlo entero?

El pequeño pecho luchó contra el cinturón. El aposito lleno de sangre se levantó. Luchó y se las arregló para decir una cosa más. Todos la oyeron; Dinah se esforzó enormemente en hablar con claridad.

—Lo único... que sé... es que lo necesitamos —susurró, y sus ojos volvieron a cerrarse.

10

Craig hundió profundamente el abrecartas en la nuca de Don Gaffney. Don chilló y dejó caer el encendedor, que aterrizó en el suelo y se quedó allí, con una llama vacilante. Cuando vio que Craig se abalanzaba sobre Don, Albert se volvió sorprendido. Ahora, Don se tambaleaba en dirección al escritorio y movía débilmente las manos, buscando el objeto que sobresalía de su nuca.

Craig cogió el abrecartas con una mano y apoyó la otra contra la espalda de Don. Mientras tiraba y empujaba simultáneamente, Albert escuchó el ruido que hace un hombre hambriento al sacar un muslo de pavo bien asado. Don volvió a gritar, esta vez más fuerte, y cayó sobre el escritorio con los brazos estirados; una bandeja y el montón de formularios para equipajes perdidos que Craig había estado rasgando cayeron al suelo.

Craig se volvió hacia Albert, dispersando una lluvia de gotas de sangre que había en la hoja del abrecartas.

—Tú también eres uno de ellos —susurró—. Bueno, a la mierda. Voy a Boston y no puedes detenerme. Nadie puede detenerme.

En ese momento, el encendedor se apagó y quedaron en la oscuridad. Albert dio un paso atrás y sintió ante su cara una cálida ráfaga de aire cuando Craig atacó con el abrecartas el lugar que él ocupaba un segundo antes. Tanteó detrás de él, temeroso de meterse en un rincón donde Craig pudiera usar su cuchillo (a la débil luz del Zippo, le había parecido un cuchillo) para atacarlo, y donde su arma resultaría inútil además de estúpida. Sus dedos encontraron el vacío y retrocedió, atravesando la puerta en dirección al vestíbulo. No se sentía nada sereno; no se sentía como el judío más rápido de ninguna orilla del Mississippi; no se sentía más rápido que los relámpagos azules. Se sentía como un chico asustado que había elegido estúpidamente un arma de juguete en lugar de un arma real, porque era incapaz de creer —de creer realmente— que las cosas llegarían a ese punto, pese a lo que el lunático le había hecho a la niña. Percibía su olor. Hasta en ese aire muerto percibía su olor. Era el rancio olor del miedo.

Craig se deslizó por la puerta con el abrecartas en la mano levantada. Se movía en la oscuridad como una sombra danzante.

—Te veo, hijito —susurró—. Te veo como si fuera un gato.

Empezó a avanzar. Albert retrocedió y al mismo tiempo empezó a balancear la tostadora atrás y adelante, advirtiéndole que sólo tendría una oportunidad antes de que Toomy se le echara encima y le clavara la hoja en la garganta o el pecho.

«Y si la tostadora se sale del maldito bolsillo antes de golpearlo, estoy frito.»

11

Craig se acercó, balanceando la parte superior de su cuerpo como una víbora saliendo de una cesta. Una sonrisilla ausente levantaba las comisuras de su boca, formando sendos hoyuelos. «Muy bien —dijo ominosamente su padre, desde su eterna fortaleza en el interior de la cabeza de Craig—. Si tienes que matarlos de uno en uno, hazlo. EER, Craig, ¿recuerdas? EER. El Esfuerzo es Rentable.»

«Está bien, Craiggy-weggy —canturreó su madre—. Puedes y debes hacerlo.»

—Lo siento —murmuró Craig a través de su sonrisa al chico pálido—. Lo siento muchísimo pero tengo que hacerlo. Si pudieras ver las cosas desde mi punto de vista, lo comprenderías.

12

Albert lanzó una rápida mirada a sus espaldas y vio que retrocedía hacia el mostrador de la United Airlines. Si retrocedía mucho más, el movimiento de su arma se vería interrumpido. Tenía que actuar con rapidez. Empezó a balancear más velozmente la tostadora, sujetando el mantel con su mano sudorosa.

Craig percibió el movimiento en la oscuridad, pero no lograba ver qué era lo que balanceaba el muchacho. No importaba. No podía permitir que importara. Reunió sus fuerzas y dio un salto adelante.

—¡Voy a Boston! —chilló—. ¡Voy a Bo...!

Los ojos de Albert iban adaptándose a la oscuridad y vieron el movimiento de Craig. La tostadora estaba en la parte posterior de su parábola. En lugar de doblar la muñeca para echarla hacia delante, se dejó llevar por su peso y levantó el brazo en un exagerado gesto de lanzamiento. Al mismo tiempo, dio un paso a la izquierda. Al estar el peso en el extremo del mantel, el objeto describió un círculo breve en el aire, firmemente adherido al bolsillo por la fuerza centrípeta. Craig colaboró dando un paso adelante y poniéndose en el camino de descenso de la tostadora, que cayó sobre su frente y el puente de su nariz con un sonido duro y átono.

Craig lanzó un alarido de agonía y dejó caer el abrecartas. Se llevó las manos a la cara y retrocedió a trompicones. La sangre que brotaba de su nariz rota manaba entre sus dedos como el agua de una bomba rota. Albert estaba aterrizado por lo que había hecho, pero todavía le aterrizaba más abandonar, ahora que Toomy estaba herido.

Dio otro paso a la izquierda y balanceó el mantel hacia un costado, golpeando a Craig en el centro del pecho. El hombre cayó hacia atrás sin dejar de gritar.

Albert As Kaussner tenía una sola idea en la cabeza; lo demás era un vértigo vacilante y fragmentario de color, imagen y emoción.

«Tengo que lograr que deje de moverse, porque si no me matará. Tengo que lograr que deje de moverse, porque si no me matará. Tengo que...»

Por lo menos, Toomy había arrojado el arma, que centelleaba en la moqueta del vestíbulo. Albert la pisó y volvió a descargar la tostadora. Al bajar ésta, dobló la cintura como un anticuado mayordomo saludando a un miembro de la familia real. El bulto envuelto en el mantel cayó sobre la boca abierta de Craig Toomy. Se escuchó un ruido como el de un vidrio roto dentro de un pañuelo.

«¡Dios! —pensó Albert—. Ésos fueron sus dientes.»

Craig se retorció en el suelo. Mirarlo era terrible, y quizá más terrible aún por la falta de luz. En su horrible vitalidad había algo monstruoso, invencible, de insecto.

Una de sus manos atrapó un mocasín de Albert. Lanzando un grito de asco, Albert apartó el pie del abrecartas y Craig trató de cogerlo. Su nariz, entre ambos ojos, era un bulto sanguinolento. Apenas podía ver a Albert; su visión estaba inmersa en una gran aureola de luz blanca. En su cabeza sonaba una nota alta e insistente, como la música de una carta de ajuste a todo volumen.

Ya no tenía posibilidad de hacer ningún daño, pero Albert no lo sabía. Aterrorizado, volvió a golpear la cabeza de Craig con la tostadora. Se escuchó un ruido metálico cuando las piezas del interior se soltaron.

Craig dejó de moverse.

Albert se quedó en pie, luchando por respirar, con el pesado mantel colgando de una mano. Después, dio dos largos pasos vacilantes en dirección a la escalera, se inclinó y vomitó en el suelo.

13

Cuando retiró la pantalla de plástico negro que cubría la terminal del vídeo del 767, Brian se persignó, casi convencido de que estaría vacía. La miró atentamente y dejó escapar un suspiro de alivio.

ÚLTIMO PROGRAMA COMPLETO

Informó la pantalla en frías letras verdes, y debajo:

NUEVO PROGRAMA0 S N

Brian oprimió S, y luego tecló:

INVIERTE AP 29: LAX/LOGAN

La pantalla quedó un momento a oscuras. Después apareció el siguiente mensaje:

INCLUYO INVERSIÓN EN PROGRAMA AP 290
SN

Brian volvió a marcar la S.

COMPUTANDO INVERSIÓN

Le informó la pantalla, y menos de cinco segundos más tarde:

PROGRAMA CONCLUIDO

—¿Capitán Engle?

Se volvió. En la puerta de la cabina estaba Bethany. Tenía el rostro pálido y demacrado.

—En este momento estoy algo ocupado, Bethany.

—¿Por qué no han vuelto?

—No lo sé.

—Le pregunté a Bob..., al señor Jenkins, si veía algún movimiento en el interior de la terminal y dijo que no. ¿Qué pasa si están todos muertos?

—Estoy seguro de que no es así. Si te hace sentir mejor, ¿por qué no te reúnes con él/ al pie de la escalerilla? Todavía tengo trabajo aquí.

«Al menos eso espero», pensó.

—¿Está asustado? —preguntó ella.

—Sí, claro que sí.

La chica sonrió un poco.

—En cierta forma me alegro. Es muy feo tener miedo sola, te sientes enloquecer. Ahora lo dejaré solo.

—Gracias. Estoy seguro de que pronto saldrán.

La chica se fue. Brian se volvió hacia el monitor y escribió:

¿HAY PROBLEMAS CON ESTE PROGRAMA?

Oprimió un botón.

NINGÚN PROBLEMA.
GRACIAS POR VOLAR EN AMERICAN PRIDE.

—No tienes por qué darlas, desde luego —murmuró Brian, y se limpió la frente con la manga.

«Y ahora —pensó—, veamos si el combustible arde.»

Bob oyó pasos en la escalerilla y se volvió rápidamente. Era Bethany, que bajaba con lentitud y cautela, pero de todos modos estaba alterado. El ruido que venía del este aumentaba cada vez más. Cada vez estaba más cerca.

—Hola, Bethany. ¿Puedo pedirte otro cigarrillo?

La chica le tendió el paquete casi vacío y después cogió uno para ella. Había metido la carterita de cerillas experimentales de Albert en el envoltorio de celofán del paquete, y cuando probó una se encendió con facilidad.

—¿Hay señales de ellos?

—Bueno, supongo que eso depende de a qué llamas «señales» —dijo cautelosamente Bob—. Antes de bajar, me pareció oír unos gritos.

Lo que había oído eran alaridos, chillidos, para ser más precisos, pero no veía razón para decirle eso a la chica. Parecía tan asustada como el propio Bob, y se le había ocurrido que le había tomado simpatía a Albert.

—Espero que Dinah se ponga bien —dijo ella—, pero no lo sé. La herida es muy grave.

—¿Viste al capitán?

Bethany asintió.

—Casi me echó. Supongo que está programando sus instrumentos o algo así.

Bob Jenkins asintió escuetamente.

—Eso espero.

La conversación decayó. Ambos miraron hacia el este. Un ruido nuevo y todavía más abominable se había agregado al ruido de masticación: un alarido agudo, inanimado. Era un sonido extrañamente mecánico que hacía pensar a Bob en una transmisión automática con poca electricidad.

—Ahora está mucho más cerca, ¿no?

Bob asintió, reacio. Aspiró su cigarrillo y la brasa iluminó momentáneamente un par de ojos fatigados y aterrorizados.

—¿Qué cree que es, señor Jenkins?

Él meneó lentamente la cabeza.

—Querida niña, espero que nunca tengamos que averiguarlo.

15

Al llegar a la mitad de la escalera, Nick vio una figura inclinada ante la línea de teléfonos públicos inutilizables. Imposible saber si era Albert o Craig Toomy. El inglés metió la mano en su bolsillo derecho, apretándolo con la mano izquierda para evitar el tintineo de monedas, y eligió al tacto un par de monedas de cuarto de dólar. Apretó la mano derecha y deslizó las monedas entre los dedos, improvisando una especie de manopla. Después, continuó bajando hacia el vestíbulo.

Cuando Nick se aproximó, la figura que estaba junto a los teléfonos se incorporó. Era Albert.

—No pise el vómito —dijo con voz neutra.

Nick guardó las monedas en el bolsillo y se dirigió con rapidez hacia donde estaba el muchacho con las manos apoyadas en las rodillas, como un viejo que hubiera sobreestimado su capacidad para hacer ejercicio. Percibía el olor intenso y agrio del vómito. Eso y el sudor provocado por el miedo que despedía el chico eran olores a los que estaba acostumbrado. Los había oído en las Falkland y, más íntimamente, en el norte de Irlanda. Pasó el brazo izquierdo en torno a los hombros de Albert, que se enderezó despacio.

—¿Dónde están, As? —preguntó serenamente Nick—. ¿Dónde están Gaffney y Toomy?

—El señor Toomy está allí. —Y señaló una forma derrumbada en el suelo—. El señor Gaffney está en la oficina de Servicios del Aeropuerto. Creo que están los dos muertos. El señor Toomy estaba en la oficina, supongo que detrás de la puerta. Mató al señor Gaffney porque entró en primer lugar. Si yo hubiera entrado primero, me hubiera matado a mí. —Albert tragó saliva y continuó—: Entonces, maté al señor Toomy. Tenía que hacerlo. Me siguió, ¿comprende? Encontró otro cuchillo en alguna parte y me siguió.

Hablaba en un tono que podía confundirse con indiferencia, pero Nick sabía que no era eso. Y tampoco era indiferencia lo que veía en la blanca bruma del rostro de Albert.

—¿Puedes controlarte, As? —preguntó Nick.

—No lo sé. Nunca maté a nadie antes y... —Albert emitió un sollozo estrangulado de espanto.

—Lo sé —dijo Nick—. Es una cosa horrible, pero se puede superar. Lo sé. Y debes superarlo, As. Tenemos que recorrer mucho camino antes de dormir y no hay tiempo para hacer terapia. El ruido es más intenso.

Dejó a Albert y se acercó a la forma que yacía en el suelo. Craig Toomy estaba echado de lado con un brazo alzado que le tapaba parcialmente la cara. Nick lo puso de espaldas y lanzó un débil silbido. Toomy seguía vivo —escuchaba el ruido áspero de su respiración—, pero esta vez Nick estaba dispuesto a apostar su cuenta bancaria a que no fingía. No era que su nariz estuviese fracturada, sino que parecía haberse evaporado. La boca era un agujero sanguinolento orlado por los temblorosos restos de los dientes. Y la hendidura profunda en el centro de la frente sugería que Albert había dado unos retoques creativos en el cráneo del tipo.

—¿Hizo todo esto con una tostadora? —musitó Nick—. ¡Jesús, María y José!

Se incorporó y levantó la voz.

—No está muerto, As.

Cuando Nick lo dejó, Albert había vuelto a inclinarse. Ahora se enderezó lentamente y dio un paso hacia él.

—¿No lo está?

—Escucha tú mismo. Está inconsciente, pero no fuera de combate.

«Aunque no por mucho tiempo; al menos, por el ruido creo que no.»

—Busquemos al señor Gaffney, tal vez él también tuvo suerte. ¿Y que hay de la camilla?

—¿Eh? —dijo Albert, como si Nick le hubiera hablado en una lengua extraña.

—La camilla —repitió pacientemente Nick mientras se dirigían hacia la oficina.

—La encontramos —dijo Albert.

—¿De veras? ¡Estupendo!

Albert se detuvo nada más cruzar la puerta.

—Espere un minuto —murmuró, y se agachó para buscar en el suelo el mechero de Gaffney. Lo encontró enseguida. Seguía caliente. Volvió a incorporarse—. Creo que el señor Gaffney está al otro lado del escritorio.

Dieron la vuelta, pasando por encima de los papeles y de la bandeja. Albert levantó el mechero e hizo girar la ruedecilla. Al quinto intento, la mecha se encendió y ardió débilmente durante tres o cuatro segundos. Fue suficiente. Nick había visto bastante con las chispas anteriores a la llama, pero no había querido decírselo a Albert. Don Gaffney yacía boca arriba con los ojos abiertos y una expresión de profunda sorpresa fijada en la cara. Al fin y al cabo, no había tenido suerte. Ni un poquito.

—¿Cómo fue que Toomy no te hirió a ti también? —preguntó Nick un momento después.

—Sabía que estaba aquí dentro —dijo Albert—. Incluso antes de que hiriera al señor Gaffney, lo sabía.

Su voz seguía seca y temblorosa, pero se sentía algo mejor. Ahora que había mirado de frente al pobre señor Gaffney, a la cara, por así decirlo, se sentía algo mejor.

—¿Lo oíste?

—No, vi esas cosas sobre el escritorio —respondió señalando el pequeño montón de tiras de papel.

—Tuviste suerte —dijo Nick, apoyando la mano sobre el hombro de Albert en la oscuridad—. Mereces estar vivo, colega. Te lo ganaste a pulso, ¿lo entiendes?

—Lo intentaré —dijo Albert.

—Hazlo, hijo. Te ahorrará un montón de pesadillas. Estás mirando a un hombre que lo sabe.

Albert asintió.

—Mantén el control, As. Ésa es la cuestión. Mantén el control y estarás perfectamente.

—¿Señor Hopewell?

—¿Sí?

—¿Le importaría no llamarme así? Yo... —le falló la voz y se aclaró violentamente la garganta—. Creo que ya no me gusta.

16

Treinta segundos más tarde salieron de la oscura cueva en que se había convertido la oficina. Nick llevaba la camilla. Cuando llegaron a la hilera de teléfonos, Nick le pasó la camilla a Albert, que la cogió sin decir nada. El mantel estaba en el suelo, a pocos pasos de Toomy, que ahora roncaba con grandes inspiraciones arrítmicas.

Había poco tiempo, muy poco tiempo, pero Nick tenía que ver eso. Tenía que verlo.

Cogió el mantel y sacó la tostadora. Una de las piezas calefactoras estaba atrapada en la ranura para el pan; la otra cayó al suelo. También cayeron el reloj y la palanca que servía para hacer bajar el pan. Uno de los extremos de la tostadora estaba hundido. El lado izquierdo estaba abollado formando una profunda hendidura circular.

«Ésta es la parte que chocó con el morro del amigo Toomy —pensó Nick—. Sorprendente.» Sacudió la tostadora y escuchó el ruido de las partes rotas en el interior.

—Una tostadora —se maravilló—. Albert, tengo amigos, amigos profesionales, que no se lo creerían. Apenas lo creo yo. Quiero decir que, al fin y al cabo, es una tostadora.

Albert había vuelto la cabeza.

—Tírela —dijo roncamente—. No quiero mirarla.

Nick obedeció y le dio unas palmadas en el hombro.

—Lleva la camilla arriba. Enseguida me reuniré contigo.

—¿Qué va a hacer?

—Quiero ver si en esa oficina hay alguna otra cosa útil.

Albert lo miró un instante, pero no logró distinguir sus rasgos en la oscuridad. Por último dijo:

—No le creo.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Nick con voz curiosamente suave— Ve, As, quiero decir, Albert. Enseguida me reuniré con vosotros. Y recuerda lo que dije: no mires atrás.

Albert lo observó un momento más y después empezó a subir por la escalera, con la cabeza gacha y la camilla colgando de su mano como una maleta. No miró atrás.

17

Nick esperó hasta que el chico desapareció en la penumbra. Después se acercó a donde yacía Craig Toomy y se agachó a su lado. Toomy seguía inconsciente, pero su respiración parecía algo más regular. Nick supuso que no era imposible que con una o dos semanas de tratamiento asiduo en un hospital, Toomy se recuperara. Al menos había demostrado una cosa: tenía una cabeza increíblemente dura.

«Lástima que los sesos que hay debajo estén reblandecidos, colega», pensó. Se estiró con la intención de poner una mano sobre la boca de Toomy y la otra encima de la nariz, o de lo que quedaba de ella. Tardaría menos de un minuto, y ya no tendrían que volver a preocuparse por el señor Craig Toomy. Los demás hubieran retrocedido horrorizados ante semejante acto, lo hubieran llamado asesinato a sangre fría, pero Nick lo veía nada más y nada menos que como una póliza de seguros. Una vez, Toomy había emergido de lo que parecía una inconsciencia total y ahora uno de ellos estaba muerto y había otra mal herida, tal vez mortalmente herida. No tenía sentido correr el mismo riesgo otra vez.

Y había otra cosa. Si dejaba vivo a Toomy, ¿qué sería exactamente lo que le esperaría? ¿Una existencia breve, acosada, en un mundo muerto?

¿La posibilidad de respirar aire muerto bajo un cielo inmóvil que parecían haber abandonado todos los fenómenos meteorológicos? ¿Una oportunidad de conocer lo que se aproximaba desde el este, haciendo un ruido como el de una colonia de gigantescas hormigas merodeadoras?

No. Lo mejor era ayudarlo a escapar. Sería indoloro, y eso en sí mismo ya era bueno.

—Más de lo que merece este bastardo —dijo Nick, pero seguía vacilando.

Recordó a la niña, mirándolo con sus oscuros ojos ciegos.

«¡No lo mate!» No era un ruego, sino una orden. Había reunido algo de fuerza de una última reserva escondida para darle esa orden. «Lo único que sé es que lo necesitamos.»

«¿Por qué diablos lo protege tanto?», se preguntó Nick.

Se quedó allí un momento más, mirando la cara arruinada de Craig Toomy. Y cuando Rudy Warwick habló desde lo alto de la escalera, saltó como si se hubiera tratado del propio diablo.

—¿Señor Hopewell? ¿Nick? ¿Viene?

—¡En un tris! —dijo Nick por encima del hombro. Volvió a estirar la manos hacia la cara de Toomy y se detuvo otra vez, recordando aquellos ojos negros.

«Lo necesitamos.»

Se puso de pie, abruptamente, dejando a Craig Toomy inmerso en su tortuosa lucha por respirar.

—Ya voy —dijo, y subió corriendo las escaleras.

CAPÍTULO OCHO

REPOSTANDO. LA PRIMERA LUZ DEL ALBA. LOS LAGOLIEROS SE ACERCAN. ÁNGEL DE LA MAÑANA. LOS GUARDIANES DEL TIEMPO DE LA ETERNIDAD. DESPEGUE.

1

Bethany había tirado el cigarrillo antes de que se consumiera, y empezaba a subir la escalerilla cuando Bob Jenkins gritó:

—¡Creo que salen!

La joven volvió y bajó corriendo. Una serie de puntos negros salía de la zona de equipajes y se arrastraba por la cinta transportadora. Bob y Bethany corrieron a su encuentro.

Dinah estaba atada a la camilla. Rudy llevaba un extremo y Nick el otro. Andaban de rodillas y Bethany escuchaba los jadeos del hombre calvo.

—Deje que lo ayude —le dijo, y Rudy cedió de buena gana su puesto en la camilla.

—Procura no sacudirla —dijo Nick, sacando las piernas de la cinta—. Albert, ponte al lado de Bethany y ayúdala a subir las escaleras. Queremos que esta cosa quede tan derecha como sea posible.

—¿Cómo está? —preguntó Bethany a Albert.

—Bastante mal —respondió él, ceñudo—. Sigue inconsciente, pero aún vive. Es todo lo que sé.

—¿Dónde están Gaffney y Toomy? —preguntó Bob mientras iban hacia el avión. Tuvo que levantar ligeramente la voz para hacerse oír. Ahora, el ruido de dientes era más fuerte, y aquel tono subyacente estaba convirtiéndose en una nota dominante, enloquecedora.

—Gaffney ha muerto y, por lo que sé, Toomy puede haber muerto también —dijo Nick—. Si le parece, hablaremos después. En este momento no hay tiempo. Ustedes dos —añadió, deteniéndose al pie de la escalerilla— no se olviden de mantener la camilla levantada por ese lado.

Subieron lenta y cuidadosamente la camilla. Nick caminaba hacia atrás y la sostenía inclinado sobre el extremo delantero, y Albert y Bethany levantaban la parte trasera a la altura de la frente, procurando entrar los dos por la angosta escalerilla. Bob, Rudy y Laurel los seguían. Laurel había hablado una sola vez desde el regreso de Albert y Nick, para preguntar si Toomy estaba muerto. Cuando Nick le dijo que no, lo había mirado inquisitivamente, asintiendo aliviada después.

Cuando Nick llegó a lo alto de la escalera y metió el extremo de la camilla dentro del avión, Brian estaba de pie en la puerta de la cabina central.

—Quiero ponerla en primera clase —dijo Nick—, con este extremo de camilla levantado, para que tenga la cabeza alta. ¿Es posible?

—No hay problema. Asegure la camilla pasando un par de cinturones de seguridad por la parte superior del marco. ¿Lo ve?

—Sí. Suban —ordenó a Albert y a Bethany—. Lo están haciendo muy bien.

Bajo las luces de la cabina, la sangre que manchaba las mejillas y la barbilla de Dinah contrastaba con el blanco amarillento de su piel. Tenía los ojos cerrados; los párpados eran de un delicado color lavanda. Bajo el cinturón (en el que Nick había practicado un nuevo agujero, muy apartado de los otros), la compresa improvisada era de color rojo oscuro. Brian escuchó su respiración. Era como el de una cañita que absorbe aire del fondo de un vaso vacío.

—Está mal, ¿no? —preguntó Brian en voz baja.

—Bueno, es su pulmón y no su corazón, y no se está llenando de sangre tan rápido como temí, pero es serio, sí.

—¿Vivirá hasta que regresemos?

—¿Cómo mierda voy a saberlo yo? —gritó Nick de repente—. ¡Soy un soldado, no un maldito matasanos!

Los otros quedaron helados, mirándolo con ojos cautelosos. Laurel volvió a sentir que se le erizaba la piel.

—Lo siento —murmuró Nick—. Los viajes a través del tiempo no sientan bien a los nervios, ¿verdad? Lo siento muchísimo.

—No necesita disculparse —dijo Laurel tocando su brazo—. Todos estamos sometidos a una gran presión.

Él le dedicó una sonrisa fatigada y tocó su cabello.

—Eres un encanto, Laurel, no hay duda. Ven, vamos a sujetarla y veamos qué podemos hacer para salir pitando de aquí.

2

Cinco minutos después, la camilla de Dinah había quedado sujeta a dos asientos de primera clase en posición inclinada, y con la cabecera levantada. El resto de los pasajeros estaba reunido en un pequeño grupo en torno a Brian, en la zona de servicio del compartimento de primera clase.

—Tenemos que repostar. Ahora voy a encender el otro motor y me acercaré todo lo que pueda a ese 727-400 que hay en la pista de rodaje —dijo Brian, señalando el avión Delta, que apenas era ya un bulto gris en la oscuridad—. Como nuestro aparato es más alto podré colocar el ala derecha encima del ala izquierda del Delta. Mientras lo hago, cuatro de ustedes irán a buscar un vehículo con manga. Hay uno en la otra pista, lo vi antes de que oscureciera.

—Tal vez tendríamos que despertar a la Bella Durmiente para que nos ayude —dijo Bob.

Brian lo pensó un instante y meneó la cabeza.

—Lo último que necesitamos ahora es otro pasajero asustado, desorientado y, por si fuera poco, con resaca. Además, no nos va a hacer ninguna falta: dos hombres fuertes pueden acercar la manga en un momento; lo he visto hacer. Sólo tienen que controlar la palanca de transmisión para asegurarse de que está en punto muerto. La manga hay que colocarla directamente debajo de los alerones, ¿está claro?

Todos asintieron. Brian los miró y llegó a la conclusión de que Rudy y Bethany todavía estaban demasiado fatigados como para servir de ayuda.

—Nick, Bob y Albert. Ustedes empujan. Laurel, usted conduce. ¿De acuerdo?

Asintieron.

—Entonces, háganlo. Bethany, señor Warwick, bajen con ellos. Aparten la escalerilla del avión y, cuando el avión esté en la nueva posición, colóquenla cerca de los alerones. Los alerones, no la puerta, ¿vale?

Asintieron. Mirándolos, Brian vio que, por primera vez desde que habían aterrizado, sus ojos parecían claros y brillantes. «Claro —pensó—. Ahora tienen algo que hacer. Y yo también, gracias a Dios.»

3

A medida que se aproximaban al vehículo situado a la izquierda de la pista vacía, Laurel advirtió que podía verlo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Ya vuelve a hacerse de día. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que oscureció?

—Menos de cuarenta minutos por mi reloj —dijo Bob—, pero me parece que cuando estoy fuera del avión mi reloj no funciona bien. De todos modos, también siento que aquí el tiempo no importa mucho.

—¿Qué le pasará al señor Toomy? —preguntó Laurel.

Habían llegado al vehículo. Era pequeño, con un tanque en la parte trasera, una cabina sin techo y gruesas mangas negras enrolladas a cada lado. Nick le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. Durante un instante, Laurel tuvo la loca idea de que pensaba besarla y sintió que su corazón se aceleraba.

—No sé qué le pasará —dijo—. Lo único que sé es que cuando se presentó la oportunidad, decidí hacer lo que quería Dinah. Lo dejé en el suelo, inconsciente. ¿Está bien?

—No —dijo ella con voz algo temblorosa—, pero supongo que tendrá que bastar.

Él esbozó una sonrisa, asintió y oprimió ligeramente su cintura.

—¿Te gustaría cenar conmigo si conseguimos regresar a Los Ángeles?

—Sí —respondió ella de inmediato—. Es algo por lo que conservar la esperanza. Él volvió a asentir.

—Para mí también. Pero, a menos que podamos repostar, no iremos a ninguna parte. ¿Crees que puedes encontrar el punto muerto? —preguntó, mirando la cabina del camión.

Laurel observó la palanca de cambios que salía del suelo del vehículo.

—Me temo que sólo sé conducir con cambio de marchas automático.

—Yo lo haré —dijo Albert, saltando a la cabina.

Empezó a mover la palanca, fijándose en el diagrama que tenía en la parte superior. A sus espaldas, el segundo motor del 767 se encendió y ambos motores empezaron a hacer más ruido a medida que Brian los aceleraba. Era un ruido infernal, pero Laurel descubrió que no le importaba. Tapaba aquel otro sonido, aunque fuera temporalmente. Y seguía deseando mirar a Nick. ¿De veras la había invitado a cenar? Le parecía difícil de creer.

Albert pasó de una marcha a otra hasta que encontró el punto muerto.

—Lo tengo —dijo, y bajó de un salto—. Arriba, Laurel. Una vez que estemos rodando, tendrás que presionar con la mano derecha y hacer que describa un círculo.

—De acuerdo.

Miró nerviosa a sus espaldas, mientras los tres hombres se colocaban en la parte trasera del vehículo, con Nick en el centro.

—¿Listos, chicos? —preguntó.

Albert y Bob asintieron.

—Vale, entonces... todos juntos.

Bob se había preparado para empujar tan fuerte como pudiera, pese al maldito dolor en la parte baja de la cintura que lo perseguía desde hacía diez años, pero el vehículo rodó con increíble facilidad. Laurel hizo girar el volante rígido con todas sus fuerzas. El camión describió un pequeño círculo en el asfalto gris y empezó a rodar hacia atrás, en dirección al 767, que estaba colocándose lentamente en posición a la derecha del *jet* Delta aparcado.

—Es increíble la diferencia entre los dos aparatos —dijo Bob.

—Sí —asintió Nick—. Tenías razón, Albert. Tal vez nos hayamos apartado del presente, pero de alguna manera ese avión sigue formando parte de él.

—Y nosotros también —dijo Albert—. Al menos por el momento.

Las turbinas del 767 se apagaron, dejando sólo el rugido grave y regular de los motores. Ahora, Brian tenía los cuatro encendidos, no bastaba para tapar el ruido que venía del este.

Antes, aquel ruido tenía una especie de uniformidad masiva, pero a medida que se acercaba iba fragmentándose; parecía haber ruidos dentro de los ruidos, y la suma de todos ellos empezaba a parecer horriblemente familiar.

«Animales a la hora del almuerzo —pensó Laurel, y se estremeció—. Así es como suena. Ruido de animales comiendo, transmitido por un amplificador y elevado a proporciones grotescas.»

Se estremeció violentamente y sintió que el pánico empezaba a invadir sus pensamientos: una fuerza elemental que no podía controlar, como tampoco podía controlar lo que producía aquel ruido.

—Si pudiéramos verlo, tal vez podríamos hacerle frente —dijo Bob mientras empujaban.

Albert le lanzó una mirada y dijo:

—No lo creo.

4

Brian apareció en la puerta delantera del 767 e hizo gestos a Bethany y Rudy de que acercaran la escalerilla. Cuando lo hicieron, salió a la plataforma superior y señaló los alerones. Mientras llevaban el vehículo hacia allí, oyó el ruido que se aproximaba y recordó una película que había visto hacía mucho tiempo, en una sesión de madrugada. En aquella película, Charlton Heston era dueño de una gran plantación en Sudamérica. La plantación había sido atacada por una vasta alfombra viviente de hormigas soldado, que comían todo lo que encontraban a su paso: árboles, hierba, edificios, vacas, hombres. ¿Cómo se llamaba aquella película? No conseguía recordarlo. Sólo recordaba que Charlton Heston había utilizado estratagemas cada vez más desesperadas para detenerlas o al menos retrasarlas. ¿Había logrado derrotarlas? Tampoco recordaba eso, pero de pronto apareció en su mente un fragmento de su sueño, perturbador por su falta de asociación con nada: un siniestro cartel rojo que rezaba: «Sólo estrellas fugaces.»

—¡Paren! —gritó a Rudy y a Bethany.

Dejaron de empujar, y Brian bajó por la escalerilla hasta que su cabeza quedó a la misma altura de la parte inferior del ala del Delta. Tanto el 767 como el 727 estaban equipados con una sola portilla de acceso al combustible en el ala izquierda. Ahora estaba mirando una pequeña puerta cuadrada con las palabras «Acceso al tanque de combustible» y «Antes de repostar controle la válvula de cierre». Algún gracioso había puesto una pegatina con una redonda y amarilla cara feliz. Era el último toque surrealista.

Albert, Bob y Nick habían empujado la manga en la posición correcta y ahora lo miraban. Sus caras eran círculos de color gris sucio en la penumbra que se disipaba. Brian se agachó y gritó a Nick:

—¡Hay dos mangas, una a cada lado! ¡Quiero la más corta!

Nick la desenrolló y se la alcanzó. Sosteniendo la escalerilla y el pico de la manga con una mano, Brian se situó bajo el ala y abrió el cuadrado del tanque. Dentro había un conector macho con una palanca de acero que sobresalía como un dedo. Brian se inclinó más y resbaló. Se cogió a la barandilla de la escalera.

—Aguante, colega —dijo Nick, subiendo a la escalerilla—. Ya llega la ayuda. —Se detuvo tres escalones debajo de Brian y lo cogió por el cinturón—. Hágame un favor, ¿quiere?

—¿De qué se trata?

—No se tire un pedo.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerlo.

Volvió a estirarse y miró a los otros. Rudy y Bethany se habían reunido con Bob y Albert debajo del ala.

—¡Apártense, a menos que quieran recibir un chorro de combustible! —gritó—. No puedo controlar la válvula de cierre del Delta y tal vez pierda.

Mientras esperaba a que retrocedieran, pensó: «Por supuesto, es posible que no pierda. Por lo que sé, los tanques de esta cosa pueden estar más secos que un maldito hueso.»

Volvió a estirarse y, como ahora Nick lo sujetaba, pudo usar las dos manos y encajar el pico en la portilla. Se produjo una breve lluvia de combustible, una lluvia muy bienvenida en aquellas circunstancias, y después se oyó un fuerte chasquido metálico. Brian hizo girar el pico un cuarto de vuelta a la derecha, sujetándolo en el lugar, y escuchó satisfecho que el combustible pasaba por la manguera hacia el vehículo, donde una válvula cerrada detendría su flujo.

—Vale —suspiró, recuperando su lugar en la escalera—. Hasta ahora, todo va bien.

—¿Y ahora qué, colega? ¿Cómo hacemos funcionar ese vehículo? ¿Lo hacemos desde el avión o qué?

—Dudo de que pudiéramos hacerlo aunque alguien hubiera recordado traer los cables —dijo Brian—. Afortunadamente, no tiene por qué correr. En esencia, es sólo un dispositivo para filtrar y transferir combustible. Voy a usar las unidades eléctricas auxiliares de nuestro avión para chupar el combustible, como si fuera una cañita para beber limonada de un vaso.

—¿Y cuánto tiempo tardará?

—En condiciones óptimas, es decir, bombeando con electricidad de tierra, podríamos cargar novecientos litros de combustible por minuto. Pero de esta manera me resulta difícil calcular. Nunca he tenido que usar los auxiliares para bombear. Por lo menos una hora. Tal vez dos.

Nick miró ansiosamente hacia el este, y cuando habló lo hizo en voz baja.

—Hágame un favor, compañero, no se lo diga a los demás.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que dispongamos de dos horas. Tal vez ni siquiera de una.

5

Sola en primera clase, Dinah Catherine Bellman abrió los ojos.

Y vio.

—Craig —murmuró.

6

«Craig.»

Pero él no quería volver a oír su nombre. Cuando la gente pronunciaba su nombre, siempre pasaba algo. Siempre. «¡Craig! ¡Levántate, Craig!»

No, no se levantaría. Su cabeza se había convertido en un vasto avispero; el dolor rugía en cada cavidad, en cada retorcido conducto. Habían llegado las abejas. Creyeron que estaba muerto y habían invadido su cabeza, transformando el cráneo en un panal. Y ahora..., ahora...

«Sienten mis pensamientos y tratan de matarlos con sus agujones —pensó, y emitió un gemido espeso, agónico. Sus manos manchadas de sangre se abrieron y cerraron lentamente sobre la moqueta que cubría el suelo del vestíbulo inferior—. Dejadme morir, por favor, dejadme morir.»

«¡Craig, tienes que levantarte ahora! ¡Ya!»

Era la voz de su padre, la única que nunca había podido rechazar ni desoír. Pero ahora la rechazaría. Ahora la desoiría.

—Vete —graznó—. Te odio. Vete.

El dolor chillaba en su cabeza como un aullido dorado de trompetas. Nubes de abejas, furiosas y agresivas, se apartaron de las campanas que sonaban.

«¡Ah, dejadme morir! —pensó—. Dejadme morir. Esto es el infierno. Estoy en un infierno de abejas y trompas.»

«Levántate, Craiggy-weggy. Es tu cumpleaños y, ¿sabes qué?, en cuanto te levantes, alguien te regalará una cerveza y te dará un golpe en la cabeza porque este golpe es para ti.»

—No —dijo—. Basta de golpes. —Y su mano arañó la alfombra. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos, pero una pasta pegajosa de sangre que se secaba los había sellado—. Estás muerta. Los dos estáis muertos. No podéis golpearme ni obligarme a hacer cosas. Los dos estáis muertos, y yo también quiero morir.

Pero no estaba muerto. En algún lugar, más allá de aquellas voces fantasmales, oía el gemido de los motores del *jet*, y aquel otro ruido. El ruido del avance de los lagolieros. De su carrera.

Comprendió que no era la voz de su padre ni la de su madre. Eso sólo había sido producto de su cabeza, que intentaba engañarse. Ésta era una voz de..., de..., (¿arriba?) algún otro lugar, un lugar alto y brillante donde el dolor era un mito, y la presión un sueño.

«Craig, ha venido a verte toda la gente a la que querías ver. Dejaron Boston y vinieron aquí. Eres así de importante para ellos. Todavía puedes hacerlo, Craig. Todavía puedes sacar el percutor. Todavía queda tiempo para entregar los papeles y quedar fuera del ejército de tu padre, es decir, si eres lo bastante hombre como para hacerlo.

»Si eres lo bastante hombre como para hacerlo.»

—¿Lo bastante hombre? —graznó—. ¿Lo bastante hombre? Seas quien seas, debes de estar burlándote de mí.

Intentó de nuevo abrir los ojos. La sangre pegajosa que los mantenía cerrados cedió un poco, pero no lo suficiente. Se las arregló para acercar una mano a la cara. La mano rozó los restos de su nariz y emitió un bajo y fatigado grito de dolor. Dentro de su cabeza, las trompetas chillaban y las abejas zumbaban. Esperó a que cediera lo peor del dolor y se abrió los ojos con dos dedos.

La aureola de luz seguía allí. En la penumbra, constituía una forma vagamente evocadora.

Lentamente, Craig levantó la cabeza.

Y entonces la vio.

Era ella, de pie dentro de la aureola de luz.

Era la niña, pero ya no llevaba las gafas oscuras y lo miraba con ojos amables.

«Vamos, Craig. Sé que es duro, pero tienes que levantarte, tienes que hacerlo. Porque están todos aquí, esperando, pero no esperarán para siempre. Los lagolieros se ocuparán de eso.»

Vio que la niña estaba ahora de pie en el suelo. Sus zapatos parecían flotar tres o cuatro centímetros por encima de la superficie y ella estaba totalmente rodeada por la luz brillante, envuelta en una radiación espectral.

«Vamos, Craig. Levántate.»

Craig empezó a luchar por ponerse de pie. Era muy duro. Había perdido casi por completo el sentido del equilibrio y le resultaba difícil mantener la cabeza erguida. ¡Naturalmente, como que estaba llena de abejas furiosas! Cayó dos veces hacia atrás, pero volvió a incorporarse y a intentarlo, fascinado y obligado por la niña resplandeciente, con sus dulces ojos y su promesa de liberación final.

«Todos esperan, Craig. Te esperan.

»Están esperándote.»

7

Dinah yacía en la camilla, mirando con sus ojos ciegos cómo Craig Toomy se apoyaba en una rodilla, caía de lado e intentaba levantarse de nuevo. Su corazón estaba invadido por una piedad terrible hacia aquel hombre herido y quebrado, aquel pez asesino que sólo deseaba estallar. En su cara sanguinolenta, destrozada, vio una terrible mezcla de emociones: terror, esperanza y una especie de despiadada decisión.

«Lo siento, señor Toomy —pensó—. Pese a lo que hizo, lo siento. Pero lo necesitamos.»

Después volvió a llamarlo; lo llamó con su conciencia moribunda: «¡Levántate, Craig! ¡Deprisa! ¡Pronto será demasiado tarde!»

Y sintió que lo era.

8

Cuando la manga más larga estuvo bajo el vientre del 767 y sujeta a la portilla del combustible, Brian regresó a la cabina, activó los auxiliares y se puso a trabajar, absorbiendo hasta la última gota de combustible del 727-400.

Mientras miraba cómo la pantalla lectora del tanque derecho ascendía lentamente hacia los once mil litros, esperó tenso a que el auxiliar empezara a traquetear y arrastrarse, intentando engullir un combustible que no ardería.

El tanque de la derecha había llegado a los tres mil quinientos litros cuando se produjo un cambio en la nota emitida por los motores *jet* de la parte trasera del avión. La nota se hizo dificultosa, áspera.

—¿Qué pasa, colega? —preguntó Nick. Estaba otra vez en el asiento del copiloto. Tenía el cabello revuelto, y una gran mancha de grasa adornaba su camisa, antes tan limpia.

—Los motores auxiliares están probando el combustible del 727 y no les gusta —dijo Brian—. Espero que Albert tenga razón, Nick, pero no estoy muy seguro.

Un instante antes de que la lectora señalara los cuatro mil litros en el tanque derecho, el primer auxiliar se apagó. En el tablero de Brian apareció una luz roja de «Motor cerrado». Bajó el interruptor.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó Nick, levantándose para mirar por encima del hombro de Brian.

—Utilizar los otros tres para mantener las bombas en funcionamiento y esperar lo mejor —dijo Brian.

El segundo motor auxiliar se apagó treinta segundos más tarde y mientras Brian estiraba la mano para bajar el interruptor, se apagó el tercero. Con él desaparecieron las luces de la cabina; ' ahora sólo quedaban las luces parpadeantes del tablero y el ruido irregular de las bombas hidráulicas. El último auxiliar funcionaba asmáticamente, subiendo y bajando, y sacudiendo el avión.

—Voy a cerrar del todo —dijo Brian. Su voz le sonaba áspera y tensa hasta a él mismo; la voz de un hombre que estaba ante una situación que no controlaba y que le producía fatiga—. Tendremos que esperar a que el combustible del Delta se ponga a la altura de la corriente temporal de nuestro avión, o marco temporal, o como se llame. De esta manera no podemos seguir. Si se produce un flujo potente de electricidad antes de que se corte el último auxiliar, nos vaciará el ordenador. Tal vez hasta lo fría.

Pero cuando Brian se inclinaba en busca del interruptor, la nota convulsa del motor empezó a cambiar y a emparejarse. Se volvió y miró incrédulo a Nick. Éste le devolvió la mirada mientras una lenta sonrisa le iluminaba el rostro.

—Tal vez hayamos tenido suerte, compañero.

Brian levantó las manos, cruzó los dedos y los agitó en el aire.

—Eso espero —dijo, y volvió a mirar los tableros. Levantó los interruptores marcados como Auxiliares 1, 3, y 4. Empezaron a funcionar suavemente. Las luces de la cabina regresaron. Las campanillas sonaron. Nick vitoreó y le dio una palmada en la espalda.

Detrás de ellos apareció Bethany.

—¿Qué pasa? ¿Todo está bien?

—Creo —dijo Brian sin volverse— que tal vez tengamos una oportunidad.

9

Finalmente, Craig se las arregló para ponerse de pie. Ahora, la niña resplandeciente estaba encima de la cinta transportadora de equipajes. Lo miraba con una dulzura sobrenatural y algo más, algo que Craig había anhelado toda su vida. ¿Qué era?

Buscó lo que era y finalmente lo encontró.

Era compasión.

Compasión y comprensión.

Miró a su alrededor y vio que la oscuridad se desvanecía. Eso quería decir que había estado inconsciente toda la noche, ¿no? No lo sabía. Y no importaba. Lo único que importaba era que la niña resplandeciente los había llevado a todos: los inversores, los especialistas en bonos, los agentes y los vendedores de acciones. Estaban aquí y querían una explicación de lo que había estado haciendo el joven señor Craiggy-weggy Toomy-Woomy, y allí estaba la verdad: especulaciones tramposas. A eso se había dedicado..., a metros y metros de especulaciones tramposas..., kilómetros de especulaciones tramposas. Y cuando les dijera eso...

—Tendrán que dejarme ir, ¿no es cierto?

«Sí —dijo ella—. Pero tienes que apresurarte, Craig. Tienes que apresurarte antes de que piensen que no quieres ir y se vayan.»

Craig empezó a avanzar despacio. Los pies de la niña no se movían, pero, a medida que él se acercaba, ella retrocedía como un espejismo en dirección a las tiras de goma que colgaban entre la zona de recuperación de maletas y el embarcadero de carga, en el exterior.

Y, ¡oh, gloria!, estaba sonriendo.

10

Ahora estaban todos en el avión salvo, Bob y Albert, que se habían quedado sentados en la escalerilla, escuchando avanzar el ruido en una ola lenta y fragmentada.

Laurel Stevenson permanecía de pie en la puerta delantera, mirando hacia la terminal y preguntándose todavía qué harían con el señor Toomy cuando Bethany dio un tiró a su blusa.

—Dinah habla en sueños o algo así. Creo que está delirando. ¿Puedes venir?

Laurel fue. Rudy Warwick estaba sentado frente a Dinah, cogiéndole una mano entre las suyas y mirándola ansiosamente.

—No lo sé —dijo deprisa—. No lo sé, pero creo que se está yendo.

Laurel tocó la frente de la niña. Estaba seca y muy caliente. La hemorragia había disminuido o se había detenido por completo, pero la respiración de la niña se había convertido en una serie de penosos silbidos. Tenía sangre pegada en torno a la boca como si fuera salsa de fresas.

—Creo... —empezó a decir Laurel.

Y en ese momento Dinah dijo con total claridad:

—Tienes que apresurarte antes de que piensen que no quieres ir y se vayan.

Laurel y Bethany intercambiaron miradas desconcertadas y asustadas.

—Creo que sueña con ese tipo, Toomy —dijo Rudy a Laurel—. Antes lo nombró.

—Sí —dijo Dinah. Tenía los ojos cerrados, pero movía ligeramente la cabeza como si estuviera escuchando a alguien—. Sí, lo seré —dijo—. Si lo deseas, lo seré. Pero apresúrate. Sé que duele, pero tienes que apresurarte.

—Está delirando, ¿no es cierto? —susurró Bethany.

—No —respondió Laurel—. No lo creo. Debe de estar soñando.

Pero no era eso lo que pensaba. Lo que pensaba realmente era que Dinah podía estar (viendo) haciendo otra cosa. No estaba segura de querer saber qué era esa otra cosa, aunque en algún lugar de su mente giraba y danzaba una idea. Sabía que podía formularla si lo deseaba, pero no lo deseaba. Porque aquí estaba sucediendo algo horrible, muy horrible, y no podía dejar de pensar que tenía algo que ver con («no lo mate, lo necesitamos») el señor Toomy.

—Déjenla sola —dijo con voz seca y brusca—. Déjenla sola para que pueda («hacer lo que tenga que hacerle») dormir.

—¡Dios! Espero que despeguemos pronto —dijo Bethany angustiada, y Rudy le pasó un brazo consolador por los hombros.

11

Craig llegó a la cinta transportadora y cayó sobre ella. Una blanca sábana de agonía pasó por su cabeza, su cuello, su pecho. Trató de recordar qué le había sucedido y no pudo. Había bajado corriendo por la escalera, se había escondido en un cuarto pequeño, se había quedado en la oscuridad, rasgando tiras de papel, y allí se detenía el recuerdo.

Levantó la cabeza con el pelo cubriéndole los ojos y miró a la niña resplandeciente, que ahora estaba sentada con las piernas cruzadas frente a las tiras de goma, un par de centímetros por encima de la superficie de la cinta transportadora. Era la cosa más hermosa que había visto en su vida. ¿Cómo pudo creer alguna vez que era uno de ellos?

—¿Eres un ángel? —graznó.

«Sí», contestó la niña resplandeciente, y Craig sintió que el júbilo taponaba el dolor. Su visión se hizo borrosa, y las lágrimas, las primeras que habían derramado desde que era adulto, empezaron a correr por sus mejillas. De pronto se descubrió recordando la voz dulce, ronroneante y embriagada de su madre cuando cantaba aquella vieja canción.

—¿Eres un ángel de la mañana? ¿Querrás ser mi ángel de la mañana?

«Sí, lo seré. Si quieres, lo seré. Pero apresúrate. Sé que duele, pero tienes que apresurarte.»

—Sí —sollozó Craig, y empezó a arrastrarse ansiosamente por la cinta transportadora, hacia ella. A cada movimiento lo atravesaba un dolor nuevo en oleadas irregulares. De su nariz destrozada y de su boca brotaba sangre. Sin embargo, se apresuraba tanto como podía. Delante de él, la niña retrocedía y desaparecía por las tiras de goma, y por alguna razón ni siquiera las movía al pasar.

—Sólo toca mi mejilla antes de irte, nena —dijo Craig. Vomitó un coágulo esponjoso de sangre, lo escupió contra la pared, donde quedó colgado como una enorme araña muerta, y trató de arrastrarse más deprisa.

12

Un ruido crujiente, desgarrador, invadió la extraña mañana al este del aeropuerto. Bob y Albert habían permanecido sentados en la escalerilla, pero se pusieron en pie, pálidos y haciéndose miles de preguntas temerosas.

—¿Qué fue eso? —preguntó Albert.

—Creo que ha sido un árbol —contestó Bob, y se humedeció los labios.

—¡Pero si no hay viento!

—No —aceptó Bob—. No hay viento.

Ahora, el ruido se había convertido en una barricada móvil de sonido ensordecedor. Fragmentos del sonido parecían avanzar..., y retroceder un instante antes de que fuera posible identificarlos. Al cabo de un momento, Albert estaba dispuesto a jurar que escuchaba algo así como ladridos, y después, los ladridos, o aullidos, o lo que fueran, fueron engullidos por un breve sonido ronroneante, como de electricidad. Las únicas constantes eran el ruido de dientes y el penetrante silbido.

—¿Qué sucede? —preguntó Bethany a sus espaldas.

—Nad... —empezó Albert, pero en ese momento Bob apretó su hombro y señaló.

—¡Mira! —gritó— ¡Mira allí!

A lo lejos, hacia el este, sobre el horizonte, se erguía una serie de torres eléctricas que se extendían de norte a sur a lo largo de un alto promontorio de madera. Mientras Albert miraba, una de las torres se inclinó como un juguete y se derrumbó, arrastrando con ella un montón de cables de alta tensión. Un instante después, cayó otra torre, y otra, y otra.

—Y eso no es todo —dijo Albert, aturdido—. Mire los árboles. Aquellos árboles se agitan como arbustos.

Pero no sólo se agitaban. Mientras los miraban, los árboles empezaron a caer, a desaparecer.

Crunch, tac, crunch, golpe, ladrido.

Crunch, tac, ladrido, golpe, crunch.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Bob. Apretaba a Albert con ambas manos. Sus ojos estaban desorbitados, llenos de una especie de terror idiota. La expresión contrastaba de un modo repulsivo con su rostro alargado e inteligente—. Creo que tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Sobre el horizonte, a unos quince kilómetros de distancia, el alto caballete de una torre de radio se balanceó, giró y se desplomó, desapareciendo entre los temblorosos árboles. Ahora notaban que la tierra vibraba; la vibración ascendía por la escalerilla y sacudía sus pies dentro de los zapatos.

—¡Háganlo parar! —gritó súbitamente Bethany desde la puerta. Se llevó las manos a los oídos—. ¡Por favor, por favor, hagan que pare!

Pero la onda sonora avanzaba hacia ellos... el ruido de dientes, lamidas, alimentación de los lagolieros.

13

—No quiero fastidiar, Brian, pero, ¿cuánto falta? —la voz de Nick era tensa—. A unos seis kilómetros de aquí hay un río..., lo vi cuando descendíamos..., y creo que lo que se acerca está ahora en la otra margen.

Brian observó los indicadores de combustible. Once mil litros en el ala derecha; siete mil en la izquierda. Ahora no tenía que bombear el combustible del Delta hacia el otro lado, la cosa iba más rápida.

—Quince minutos. —Sentía que gruesas gotas de sudor cubrían su frente—. Necesitamos más combustible, Nick, porque si no, caeremos en el desierto de Mohave. Otros diez minutos para desengancharnos, dar las órdenes y salir.

—¿No puede ser menos? ¿Está seguro de que no puede ser menos?

Brian negó con la cabeza y volvió a observar los aparatos.

14

Craig pasó arrastrándose por las bandas de goma, sintiendo que se deslizaban por su espalda como dedos muertos. Emergió a la blanca y muerta luz de un nuevo día, muy abreviado. El sonido era terrible, abrumador: el ruido de un ejército invasor caníbal. Hasta el cielo parecía temblar con él, y durante un segundo el miedo lo dejó petrificado.

«Mira», dijo su ángel de la mañana, y señaló hacia las pistas.

Craig miró y olvidó su miedo. Más allá del 767 de la American Pride, en un triángulo de hierbas muertas flanqueado por dos pistas y una carretera de rodaje, había una larga mesa de caoba. Brillaba intensamente bajo la fatigada luz. En cada sitio había un bloc amarillo, una jarra de agua helada y un vaso Waterford. Sentados en torno a la mesa había dos docenas de hombres, vestidos con sobrios trajes de banqueros, que ahora se volvían a mirarlo.

De pronto, empezaron a aplaudir. Se pusieron en pie y lo miraron, aplaudiendo su llegada. Craig sintió que una amplia sonrisa de agradecimiento empezaba a estirarle la cara.

15

Dinah se había quedado sola en el compartimento de primera. Su respiración era dificultosa, y su voz apenas un susurro estrangulado.

—¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Rápido, rápido!

16

Craig bajó a trompicones de la cinta, cayó en el suelo con un golpe violento y se incorporó. El dolor ya no importaba. ¡El ángel los había traído! ¡Claro que los había traído! Los ángeles eran como los fantasmas de aquel cuento del señor Scrooge. ¡Podían hacer todo cuanto quisieran! La corona que rodeaba su cabeza comenzaba a desaparecer, pero no importaba. Ella había traído su salvación: una red en la cual estaba por fin, misericordiosamente, atrapado.

«¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Rodea el avión! ¡Aléjate del avión! ¡Corre hacia ellos ahora!»

Craig empezó a correr dando torpes zancadas que pronto se convirtieron en una trabajosa carrera. Mientras corría, su cabeza iba arriba y abajo como un girasol sobre un tallo quebrado. Corrió hacia unos hombres sin humor y sin piedad, unos hombres que eran su salvación, unos hombres que hubieran podido ser pescadores de pie en un barca, más allá de un cielo plateado, recogiendo su red para ver qué animal fabuloso habían cogido.

Al llegar a los nueve mil quinientos litros, la pantalla lectora del tanque izquierdo empezó a detenerse, y cuando llegó a diez mil se quedó prácticamente inmóvil. Brian entendió lo que pasaba y accionó a toda prisa dos interruptores, cerrando las bombas hidráulicas. El 727-400 les había dado todo lo que tenía: algo más de veinte mil ochocientos litros de combustible. Tenía que ser suficiente.

—Vale —dijo poniéndose en pie.

—Vale, ¿qué? —preguntó Nick, imitándolo.

—Vamos a desengancharnos y a salir a toda pastilla.

El ruido que se aproximaba había alcanzado intensidades ensordecedoras. Mezclado con el sonido de dientes y el chillido de transmisión, se oía el ruido de árboles que caían y el estallido sordo de edificios que se desplomaban. Antes de cerrar las bombas había percibido una serie de golpes seguida de una especie de chapoteo. Imaginó que se trataba de algún puente en el río que había visto Nick.

—¡Señor Toomy! —chilló repentinamente Bethany—. ¡Es el señor Toomy!

Nick se adelantó a Brian y pasó primero por la puerta, en dirección al compartimento de primera, pero de todos modos los dos llegaron a tiempo de ver a Craig tropezando y corriendo por la pista. Ignoró totalmente el avión. Su destino parecía ser un vacío triángulo de hierbas limitado por un par de pistas que se entrecruzaban.

—¿Qué está haciendo? —jadeó Rudy.

—No se preocupen por él —dijo Brian—. Ya no queda tiempo. ¿Nick? Baje la escalerilla de delante. Sosténgame mientras saco la manguera. Brian se sentía como un hombre desnudo en una playa mientras una enorme ola se hincha en el horizonte y corre hacia la orilla.

Nick lo siguió y volvió a cogerlo del cinturón mientras él se estiraba y sacaba la manguera. Un instante después, lo consiguió y la dejó caer al suelo, donde el extremo metálico tintineó sordamente. Brian cerró el portillo del combustible.

—Vamos —dijo, cuando Nick lo atrajo hacia la escalerilla. Su cara tenía un color gris sucio—. Vamonos de aquí.

Pero Nick no se movió. Estaba petrificado mirando hacia el este. Su piel había adquirido el color del papel. En su cara había una expresión de horror de pesadilla. Le temblaba el labio superior, y en ese momento parecía un perro demasiado asustado como para ladrar.

Brian volvió lentamente la cabeza en esa dirección, oyendo que los tendones de su cuello crujían como un resorte oxidado en una vieja puerta. Volvió la cabeza y vio por fin a los lagolieros, que entraban en escena por la izquierda.

—Así que ya ven —dijo Craig, aproximándose a la silla vacía que estaba en la cabecera de la mesa y plantando cara a los hombres que la rodeaban—, los agentes con los que hice negocios no sólo carecían de escrúpulos; muchos de ellos eran gente de la CÍA, cuyo trabajo consistía en contactar y engañar a banqueros como yo, hombres que querían llenar rápidamente sus carteras. En lo que a ellos se refiere, el objetivo, es decir, evitar que el comunismo se infiltre en Sudamérica, justifica cualquier medio.

—¿Y qué procedimientos empleó para frustrar a estos tipos? —preguntó un hombre gordo con un caro traje azul—. ¿Utilizó una compañía aseguradora de bonos, o su banco tiene para esos casos una empresa de investigación específica?

La cara redonda y jovial de Traje Azul estaba perfectamente afeitada; sus mejillas resplandecían a causa de la buena salud o, tal vez, de cuarenta años de whisky con soda; sus ojos eran despiadadas astillas de hielo azul. Eran ojos maravillosos: ojos de padre.

En alguna parte, muy lejos de aquella sala de reuniones en el penúltimo piso del Prudential Center, Craig escuchaba un ruido ensordecedor.

Supuso que estaban arreglando la calle. En Boston siempre estaban arreglando las calles, y suponía que la mayor parte de las veces era innecesario, que se trataba de la misma vieja historia: los hombres carentes de escrúpulos que se aprovechaban alegremente de los desprevenidos. No tenía nada que ver con él. Nada en absoluto. Su trabajo consistía en argumentar con el hombre de traje azul, y estaba impaciente por empezar.

—Estamos esperando, Craig —dijo el presidente de su institución bancaria.

Craig sintió una sorpresa momentánea (no estaba previsto que el señor Parker asistiera a esa reunión), pero después aquella sensación quedó anulada por la felicidad.

—¡Ningún procedimiento! —gritó alegremente ante sus rostros estupefactos—. ¡Me limité a comprar y comprar y comprar! ¡No utilicé *ningún procedimiento en absoluto!*

Estaba a punto de continuar, de abundar en el asunto, de exponerlo realmente, cuando un ruido lo detuvo. Ese ruido no estaba a kilómetros de distancia, sino cerca, muy cerca, tal vez en la propia sala de reuniones.

Un estremecedor ruido de picadora, como de dientes secos y hambrientos masticando.

Súbitamente, Craig sintió una profunda necesidad de rasgar papel, cualquier papel. Estiró la mano en busca del bloc que estaba frente a su asiento, pero el bloc había desaparecido. Y también la mesa. Y los banqueros. Y Boston.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil y perpleja, mirando a su alrededor. Y de pronto comprendió..., y los vio.

Habían llegado los lagolieros.

Habían venido a buscarlo.

Craig Toomy empezó a gritar.

Brian los veía, pero no comprendía qué era lo que estaba viendo. De una manera extraña, parecían desafiar toda visión, y él sentía que su cerebro frenético, fatigado, trataba de procesar la información, convertir en algo comprensible las formas que habían empezado a aparecer por el extremo oriental de la pista 21.

Al comienzo eran sólo dos formas, una negra y otra roja como un tomate.

«¿Son pelotas? —pensó desorientado—. ¿Podrían ser pelotas?»

Algo pareció acomodarse en el centro de su cerebro, y vio que efectivamente eran pelotas, una especie de pelotas de playa, pero que se expandían y contraían y volvían a expandirse, como si estuviera viéndolas a través de la bruma temblorosa del calor. Avanzaron rodando, saliendo de entre las hierbas muertas del final de la pista, dejando tras ellas senderos de negrura. De alguna manera, estaban cortando el césped.

«No —dijo su cerebro, reacio—. No están sólo cortando el césped, y tú lo sabes. Están cortando mucho más que eso.»

Lo que dejaban atrás eran bandas estrechas de absoluto vacío. Y ahora, mientras corrían juguetonamente por el cemento blanco del extremo de la pista, seguían dejando atrás marcas negras que brillaban como asfalto.

«No —repitió su cerebro—. No es asfalto. Tú sabes lo que es ese vacío. Es nada. Absolutamente nada. Están comiendo mucho más que la superficie de la pista de rodaje.»

En sus evoluciones había algo de alegría maligna. Se entrecruzaban, trazando una temblorosa X negra en la pista exterior. Botaban, daban un salto cruzado y exuberante, y después corrían en línea recta hacia el avión.

En ese momento, Brian y Nick gritaron a la vez. Debajo de las superficies de las veloces pelotas asomaban caras, caras monstruosas, extrañas que temblaban, se retorcían y ondulaban como si estuvieran hechas de resplandeciente gas pantanoso. Los ojos eran sólo muescas rudimentarias, pero las bocas eran inmensas: cuevas semicirculares bordeadas de dientes mordedores, desdibujados.

A medida que avanzaban, comían, levantando estrechas tiras de mundo.

En la pista exterior había un camión de combustible de Texaco. Los lagolieros se abalanzaron sobre él, mordiendo y triturando a toda velocidad con sus dientes, que sobresalían de sus cuerpos difuminados. Lo destrozaron con saña. Uno de ellos abrió una senda a través de los neumáticos traseros y, durante un momento, antes de que los neumáticos se deshincharan, Brian vio la forma que dejaba, una forma semejante a la que deja un ratón en un dibujo animado.

El otro dio un potente salto, desapareció un instante detrás del tanque de Texaco y después lo atravesó, dejando un agujero por el cual empezó a salir un chorro de apagado color ámbar. Cayeron al suelo, volvieron a saltar como si tuvieran resortes, se cruzaron y corrieron hacia el avión. Debajo de ellos, la realidad se desintegraba en estrechas tiras, fuera lo que fuese lo que tocaban, y a medida que se aproximaban, Brian comprendió que estaban consumiendo algo más que el mundo: estaban abriendo las profundidades de la eternidad.

Llegaron al borde del asfalto y se detuvieron. Durante un momento, se agitaron vacilantes, como las bolas saltadoras que aparecían encima de las palabras en los viejos teatros de variedades.

Después, giraron y se precipitaron en otra dirección.

Se precipitaron hacia Craig Toomy, que estaba mirándolos y gritando en el aire blanco.

Con un esfuerzo inmenso, Brian superó la parálisis que lo dominaba y le dio un codazo a Nick, que seguía inmóvil.

—¡Vamos!

Nick no se movió y Brian le dio otro codazo, golpeando con fuerza su frente.

—¡He dicho que vamos! ¡Mueva el culo! ¡Nos vamos de aquí!

Aparecieron más bolas negras y rojas. Saltaban, bailaban, giraban... y corrían hacia ellos.

«No puedes huir de ellos —decía su padre—, porque poseen unas veloces piernecillas.»

No obstante, Craig lo intentó.

Se volvió y corrió en dirección a la terminal, lanzando miradas horrorizadas y grotescas por encima del hombro. Sus zapatos se arrastraban sobre el pavimento. Ignoró el 767 de la American Pride, que ahora volvía a despegar, y corrió hacia la zona de equipajes.

«No, Craig —dijo su padre—. Tal vez creas que estás corriendo, pero no es así. Ya sabes lo que estás haciendo: estás escapando.»

Detrás de él, las dos bolas se apresuraron, acortando la distancia a un ritmo cómodo y jubiloso. Se cruzaron dos veces, igual que una pareja de alegres exhibicionistas en un mundo muerto, dejando tras ellas erizadas líneas de vacío. Rodaron hacia Craig separadas por una distancia de pocos centímetros, trazando lo que parecían huellas de esquí en negativo tras sus cuerpos burbujeantes y extraños.

Lo alcanzaron a seis metros de la cinta transportadora de equipajes y se comieron sus pies en una milésima de segundo. Hacía un momento, los rápidos pies que huían estaban allí; ahora, Craig había disminuido cinco centímetros. Sus pies, junto con sus caros mocasines Bally, simplemente habían dejado de existir. No había sangre; las heridas eran cauterizadas instantáneamente por el paso ígneo de los lagolieros.

Craig no sabía que ya no tenía pies. Escapaba sobre los muñones de sus tobillos, y cuando la primera sensación de dolor empezó a ascender por sus piernas, los lagolieros dieron una vuelta cerrada y regresaron, rodando alegremente uno junto a otro por el pavimento.

Esta vez sus caminos se cruzaron dos veces, dibujando una media luna de cemento orlada de negro, como las que aparecen en los libros de colorear de los niños. Sólo que esta media luna empezó a hundirse, no en la tierra —porque debajo de la superficie, al parecer, no había tierra— sino en la nada.

En esta ocasión, los lagolieros saltaron al unísono y mordieron a Craig en las rodillas. Al intentar seguir corriendo, cayó y se desplomó agitando los muñones. Sus días de corredor habían terminado.

—¡No! —aulló—. ¡No, papá! ¡No! ¡Seré bueno! ¡Por favor, haz que se vayan! Seré bueno, juro que a partir de ahora seré bueno si haces que se vay...

Y entonces volvieron a arrojarle sobre él, farfullando, parlotando, zumbando y gimiendo, y Craig vio la difusa maquinaria helada de sus dientes trituradores, y sintió los cálidos gemidos de su vitalidad ciega y furiosa, en la fracción de segundo anterior al momento en que empezaron a descuartizarlo a desordenados mordiscos.

Su último pensamiento fue: «¿Cómo pueden ser veloces sus piernecillas; no tienen pier...»

21

Habían aparecido grupos de esas cosas negras, y Laurel comprendió que pronto habría cientos, miles, millones, billones. Incluso con el rugido de los motores que se oía a través de la puerta delantera mientras Brian apartaba el 767 de la escalerilla y el ala del Delta, oía aquel chillido borboteante, inhumano...

Enormes rizos de negrura se entrecruzaban al final de la pista 21. Después, las sendas fueron estrechándose en dirección a la terminal, convergiendo a medida que las bolas se precipitaban hacia Craig Toomy.

«Supongo que no comen carne viva muy a menudo», pensó, y súbitamente le entraron ganas de vomitar.

Tras una última mirada incrédula, Nick Hopewell cerró bruscamente la puerta delantera y empezó a retroceder por el pasillo, tambaleándose como un borracho. Sus ojos parecían ocupar toda la cara. Por su barbilla corría la sangre, porque se había mordido salvajemente el labio inferior. Abrazó a Laurel y hundió su rostro ardiente entre el cuello y el hombro de la joven. Ella lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

22

En la cabina, Brian imprimió a los motores toda la potencia que se atrevió y se lanzó con el 767 a gran velocidad por la pista, en una operación suicida. Ahora, el borde oriental del aeropuerto estaba abarrotado de negras bolas invasoras; el extremo de la pista 21 había desaparecido y el mundo que existía más allá se desvanecía. En aquella dirección, el insensible cielo blanco se extendía sobre un universo de líneas negras y árboles caídos.

Al acercarse el avión al final de la pista, Brian cogió el micrófono y gritó:

—¡Abróchense los cinturones! ¡Abróchense los cinturones! ¡Y si no, agárrense fuerte!

Disminuyó un poco la velocidad e introdujo el 767 en la pista 33. Al hacerlo, vio algo que conmovió su cordura: enormes secciones del mundo que había al este de la pista, enormes trozos irregulares de la propia realidad caían como ascensores, dejando tras de sí grandes trozos de vacío.

«Se están comiendo el mundo —pensó—. ¡Dios mío! Se están comiendo el mundo.»

Entonces, todo el campo de aterrizaje dio la vuelta frente a él y el avión quedó otra vez orientado hacia el oeste, con la pista 33 abierta, larga y desierta delante.

Cuando el 767 giró en la pista, los maleteros situados sobre los asientos se abrieron, lanzando bolsos de mano por todo el compartimento. Bethany, que no había tenido tiempo de ajustarse el cinturón, cayó en el regazo de Albert Kaussner. Albert no notó ni el cálido cuerpo de chica que tenía sobre las piernas, ni el maletín que cayó pasando a siete centímetros de su nariz. Sólo vio las oscuras formas negras que corrían por la pista 21, a la izquierda, y las resplandecientes huellas negras que dejaban detrás. Aquellas huellas convergían hacia un gigantesco pozo de negrura que ocupaban el lugar donde había estado la zona de descarga de equipajes.

«Han sido atraídos por el señor Toomy —pensó—, o por el lugar donde estaba el señor Toomy. Si él no hubiera salido de la terminal, habrían elegido el avión. Se lo habrían comido, con nosotros dentro, empezando por las ruedas y siguiendo con todo lo demás.»

Detrás de él, Bob Jenkins dijo con voz espantada y temblorosa.

—Ahora lo sabemos, ¿no?

—¿Qué? —gritó Laurel con una voz extraña, jadeante, que no reconocía como suya. Una bolsa de muletón le cayó en el regazo. Nick levantó la cabeza, soltó a Laurel y lanzó una mirada ausente al pasillo—. ¿Qué es lo que sabemos?

—Pues lo que le sucede al hoy cuando se convierte en ayer, lo que le ocurre al presente cuando se transforma en pasado. Permanece a la espera, muerto y vacío. Los espera a ellos. Espera a los guardianes del tiempo, de la eternidad, que no cesan de correr tras él limpiando la confusión de la manera más eficaz: comiéndosela.

—El señor Toomy los conocía —dijo Dinah con voz clara y soñadora—. El señor Toomy decía que son los lagolieros.

En ese momento, los motores alcanzaron su potencia máxima y el avión atravesó rugiendo la pista 33.

24

Brian vio que dos de las bolas se abalanzaban cruzando la pista delante de él, pelando la superficie de la realidad en dos huellas paralelas que resplandecían como ébano lustrado. Era tarde para detenerse. El 767 se estremecía como un perro resfriado mientras corría por encima de los lugares vacíos, pero logró mantenerlo en la pista. Bajó los aceleradores, apoyándose sobre ellos, y miró cómo el velocímetro avanzaba hacia el punto de despegue.

Seguía oyendo aquellos ruidos de trituración y deglución, pero no sabía si sonaban en sus oídos o sólo en su mente confusa. Y no le importaba.

25

Inclinándose sobre Laurel para mirar por la ventanilla, Nick vio la terminal del aeropuerto internacional de Bangor seccionada, picada, triturada y acanalada. Saltaba dividida en diversas piezas de rompecabezas, y después empezó a desplomarse en solitarias simas de oscuridad.

Bethany Simms gritó. Una huella negra corría junto al 767, mascando el borde de la pista. Súbitamente, giró hacia la derecha y desapareció bajo el avión.

Se escuchó otro golpe aterrador.

—¿Nos ha golpeado? —gritó Nick—. ¿Nos ha golpeado?

Nadie contestó. Sus caras pálidas y aterrorizadas miraban por las ventanillas, y nadie dijo una palabra. Los árboles pasaban a toda velocidad entre una bruma verdegrisácea. En la cabina, Brian esperaba en tensión, echado hacia delante, a que una de esas bolas saltara frente al parabrisas y lo atravesara. No sucedió.

Las últimas luces rojas del tablero se pusieron en verde. Brian tiró del volante hacia atrás y el 767 despegó.

26

En el compartimento principal, un hombre de barba negra con ojos inyectados en sangre se abrió paso por el corredor, parpadeando como una lechuza.

—¿Ya estamos llegando a Boston? —preguntó en general—. Espero que sí, porque quiero meterme en la cama. Tengo una jaqueca espantosa.

CAPÍTULO NUEVE

ADIÓS A BANGOR. ATRAVESANDO DÍAS Y NOCHES HACIA EL OESTE. VERLO A TRAVÉS DE LOS OJOS DE LOS DEMÁS. EL GOLFO INTERMINABLE. LA GRIETA. LA ADVERTENCIA. LA DECISIÓN DE BRIAN. EL ATERRIZAJE. SÓLO ESTRELLAS FUGACES.

1

El avión se ladeó hacia el este, arrojando al hombre barbudo sobre una hilera de asientos vacíos cerca de un extremo del compartimento principal.

Abrió desmesuradamente los ojos con expresión asustada al ver los asientos vacíos, y después los cerró.

—¡Jesús! —murmuró—. Es delirium tremens, el maldito delirium tremens. Es lo peor que me ha pasado —añadió, mirando atemorizado a su alrededor—. Lo siguiente son los gusanos... ¿Dónde están esos cabrones gusanos?

«No hay gusanos —pensó Albert—, pero espera a ver las bolas. Ésas sí que te van a gustar.»

—Ajústese el cinturón, colega —dijo Nick—, y cá...

Se interrumpió, mirando incrédulo el aeropuerto, o más bien el lugar donde había estado el aeropuerto. Los edificios principales habían desaparecido, y también la base de la Guardia Nacional,

en el extremo occidental. El avión sobrevolaba un creciente abismo de tinieblas, una cisterna eterna que parecía no tener fin.

—¡Dios mío, Nick! —exclamó Laurel, y de pronto se tapó los ojos con las manos.

Mientras sobrevolaban la pista 33 a quinientos metros de altura, Nick vio entre sesenta y cien líneas paralelas que iban abriéndose paso rápidamente por el pavimento, cortando la pista en largas tiras que se hundían en el vacío. Las tiras le recordaron a Craig Toomy.

Rass.

Al otro lado del pasillo, Bethany bajó la cortinilla que estaba junto al asiento de Albert.

—¡No te atrevas a abrir eso! —le dijo en tono amenazador.

—No hay peligro —replicó Albert, quien de pronto recordó que había dejado su violín allá abajo. Bueno, sin duda había desaparecido.

De repente, él también se cubrió la cara con las manos.

2

Antes de dar la vuelta de nuevo hacia el oeste, Brian vio lo que había al este de Bangor. Nada. Nada en absoluto. Un titánico río de oscuridad que se extendía en el horizonte bajo la blanca cúpula del sol. Los árboles habían desaparecido, la ciudad se había evaporado, la propia tierra había dejado de existir.

«Así debe de ser volar por el espacio exterior», pensó, y sintió que su racionalidad cedía un punto, como le había sucedido durante el viaje al este.

Se aferró desesperadamente a sí mismo y se obligó a concentrarse en el vuelo. Subió muy deprisa, deseando estar ya en las nubes y que desapareciera aquella visión infernal. El vuelo 29 se dirigía otra vez hacia el oeste. En los instantes anteriores a entrar en las nubes vio las colinas, bosques y lagos que se extendían hacia el oeste de la ciudad, los vio violentamente mermados por miles de telarañas negras. Vio enormes trozos de realidad deslizándose sin ruido hacia la creciente boca del abismo, e hizo algo que jamás había hecho en la cabina del avión.

Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaban dentro de las nubes y la visión infernal quedaba oculta.

3

Esta vez casi no había turbulencias. Tal como había sugerido Bob Jenkins, los esquemas meteorológicos parecían ir agotándose como un viejo reloj. Diez minutos después de entrar en las nubes, el vuelo 29 emergió en el mundo azul que empezaba a los cinco mil metros de altura. Los pasajeros se miraron nerviosos, y después miraron los altavoces, por donde salió la voz de Brian.

—Estamos arriba —dijo sencillamente—. Ahora, todos sabéis lo que pasa: regresamos exactamente por donde vinimos. Esperemos que la puerta por donde entramos siga allí. Si es así, pasaremos. —Hizo una pausa y después prosiguió—: Nuestro vuelo de regreso durará entre cuatro horas y media y seis. Desearía ser más exacto, pero no puedo. En circunstancias normales, un vuelo hacia el oeste suele tardar más que hacia el este, a causa de los vientos, pero por lo que puedo ver en mis instrumentos, no hay viento. —Hizo otra pausa y añadió—: Aquí arriba no se mueve nada, salvo nosotros.

Durante un lapso, el intercomunicador siguió abierto, como si Brian tuviera intención de agregar algo, pero después se cerró.

4

—¡En nombre de Dios! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre de la barba negra! estremeciéndose.

Albert lo miró un instante y dijo:

—No creo que quiera saberlo.

—¿Estoy otra vez en el hospital? —preguntó, parpadeando asustado.

Albert sintió una repentina simpatía hacia él.

—Si eso le ayuda, ¿por qué no lo cree así?

El hombre siguió mirándolo un momento, con fascinado espanto, y después anunció:

—Me vuelvo a dormir. Ahora mismo. —Y, reclinando su asiento, cerró los ojos. Menos de un minuto después, su pecho subía y bajaba con regularidad, y el hombre roncaba por lo bajo.

Albert lo envidió.

5

Nick dio un corto abrazo a Laurel, se desabrochó el cinturón y se levantó.

—Voy adelante —dijo—. ¿Quieres venir?

Laurel meneó la cabeza y señaló a Dinah, del otro lado del pasillo.

—Me quedaré con ella.

—No puedes hacer nada, ¿sabes? —dijo Nick—. Me temo que ahora está en manos de Dios.

—Ya lo sé —respondió ella—, pero quiero quedarme.

—Muy bien, Laurel —dijo, acariciando ligeramente su pelo con la palma de la mano—. Es un nombre tan bonito. Te lo mereces.

Ella lo miró y sonrió.

—Gracias.

—Tenemos una cita para cenar. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No —contestó ella, sin dejar de sonreír—, ni lo olvidaré.

Él se inclinó y le dio un suave beso en la boca.

—¡Estupendo! —exclamó—. Yo tampoco.

Nick se fue hacia delante y Laurel apretó ligeramente los dedos contra los labios, como para mantener el beso allí, en su lugar. Cenar con Nick Hopewell, un extraño oscuro y misterioso. Tal vez con velas y una buena botella de vino. Y después, más besos, besos de verdad. Parecía lo que a veces sucede en esos romances de la colección Arlequín que leía de vez en cuando. ¿Y qué? Eran historias agradables, llenas de sueños dulces e inofensivos. Soñar un poco no hacía daño, ¿no?

Por supuesto que no. Pero ¿por qué sentía que era tan improbable que ese sueño se hiciera realidad?

Ella también se desabrochó el cinturón, cruzó el pasillo y puso la mano sobre la frente de la niña. El calor febril que sintiera antes había desaparecido. Ahora, la piel de Dinah estaba fría como la cera.

«Creo que se va», había dicho Rudy poco antes de que iniciaran su frenética retirada. Laurel recordó esas palabras, que resonaron con angustiada veracidad. Dinah respiraba dando ligeras bocanadas, y su pecho apenas se movía bajo la tira que apretaba el mantel contra su herida.

Con infinita ternura, Laurel le apartó el pelo de la frente y pensó en aquel extraño momento en el restaurante, cuando Dinah agarró la pernera del tejano de Nick. «No lo mate..., lo necesitamos.»

«¿Nos salvaste, Dinah? ¿Le hiciste al señor Toomy algo que nos salvó? ¿Te las arreglaste para que entregara su vida a cambio de la nuestra?»

Pensó que quizás había sucedido algo así, y que, en tal caso, aquella niña ciega y mal herida había tomado una terrible decisión en medio de su oscuridad.

Se echó hacia delante y besó los cerrados párpados de Dinah.

—Aguanta —susurró—. Por favor, Dinah, aguanta.

6

Bethany se volvió hacia Albert, le cogió las manos entre las suyas, y preguntó:

—¿Qué pasa si el combustible no funciona?

Albert la miró con seriedad y dulzura.

—Ya conoces la respuesta, Bethany.

—Puedes llamarme Beth si quieres.

-Vale.

La chica sacó sus cigarrillos, miró el cartel encendido de «No fumar» y volvió a guardarlos.

—Sí, lo sé —dijo—. Nos caemos. Fin de la historia. ¿Y sabes qué?

Él meneó la cabeza, sonriendo un poco.

—Si no podemos volver a encontrar ese agujero, espero que el capitán Engle ni siquiera intente aterrizar. Espero que elija una bonita y alta montaña y choque contra la cima. ¿Viste lo que le pasó a aquel tipo loco? No quiero que me pase eso a mí.

Se estremeció, y Albert la rodeó con un brazo. Ella lo miró con franqueza.

—¿Te gustaría besarme?

—Sí —dijo Albert.

—Bueno, entonces adelante. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Albert obedeció. Era la tercera vez en su vida que el judío más rápido del oeste del Mississippi besaba a una chica, y lo encontró estupendo. Podía pasarse todo el viaje de regreso pegado a los labios de esta chica sin una sola preocupación en el mundo.

—Gracias —dijo ella, y apoyó la cabeza en su hombro—. Lo necesitaba.

—Bueno, si vuelves a necesitarlo, no tienes más que pedirlo.

Ella lo miró, divertida.

—¿Necesitas que lo pida, Albert?

—Supongo que no —dijo el Judío de Arizona, y volvió al trabajo.

7

Cuando se dirigía a la cabina de mandos, Nick se detuvo para hablar con Bob Jenkins. Se le había ocurrido una idea desagradable y quería consultarla con el escritor.

—¿Cree que puede haber alguna de esas cosas aquí arriba?

Bob lo pensó un momento.

—A juzgar por lo que vimos en Bangor, yo diría que no. Pero es difícil decirlo, ¿no cree? En una situación así, uno no puede apostar nada.

—Sí, supongo que en estas circunstancias no hay apuestas que valgan. —Nick se quedó pensativo y preguntó—: ¿Y qué hay de ese desgarramiento en el tiempo de su teoría? ¿Qué probabilidades cree que hay de que volvamos a encontrarlo?

Bob Jenkins meneó lentamente la cabeza.

Rudy Warwick habló a sus espaldas, sobresaltándolos.

—No me lo ha preguntado, pero le daré mi opinión. Creo que son de mil a una.

Nick lo pensó. Un instante después, una sonrisa radiante iluminó su cara.

—No está mal —dijo—. Sobre todo si se considera la alternativa.

8

Menos de cuarenta minutos más tarde, el cielo azul por el que volaban empezó a adquirir un tono más profundo. Viró lentamente al índigo y después a un púrpura oscuro. Sentado en su cabina, manejando los instrumentos y anhelando una taza de café, Brian recordó una vieja canción: «Cuando cae la púrpura profunda... sobre los soñolientos muros del jardín...»

Aquí arriba no había ni muros ni jardín, pero veía las primeras estrellas brillando en el cielo. Había algo tranquilizador y sedante en el hecho de que las viejas constelaciones aparecieran, una a una, en sus lugares habituales. Le resultaba incomprensible que estuvieran igual cuando tantas otras cosas habían sufrido profundas alteraciones, pero le alegraba que fuese así.

—Vamos de prisa, ¿eh? —dijo Nick a sus espaldas.

Brian se volvió a mirarlo.

—Sí. Creo que dentro de un rato los «días» y las «noches» pasarán a la velocidad del obturador de un cámara.

Nick suspiró.

—Ahora nos queda lo más difícil de todo, ¿no? Esperar a ver qué pasa. Y rezar un poco, supongo.

—No vendría mal —dijo Brian, lanzando una mirada especulativa a Nick Hopewell—. Yo iba a Boston porque mi exesposa murió en un estúpido incendio. Dinah iba porque un montón de médicos le prometieron un par de ojos nuevos. Bob iba a una convención, Albert al Conservatorio y Laurel de vacaciones. ¿Por qué iba usted, Nick? Confiese. Se hace tarde.

Nick lo miró pensativo un largo rato y después se echó a reír.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo. Pero Brian no era tan torpe como para creer que la pregunta iba dirigida a él—. ¿Qué significa una clasificación de Alto Secreto cuando uno acaba de ver un grupo de bolitas asesinas enrollando el mundo como una alfombra? —Y volvió a reír antes de continuar—. Estados Unidos no ha copado exactamente el mercado de trucos sucios y operaciones encubiertas. Nosotros, los Limeys, hemos olvidado más canalladas de las que conocieron ustedes, los Johnnies. Hemos hecho el loco en la India, en Sudáfrica, en China y en la parte de Palestina que se convirtió en Israel. Desde luego, esa vez nos metimos en un lío gordo, ¿no cree? Sin embargo, los británicos somos fieles creyentes de la capa y espada, y el fabuloso MI5 no es el final sino el principio. He pasado dieciocho años en las Fuerzas Armadas, Brian, y los últimos cinco en Operaciones Especiales. Desde entonces, he hecho trabajos diversos, algunos inocuos y otros increíblemente malignos.

Ahora la oscuridad era total y las estrellas brillaban como lentejuelas en un traje de fiesta femenino.

—Estaba en Los Ángeles, en realidad de vacaciones, cuando me localizaron y me ordenaron que fuera a Boston. No me avisaron con tiempo, y después de cuatro días de marcha por los montes San Gabriel, me caía de cansancio. Por eso estaba durmiendo cuando se produjo lo que el señor Jenkins llama el suceso. Verá, hay un hombre en Boston..., o había..., o habrá..., los viajes a través del tiempo enredan mucho los tiempos verbales, ¿no le parece?... que es un político de cierto renombre. La clase de tipo que se mueve y actúa con desenvoltura entre bastidores. Ese hombre, lo llamaré O'Banion para facilitar la conversación, es muy rico, Brian, y es un amigo entusiasta del IRA. Ha invertido millones de dólares en lo que algunos llaman la tarea benéfica favorita de Boston, y sus manos están manchadas de sangre. No se trata sólo de soldados británicos, sino también de niños en los patios de las escuelas, mujeres en la lavandería y bebés que volaron hechos pedazos desde sus cochecitos. Es un idealista de la clase más peligrosa, de los que nunca han tenido que presenciar la carnicería, de los que nunca se han encontrado ante una pierna cortada tirada en una alcantarilla y que, por lo tanto, no se han visto obligados a reconsiderar sus actos a la luz de la experiencia.

—¿Tenía que matar a ese O'Banion?

—No, a menos que fuera necesario —dijo secamente Nick—. Es muy rico, pero ése no es el único problema. Es un político total, así que tiene más dedos de los que usa para revolver el

guisado en Irlanda. Tiene muchos amigos poderosos y algunos de sus amigos son nuestros amigos. Así es la política: una telaraña tejida por hombres que en su mayor parte deberían estar encerrados en habitaciones acolchadas.

«Matar al señor O'Banion sería un gran riesgo político. Pero él tiene un punto débil. Era a ella a quien debía matar.

—Como advertencia —dijo Brian en voz baja y fascinada.

—Sí, como advertencia.

Pasó casi un minuto mientras los dos hombres se miraban. El único sonido era el ronroneo adormecedor de los motores. Los ojos de Brian tenían una mirada escandalizada y enormemente juvenil. Sólo Nick parecía fatigado.

—Si salimos de ésta —dijo por fin Brian—, si volvemos, ¿seguirá con eso?

Nick meneó la cabeza. Lo hizo con lentitud, pero con absoluta decisión.

—Mi viejo compañero, he tenido lo que esos gilipollas de los adventistas llaman una conversión del alma. Ya no habrá más estremecimientos a medianoche o trabajos especiales para Nicholas, el hijo de la señora Hopewell. Si salimos de ésta, proposición que en este momento me parece bastante endeble, creo que me retiraré.

—¿Y qué hará?

Nick lo miró pensativo y después dijo:

—Bueno, supongo que podría aprender a pilotar.

Brian se echó a reír. Un instante después, Nicholas, el hijo de la señora Hopewell, unió su risa a la de él.

9

Treinta y cinco minutos después, la luz empezó a filtrarse otra vez en el interior del compartimento principal del avión. Tres minutos más tarde, parecía media mañana; quince minutos después, mediodía.

Laurel miró a su alrededor y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos.

¿Estaban totalmente ciegos? Había en ellos algo, algo que escapaba a las definiciones y que provocaba esa pregunta. Laurel sintió que la invadía un sentimiento de horror desconocido, un sentimiento que se parecía bastante al miedo.

Se estiró y cogió suavemente una de las manos de Dinah.

—No trates de hablar —dijo con dulzura—. Dinah, si estás despierta, no trates de hablar, sólo escucha. Estamos en el aire. Vamos de regreso y te pondrás bien, te lo prometo.

La mano de Dinah apretó la suya y Laurel comprendió que tiraba de ella. Se inclinó sobre la camilla. Dinah habló con una debilísima voz que a Laurel le pareció un perfecto modelo a escala de su voz anterior.

—No te preocupes por mí, Laurel. Conseguí... lo que quería.

—Dinah, no deberías...

Los ciegos ojos castaños se movieron hacia el sonido de la voz de Laurel. Una pequeña sonrisa estiró su boca ensangrentada.

—Vi —le dijo aquella voz débil, frágil como el cristal—. Vi a través de los ojos del señor Toomy. Al principio y después otra vez, al final. Al final fue mejor. Al comienzo, todo le parecía mezquino y horrible. Fue mejor al final.

Laurel la miró, estupefacta.

La mano de la niña soltó la de Laurel y se levantó temblorosa para tocar su mejilla.

—No era un hombre tan malo, ¿sabes? —Entonces tosió, y de su boca saltaron pequeños coágulos de sangre.

—Por favor, Dinah —dijo Laurel. Tuvo la repentina sensación de que casi podía ver a través de la niña ciega, y eso le produjo un pánico asfixiante, vertiginoso—. Por favor, no intentes seguir hablando.

Dinah sonrió.

—Y te vi a ti —dijo—. Eres hermosa, Laurel. Todo era hermoso..., hasta las cosas que estaban muertas. ¡Era tan maravilloso ver!

Realizó una de sus breves inspiraciones, soltó el aire y simplemente no volvió a aspirarlo. Ahora, sus ojos ciegos parecían mirar mucho más allá de Laurel Stevenson.

—Por favor, respira Dinah —dijo Laurel. Cogió una de las manos de la niña y empezó a besarla, como si besándola pudiera devolver la vida a lo que había escapado más allá. No era justo que Dinah muriera después de haberlos salvado. No había Dios que pudiera exigir semejante sacrificio, ni siquiera a gente que se encontraba fuera de su tiempo—. Por favor, respira, por favor, respira, por favor, respira...

Pero Dinah no respiró. Después de largo rato, Laurel soltó la mano de la niña y miró fijamente su cara pálida e inmóvil. Esperó que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero no pasó nada. Sin embargo, el corazón le dolía con profunda pena y en su cabeza resonaba una ultrajada protesta: «¡Ah, no! ¡No es justo! ¡Esto no es justo! ¡Rectifica, Dios! ¡Rectifica, maldito seas! ¡Rectifica! ¡Rectifica!

Pero Dios no lo hizo. Los motores ronroneaban, el sol brillaba en la manga ensangrentada del vestido de viaje de Dinah, y Dios no rectificó. Laurel miró al otro lado del pasillo y vio que Albert y Bethany se besaban. Albert tocaba uno de los pechos de la chica a través de la camiseta, suave, delicada, casi religiosamente. Parecían constituir una forma ritual, una representación simbólica de la vida y esa chispa testaruda, intangible, que hace que la vida continúe incluso ante las desgracias más espantosas y los más terribles reveses. Laurel volvió a mirar a Dinah, esperanzada, pero Dios seguía sin rectificar.

Dios no había rectificado.

Laurel besó la suave colina de la mejilla de Dinah y tocó su cara. Sus dedos se detuvieron a unos milímetros de sus párpados.

«Vi a través de los ojos del señor Toomy. Todo era hermoso..., hasta las cosas que estaban muertas. ¡Era tan maravilloso ver!»

—Sí —dijo Laurel—, puedo vivir con eso.

Y dejó abiertos los ojos de Dinah.

10

El avión de la American Pride voló hacia el oeste a través de días y noches, pasando de la luz a la oscuridad, y de nuevo a la luz, y de nuevo a la oscuridad, a través de un gran desfile ocioso y cambiante de densas nubes. Cada ciclo se producía un poco más deprisa que el anterior.

Algo más de tres horas después, las nubes que tenían debajo desaparecieron, exactamente en el mismo punto en que habían comenzado durante el viaje al este. Brian estaba dispuesto a apostar que el frente no se había movido ni veinte centímetros. Las Grandes Llanuras se extendían bajo ellos en una silenciosa franja de tierra amarillenta.

—Por aquí no hay señal de ellos —dijo Rudy Warwick. No era necesario aclarar a quiénes se refería.

—No —dijo Bob Jenkins—. Al parecer, los hemos dejado atrás, sea en el espacio o en el tiempo.

—O en ambos —apuntó Albert.

—Sí, o en ambos.

Pero no era así. Cuando el avión empezó a sobrevolar las Rocosas, empezaron a ver otra vez las líneas negras, delgadas como hilos. Se precipitaban arriba y abajo por las escarpadas pendientes y dibujaban modelos no exactamente sin sentido en la alfombra gris azulada de los árboles. Nick permaneció de pie junto a la puerta delantera, mirando por el pequeño ojo de buey. Aquel ojo tenía un extraño efecto magnificante, y pronto descubrió que veía mejor de lo que realmente deseaba. Mientras miraba, dos de las líneas negras se separaron, corrieron en dirección a un afilado pico cubierto de nieve, se encontraron al otro lado, se cruzaron y se precipitaron por la otra pendiente en direcciones divergentes. Tras ellas, la cima de la montaña se desplomó sobre sí misma, dejando algo semejante a un volcán con una enorme caldera muerta en la cumbre truncada.

—¡Jesús, María y José! —murmuró Nick, y se pasó una mano temblorosa por la frente.

Mientras atravesaban la pendiente oeste en dirección a Utah, empezó a oscurecer otra vez. El sol poniente arrojaba una luz entre anaranjada y rojiza sobre un fragmentario paisaje infernal que ninguno de ellos podía mirar durante mucho tiempo. Uno tras otro, siguieron el ejemplo de Bethany y bajaron las cortinillas. Nick regresó a su asiento con paso inseguro y se tocó la frente con una mano fría y convulsa. Un instante después, se volvió hacia Laurel, quien lo tomó en sus brazos sin decir nada.

Brian estaba obligado a mirar. En la cabina no había cortinillas. Debajo de él y frente a sus ojos, Colorado occidental y Utah se sumergieron en el pozo de la eternidad pieza tras pieza. Montañas, prados, mesetas y collados dejaban de existir a medida que los lagolieros los iban separando de la podrida tela de su pasado muerto, para soltarlos y dejar que se precipitaran hacia interminables abismos eternos. Arriba no se oía nada, y por alguna razón eso era lo más horrible de todo. La tierra que había bajo los lagolieros desaparecía tan silenciosamente como si se tratara de una acumulación de motas de polvo.

Después, afortunadamente, se hizo la oscuridad, y durante un rato pudo concentrarse en las estrellas. Se aferró a ellas con la desesperación del pánico. Eran las únicas cosas reales que quedaban en ese mundo horrible: Orión, el cazador; Pegaso, el gran caballo tembloroso de la medianoche; Casiopea en su silla estrellada.

11

Media hora más tarde volvió a salir el Sol y Brian sintió que su cordura vacilaba y se deslizaba lentamente hacia el borde de su propio abismo. El mundo había desaparecido de manera total y absoluta. El profundo cielo azul era una cúpula que cubría un océano ciclópeo del ébano más intenso y puro.

El mundo había sido arrebatado de debajo del vuelo 29.

La idea de Bethany también se le había ocurrido a Brian: si lo peor llegaba, podía iniciar un descenso vertical con el 767 y arrojarse contra una montaña, terminando de una vez por todas. Pero ahora no había montañas contra las que estrellarse.

Ahora no había tierra donde estrellarse.

«¿Qué nos sucederá si no podemos volver a encontrar la grieta? —pensó—. ¿Qué sucederá si nos quedamos sin combustible? No intentes decirme que nos estrellaremos porque no lo creo. No es posible estrellarse contra nada. Creo que simplemente caeremos, caeremos y caeremos. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y hasta dónde? ¿Hasta dónde puede caerse en la nada?»

»No pienses en eso.»

Pero ¿cómo conseguirlo? ¿Cómo podía uno negarse a pensar?

Se volvió con deliberación hacia la hoja de cálculos. Trabajó con ellos, consultando frecuentemente la pantalla lectora, hasta que la luz empezó otra vez a desvanecerse del cielo. Calculó que el tiempo transcurrido entre la salida del Sol y el crepúsculo había sido de unos veintiocho minutos.

Buscó el interruptor que controlaba el intercomunicador de la cabina y abrió el circuito.

—Nick, ¿puede venir?

Menos de treinta segundos después, Nick estaba en la puerta de la cabina.

—¿Han bajado las cortinillas? —le preguntó Brian antes de que pudiera entrar del todo.

—¡Ya lo creo! —dijo Nick.

—Una medida muy prudente. Por favor, todavía no mire hacia abajo, si puede evitarlo. Dentro de unos minutos le pediré que mire hacia fuera, y en cuanto lo haga, supongo que no podrá evitar mirar también hacia abajo, pero le aconsejo que lo demore lo máximo posible. No es muy agradable.

—Desaparecido, ¿no?

—Sí. Todo.

—La niña también. Dinah. Laurel la acompañó al final. Está reaccionando muy bien. Le gustaba la niña. A mí también.

Brian asintió. No estaba sorprendido. La herida de la niña era de las que exigen tratamiento inmediato en una unidad de cuidados intensivos, y aun así el diagnóstico hubiera sido dudoso, pero de todos modos sintió un peso en el corazón. A él también le gustaba Dinah y creía lo mismo que Laurel: que de alguna manera la niña era más responsable de la supervivencia de todos que cualquier otra cosa.

Le había hecho algo al señor Toomy, lo había utilizado de una manera extraña, y Brian pensaba que, en el fondo, a Toomy no le hubiera importado que lo utilizaran así. De modo que si su muerte era un presagio, era de los peores.

—No tuvo oportunidad de ver —dijo.

—No.

—Pero ¿Laurel está bien?

—Más o menos.

—A usted le gusta, ¿verdad?

—Sí —dijo Nick—. Tengo colegas a los que les haría gracia, pero me gusta. Es un poco sentimental, pero tiene fuerza.

Brian asintió.

—Bueno, si regresamos, le deseo la mejor de las suertes.

—Gracias. —Nick se sentó en el lugar del copiloto—. He estado pensando en la pregunta que me hizo antes sobre lo que haré cuando salgamos de este lío, en caso de que salgamos, además de llevar a cenar a la adorable Laurel, claro. Supongo que podría terminar persiguiendo al señor O'Banion, al fin y al cabo. En mi opinión, no es muy distinto de nuestro amigo Toomy.

—Dinah le pidió que no hiciera daño al señor Toomy —señaló Brian—. Tal vez sea algo que deba agregar a su ecuación.

Nick asintió. Lo hizo como si su cabeza se hubiera vuelto demasiado pesada para su cuello.

—Tal vez lo sea.

—Escuche, Nick, lo he llamado porque si existe la falla en el tiempo de la que habla Bob, estamos acercándonos al lugar por donde entramos. Tenemos que vigilar juntos. Usted controle el lado de estribor y del centro a la derecha; yo, el de babor y hacia la izquierda. Si ve algo que parezca una falla en el tiempo, silbe.

Nick miró a Brian con grandes ojos inocentes.

—¿Buscamos una falla de tipo bambodante o cree que se tratará de una variedad más o menos fucodélica, colega?

—Muy gracioso —dijo Brian, que a su pesar se sintió sonreír—. No tengo ni la más remota idea de cómo será o de si podremos verla. Si ha derivado hacia un lado o ha cambiado de altitud, nos veremos metidos en un buen lío. Por comparación, resultaría fácil encontrar la aguja en el pajar.

—¿Y el radar?

Brian señaló el monitor del radar en color RCA/TL.

—Como ve, no hay nada. Pero no es sorprendente. Si la tripulación original hubiera detectado algo en el radar, nunca lo hubieran atravesado.

—Tampoco lo hubieran atravesado si lo hubieran visto —señaló melancólicamente Nick.

—Eso no es necesariamente así. Tal vez lo vieron demasiado tarde como para evitarlo. Los jets se mueven con gran rapidez, y la tripulación no se pasa todo el viaje registrando el cielo en busca de monstruos, Nick. No es necesario; para eso está el control de tierra. A los treinta o treinta y cinco minutos de vuelo, las tareas exteriores de la tripulación terminan. El pájaro está en el aire, fuera del espacio aéreo de Los Ángeles, la bocina anticollisión permanece conectada y suena cada noventa segundos para demostrar qué funciona. El vuelo está enteramente programado (ya lo está antes de que el avión abandone la tierra), y le va diciendo al piloto automático lo que tiene que hacer. Por el aspecto que presentaba la cabina, el piloto y el copiloto estaban tomando café. Tal vez estuvieran sentados aquí, uno frente al otro, hablando de la última película que vieron o de la montaña rusa de Hollywood Park. Si hubiera habido un auxiliar de vuelo delante antes de que se produjera el suceso, al menos habrían contado con otro par de ojos, pero sabemos que no fue así. La tripulación masculina tomaba su café y sus galletas de mantequilla; las auxiliares de vuelo se preparaban para servir bebidas a los pasajeros. Entonces sucedió.

—Es una descripción muy detallada —dijo Nick—. ¿Está tratando de convencerme a mí o a usted mismo?

—A estas alturas, estoy dispuesto a convencer a cualquiera.

Nick sonrió y pasó a la ventanilla de estribor. Involuntariamente, dirigió la mirada hacia el lugar donde estaba la tierra, y su sonrisa se heló y se desvaneció. Se le doblaron las rodillas y tuvo que cogerse para no caer.

—Croquetas de mierda —dijo con voz débil y desmayada.

—No es muy agradable, ¿eh?

Nick se volvió para mirar a Brian. Sus ojos parecían flotar en la cara lívida.

—Durante toda mi vida —dijo—, cada vez que oía hablar del gran cabrón, pensaba en el fuego del infierno, pero no es así. Eso de ahí abajo es el infierno.

Brian volvió a comprobar las instrucciones de vuelo y los gráficos. En uno de ellos había dibujado un pequeño círculo rojo. Estaban a punto de entrar en el espacio aéreo representado por ese círculo.

—¿Puede hacer lo que le he pedido? Si no, dígalo. El orgullo es un lujo que no podemos...

—Por supuesto que puedo —murmuró Nick. Había apartado los ojos del inmenso bolsillo negro que había bajo el avión, y contemplaba el cielo—. Pero me gustaría saber qué estoy buscando.

—Creo que lo sabrá cuando lo vea —dijo Brian. Hizo una pausa y agregó—: Si lo ve.

12

Bob Jenkins estaba sentado con los brazos cruzados, como si tuviera frío. Una parte de él estaba fría, en efecto, pero no era un frío físico. El frío salía de su cabeza.

Algo andaba mal.

No sabía qué era, pero algo andaba mal. Algo estaba fuera de lugar, o perdido, u olvidado. Habían cometido un error o estaban a punto de cometerlo. Esa sensación lo reconcomía como un dolor no lo bastante localizado para poder identificarlo. Esa sensación de error estaba a punto de cristalizarse en una idea, pero volvía a alejarse como un animalillo a medio domar.

Algo erróneo.

O fuera de lugar. O perdido.

U olvidado.

Delante de él, Albert y Bethany se hacían carantoñas. Detrás Rudy Warwick tenía los ojos cerrados y movía los labios. En una mano sujetaba las cuentas de un rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson estaba sentada junto a Dinah, acariciando suavemente una de sus manos.

Error.

Bob levantó la cortinilla que había junto a su asiento, miró hacia el exterior y la bajó de golpe. Mirar eso no contribuiría a ningún pensamiento racional; más bien al contrario. Lo que había debajo del avión era pura demencia.

«Debo advertírselo. Tengo que hacerlo. Están trabajando en base a mi hipótesis, pero si es un error..., y peligroso... Tengo que advertírselo.»

Pero ¿advertirles de qué?

Una vez más, estuvo a punto de encontrar el enfoque correcto, pero de nuevo se le escapó, convirtiéndose en una sombra entre las sombras, pero una sombra con brillantes ojos malignos.

Súbitamente, se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

Albert se volvió.

—¿Adonde va?

—A Cleveland —dijo Bob, malhumorado, y empezó a caminar por el pasillo en dirección a la cola del avión, tratando de identificar el origen de ese timbre de alarma interior.

13

Brian apartó los ojos del cielo —que ya volvía a mostrar señales de luz—, aunque sólo lo necesario para echar un vistazo rápido a la lectora de instrumentos y después al círculo del gráfico. Ahora estaban acercándose a la zona más alejada del círculo. Si la falla temporal seguía allí, la verían pronto. Si no, suponía que tendría que tomar los controles y volver atrás para hacer otro pase a una altitud o en una dirección ligeramente distintas. Sería terrible, pues iban muy justos de combustible, pero como de todas formas lo más probable era que la cosa fuese desesperada, no importaba mu...

—¿Brian? —la voz de Nick era temblorosa—. Brian, creo que veo algo.

Bob llegó a la parte trasera del avión, dio media vuelta y comenzó lentamente a volver sobre sus pasos, recorriendo una fila tras otra de asientos vacíos. Miró los objetos que había sobre ellos y en el suelo: bolsos, gafas, trozos de metal que probablemente eran tapas de tacones, empastes dentales, anillos de bodas.

«Algo va mal.»

¿Sí? ¿Era realmente así o se trataba sólo de su cerebro fatigado luchando desesperadamente por nada, el equivalente mental de un músculo cansado que no deja de latir?

«Déjalo», se aconsejó, pero no podía.

«Si realmente algo va mal, ¿por qué no lo ves? ¿No le dijiste a ese chico que la deducción era tu pan de cada día? ¿Acaso no has escrito cuarenta novelas de misterio? ¿Y no eran buenas por lo menos una docena de ellas? ¿Acaso Newgate Callender no dijo que *La Madonna durmiente* era "una obra maestra de la lógica" cuando...?»

Bob Jenkins se detuvo de pronto y sus ojos se dilataron. Miró un asiento de babor, cerca de la parte delantera del compartimento. El hombre de la barba negra estaba dormido otra vez, roncando lujosamente. Dentro del cerebro de Bob, el tímido animal empezó lentamente a salir a la luz. Sólo que no era pequeño, como había creído. Ése había sido su error. A veces las cosas no se ven porque son demasiado pequeñas, pero en otros casos se ignoran porque son demasiado grandes, demasiado obvias.

La Madonna durmiente.

El hombre durmiente.

Abrió la boca y trató de gritar, pero no salió ningún sonido. Tenía la garganta obturada. El terror se sentaba sobre su pecho como un mono. Intentó gritar otra vez, pero no logró emitir más que un chillido sofocado.

Madonna durmiente, hombre durmiente.

Ellos, los supervivientes estaban durmiendo.

Y ahora, ninguno de ellos dormía, salvo el barbudo.

Una vez más, abrió la boca e intentó gritar, y una vez más no sucedió nada.

15

—¡Dios bendito! —susurró Brian.

La falla temporal estaba unos ciento cincuenta kilómetros delante de ellos, aproximadamente seis o siete grados a estribor del 767. Había derivado, pero imperceptiblemente. Brian supuso que la ligera diferencia se debía a un pequeño error de navegación.

En realidad, era un agujero romboidal, pero no un vacío negro. Estaba orlado por una luz de un rosa purpúreo, como la aurora boreal. Más allá, Brian veía las estrellas, pero muy difusas. Una cinta blanca y ancha de vapor entraba o salía de esa forma que colgaba del cielo. Parecía una extraña autopista etérea.

«Podemos entrar sin problemas —pensó Brian, excitado—. ¡Es mejor que un faro!»

—¡Estamos en el buen camino! —dijo, riendo como un idiota y sacudiendo los puños en el aire.

—Debe de tener tres kilómetros de ancho —susurró Nick—. ¡Dios mío, Brian! ¿Cuántos aviones más cree que habrán pasado?

—No lo sé —dijo Brian—, pero apuesto perro y fusil a que somos los únicos que tenemos la oportunidad de regresar.

Abrió el intercomunicador.

—Señoras y caballeros, hemos encontrado lo que estábamos buscando —dijo, y su voz se quebraba a causa del alivio y la sensación de triunfo—. No sé exactamente qué sucederá después, o cómo, o por qué, pero hemos divisado lo que parece ser una enorme puerta-trampilla en el cielo. Voy a pasar por el centro.

Juntos veremos qué hay al otro lado. Ahora me gustaría que se abrocharan los cinturones y...

En ese momento, Bob Jenkins se precipitó por el pasillo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡No, no! ¡Si entra, moriremos todos! ¡Regrese! ¡Tiene que regresar!

Brian se volvió en su asiento e intercambió una mirada de desconcierto con Nick.

Nick se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

—Es Bob Jenkins —dijo—. Parece que ha tenido un buen ataque de nervios. Siga, Brian. Yo me ocuparé de él.

—Vale —dijo Brian—. Límitese a mantenerlo alejado de mí. No quisiera que me cogiese del brazo en el último momento y nos estrelláramos contra los bordes de esa cosa.

Apagó el piloto automático y tomó los controles del 767. El suelo se inclinó suavemente hacia la derecha mientras derivaba hacia la larga y resplandeciente ranura que tenía delante. Parecía deslizarse por el cielo hasta que quedó frente al morro del 767. Ahora oía un ruido mezclado con el ronroneo de los motores. Un ruido profundo y rítmico, como un enorme motor diesel. A medida que se aproximaba al río de vapor —ahora vio que fluía hacia dentro del agujero y no hacia fuera—, empezó a captar destellos de color: verde, azul, violeta, rojo, rosa acaramelado. «Es el primer color verdadero que he visto en este mundo», pensó.

A sus espaldas, Bob Jenkins entró corriendo en el compartimento de primera en dirección al área de servicios, y cayó entre los brazos de Nick.

—Tranquilo, colega —lo calmó Nick—. Ahora todo saldrá muy bien.

—¡No! —gritó Bob, luchando salvajemente. Pero Nick lo sujetaba con la misma facilidad con que un hombre sujeta a un gatito travieso—. ¡No, usted no comprende! ¡Tiene que regresar! ¡Tiene que regresar antes de que sea demasiado tarde!

Nick apartó al escritor de la puerta de la cabina y lo condujo de nuevo al compartimento de primera.

—Nos sentaremos aquí y nos abrocharemos los cinturones, ¿vale? —dijo con el mismo tono apaciguador y amistoso—. Tal vez saltemos un poco.

Para Brian, la voz de Nick era un murmullo lejano y confuso. A medida que entraba en el ancho flujo de vapor que se colaba en la falla, sentía como si una mano grande y poderosa cogiera el avión, tirando ansiosamente de él hacia delante. Se encontró pensando en el escape del vuelo de Tokio a Los Ángeles, y en lo rápido que pasaba el aire por un agujero en un entorno presurizado.

«Es como si todo este mundo, o lo que queda de él, estuviera goteando a través de ese agujero», pensó, y luego recordó una vez más aquella frase extraña y ominosa de su sueño: «Sólo estrellas fugaces.»

Ahora, la falla estaba exactamente frente al morro del 767, aumentando rápidamente de tamaño.

«Vamos a entrar —pensó—. Que Dios nos ayude, de verdad vamos a entrar.»

16

Bob continuó luchando mientras Nick lo empujaba a uno de los asientos de primera clase con una mano, y le ajustaba el cinturón con la otra. Bob era un hombre pequeño, enclenque, apenas de sesenta kilos de sudor, pero el pánico le había dado ánimos y se lo estaba poniendo muy difícil.

—De verdad, todo saldrá bien, colega —dijo Nick. Finalmente, se las arregló para ajustar el cinturón de Bob—. Estuvimos bien cuando pasamos la otra vez, ¿no?

—¡Estábamos todos durmiendo cuando pasamos, maldito idiota! —chilló Bob—. ¿No lo comprende? ¡Estábamos dormidos! ¡Tiene que detenerlo!

Nick se quedó paralizado en el momento en que buscaba el cinturón. Lo que Bob estaba diciendo, lo que había estado intentando decir todo el tiempo, cayó de pronto sobre él como una carga de ladrillos.

—¡Oh, Dios misericordioso! —susurró—. ¡Dios misericordioso! ¿En qué estábamos pensando?

Saltó del asiento y se precipitó a la cabina.

—¡Brian, pare! ¡Regrese! ¡Regrese!

17

Mientras se aproximaba, Brian contemplaba el interior de la falla como hipnotizado. No había turbulencias, pero sí había aumentado aquella sensación de terrible poder, de aire entrando por un agujero como un potente río. Miró sus instrumentos y vio que la velocidad del aire aumentaba velozmente. Entonces, Nick empezó a gritar y un instante después estaba detrás de él, apretando sus hombros, mirando la falla que se agrandaba frente al morro del *jet*, con su juego de profundos colores reflejándose en sus mejillas y su frente, de modo que parecía un hombre mirando una vidriera en un día soleado. El ruido regular se había convertido en un trueno oscuro.

—¡Regrese, Brian, tiene que regresar!

¿Tenía Nick una razón para decir eso o se le había contagiado el pánico de Bob? No había tiempo de tomar una decisión sobre una base racional; sólo un segundo para consultar el silencioso latido del instinto.

Brian Engle cogió el volante y lo hizo girar bruscamente hacia babor.

18

Nick voló por la cabina y chocó contra un mamparo. Se oyó un ruido nauseabundo cuando su brazo se rompió. En el compartimento principal, el equipaje, que había caído de los maleteros superiores cuando Brian hizo un viraje en el aeropuerto de Bangor, volvió a salir despedido, golpeando las paredes curvas y rebotando en las ventanillas. El hombre de la barba negra cayó de su asiento como una muñeca y tuvo tiempo de emitir un grito antes de que su cabeza chocara contra el brazo del asiento y cayera en el pasillo como un montón de huesos. Bethany gritó y Albert la apretó contra él. Dos filas más atrás, Rudy Warwick cerró los ojos, apretó más su rosario y rezó a mayor velocidad mientras su asiento se inclinaba debajo de él.

Ahora sí había turbulencias. El vuelo 29 se convirtió en una tabla con alas que se balanceaba, se retorció y daba tumbos por el aire agitado. Las manos de Brian perdieron momentáneamente contacto con el volante y volvieron a cogerlo. Al mismo tiempo, el piloto accionó al máximo el acelerador, y los turbos del avión respondieron con un profundo rugido que raras veces se oía fuera de los hangares. Las turbulencias aumentaron; el avión saltaba descontroladamente arriba y abajo, y de algún lugar llegó el chillido amenazador del metal.

En el compartimento de primera, Bob Jenkins apretó los brazos de su asiento, vagamente agradecido de que el inglés le hubiera ajustado el cinturón. Se sentía como si lo hubieran atado al *jet* de algún lunático.

El avión dio otro gran salto, se colocó en posición casi vertical por el lado del ala de babor, y la dentadura postiza de Jenkins saltó de su boca.

«¿Estamos entrando? Buen Dios, ¿estamos entrando?»

No lo sabía. Sólo sabía que el mundo era una pesadilla saltarina, violenta..., pero que todavía estaba en él.

Al menos por el momento, todavía estaba en él.

19

Mientras Brian conducía el 767 a través de la ancha corriente de vapor que penetraba en la falla, las turbulencias seguían aumentando. Delante de él, el agujero continuaba agrandándose frente al morro del avión, como si no dejara de deslizarse hacia estribor. Luego, tras un salto especialmente aterrador, salieron de los rápidos y entraron en un aire más sereno. La falla temporal desapareció por estribor. La habían perdido, y Brian no quería pensar si sería para siempre.

Continuó inclinando el avión, pero en un ángulo menos drástico.

—¡Nick! —gritó sin volverse—. Nick, ¿se encuentra bien?

Nick se levantó lentamente, apretando el brazo derecho contra el vientre y sujetándolo con la mano izquierda. Tenía la cara muy blanca y los dientes apretados en una mueca de dolor. Delgados hilos de sangre fluían por su nariz.

—He estado mejor, colega. Creo que me he roto el brazo. Tampoco es la primera vez para ese pobre. No entramos, ¿verdad?

—No —respondió Brian, mientras hacía que el avión retrocediera, describiendo con lentitud un amplio círculo—. Y dentro de un minuto me explicará por qué, después de haber recorrido todo este camino para encontrarla. Y será mejor que la explicación sea buena, con brazo roto o sin él.

Buscó la palanca del intercomunicador.

20

Cuando Brian empezó a hablar, Laurel abrió los ojos y descubrió que tenía la cabeza de Dinah sobre el regazo. Acarició suavemente su pelo y después volvió a colocarla en la camilla.

—Amigos, soy el capitán Engle. Lo siento mucho. Fue terrible, pero estamos bien. Las luces del tablero están en verde. Déjenme repetir que hemos encontrado lo que buscábamos, pero...

De pronto, interrumpió la comunicación.

Los otros esperaron. Bethany Simms sollozaba contra el pecho de Albert. Detrás de ellos, Rudy seguía rezando el rosario.

21

Brian interrumpió la transmisión cuando vio que Bob Jenkins estaba de pie a su lado. El escritor temblaba, había una mancha húmeda en sus pantalones, y su boca tenía un extraño aspecto hundido que Brian no había notado antes, pero parecía controlarse. Detrás de él, Nick se dejó caer pesadamente en la silla del copiloto, dando un respingo de dolor y sujetándose el brazo, que había empezado a hincharse.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó severamente Brian—. Un poco más de turbulencia y este cabrón se hubiera roto en diez mil pedazos.

—¿Puedo hablar por ahí? —preguntó Bob, señalando el interruptor «Intercom».

—Sí, pero...

—Deje que lo haga.

Brian iba a protestar, pero lo pensó mejor. Accionó el interruptor.

—Adelante, está en el aire. Será mejor que la explicación sea buena.

—¡Escúchenme todos! —gritó Bob.

Escucharon detrás de ellos un gemido de protesta.

—Hemos...

—Hable en tono normal —dijo Brian—. Les va a reventar los tímpanos.

Bob hizo un esfuerzo evidente por controlarse y prosiguió en un tono más bajo.

—Ha sido necesario retroceder y lo hemos hecho. El capitán me ha explicado que lo logramos por un pelo. Hemos tenido mucha suerte..., además de haber sido muy estúpidos. Verán, olvidamos lo más elemental, aunque lo teníamos delante de nuestras narices. Cuando atravesamos por primera vez la falla, todas las personas que estaban despiertas desaparecieron.

Brian hizo un movimiento brusco. Se sentía como si lo hubieran abofeteado. Delante del morro del 767, a unos cincuenta kilómetros de distancia, el rombo ligeramente resplandeciente había vuelto a aparecer en el cielo, como una gigantesca piedra semipreciosa. Parecía burlarse de él.

—Nosotros estamos todos despiertos —dijo Bob.

En el compartimento principal, Albert miró al hombre barbudo, que seguía desmayado en el pasillo, y pensó: «Con una excepción.»

—La lógica sugiere que si intentamos volver de esa manera, desapareceremos. —Hizo una pausa y después dijo—: Eso es todo.

Brian cerró mecánicamente el intercomunicador. Detrás de él, Nick soltó una carcajada dolorida e incrédula.

—¿Y eso es todo? ¿Absolutamente todo? ¿Y qué hacemos?

Brian lo miró y no dijo nada. Tampoco Bob Jenkins.

22

Bethany levantó la cabeza y miró el rostro tenso y desconcertado de Albert.

—¿Tenemos que dormir? ¿Y eso cómo se hace? ¡Nunca en mi vida he tenido menos ganas de dormir!

—No lo sé —dijo Albert, y miró esperanzado a Laurel. Ella movía la cabeza de un lado a otro. Hubiera deseado dormir, simplemente dormir y olvidar esa loca pesadilla, pero, al igual que Bethany, nunca había tenido menos sueño en su vida.

23

Bob dio un paso adelante y miró con silenciosa fascinación por la ventanilla de la cabina. Tras una larga pausa, dijo con voz suave y asustada.

—De modo que es así.

Brian recordó súbitamente una frase de una canción de rock-and-roll: «Puedes mirar, pero será mejor que no toques.» Observó los indicadores de combustible. Lo que vio allí no contribuyó a tranquilizarlo y miró indefenso a Nick. Al igual que los otros, nunca había estado tan despejado como en ese momento.

—No sé qué haremos ahora —dijo—, pero si queremos intentar atravesar ese agujero, tiene que ser pronto. El combustible de que disponemos durará una hora, tal vez un poco más. Después, olvídenlo. ¿Alguna idea?

Nick bajó la cabeza, sin dejar de acunar su brazo. Un momento después, levantó la mirada.

—Sí —dijo—. En realidad, tengo una idea. La gente que vuela raras veces guarda las medicinas en el equipaje que factura; les gusta llevarlas con ellos por si su equipaje termina al otro lado del mundo y tarda unos días en volver a sus manos. Si revisamos las bolsas de mano, seguramente encontraremos montones de sedantes. Ni siquiera tendremos que sacar las bolsas de los maleteros. A juzgar por el ruido, la mayor parte de ellas ya deben de estar en el suelo. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Las preguntas iban dirigidas a Bob Jenkins, que había empezado a menear la cabeza en cuanto él habló de «medicinas».

—¿Sabe algo de sedantes? —le preguntó a Nick.

—Un poco —respondió Nick, como a la defensiva—. Un poco, sí.

—Bueno, yo sé mucho —dijo secamente Bob—. Los he estudiado exhaustivamente, desde el All-Nite al Xanax. Comprenderá que el asesinato por medio de narcóticos siempre ha sido un método apreciado en mi campo de actividades. Aun cuando encontrara una de las medicinas más potentes en la primera bolsa que revisara, cosa poco probable, no podríamos establecer una dosis segura que actuara lo bastante rápido.

—¿Por qué demonios no?

—Porque la droga tardaría unos cuarenta minutos en actuar, y dudo mucho de que funcionara en todos los casos. La reacción natural de la gente estresada ante esos fármacos es luchar, intentar rechazarlos. No hay manera alguna de combatir esa reacción, Nick; sería como intentar controlar su ritmo cardíaco. Lo que haría, suponiendo que encontrara la cantidad suficiente de medicinas para ello, sería administrar una serie de dosis letales y convertir el avión en un cementerio. Tal vez pasáramos, pero muertos.

—Cuarenta minutos —dijo Nick—. ¡Cristo! ¿Está seguro? ¿Está absolutamente seguro?

—Sí —respondió Bob con firmeza.

Brian miró el centelleante rombo en el cielo. Estaba haciendo que el avión describiera una ruta circular, y la falla se encontraba a punto de desaparecer otra vez. Pronto volverían a verla, pero no estarían más cerca.

—No puedo creerlo —dijo Nick, fatigado—. Pasar por lo que hemos pasado, haber despegado con éxito y haber recorrido todo este camino, haber encontrado la maldita cosa... y descubrir que no podemos pasar para volver a nuestro tiempo porque no somos capaces de dormir.

—De todas formas, no tenemos cuarenta minutos —dijo serenamente Brian—. Si esperáramos tanto, este avión se estrellaría diez kilómetros al este del aeropuerto.

—Seguramente hay otros campos de aterrizaje.

—Los hay, pero no lo bastante grandes como para aceptar un avión de este tamaño.

—¿Y si pasáramos y nos dirigiéramos hacia el este?

—Las Vegas. Pero Las Vegas estará fuera de nuestro alcance en... —Brian miró los instrumentos— en menos de ocho minutos. Creo que tiene que ser Los Ángeles. Necesitaré por lo menos treinta y cinco minutos para llegar allí. Y es hilar muy fino aun en caso de que

apartaran todos los obstáculos de nuestro camino y nos dejaran entrar directamente. Esto nos da un máximo de... —y volvió a mirar el cronómetro— veinte minutos para pensar en algo y atravesar el agujero.

Bob miraba pensativo a Nick.

—¿Y usted, qué? —le preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Me parece que usted es soldado, pero no creo que sea un soldado común. ¿Tal vez del Servicio Especial Aéreo?

La cara de Nick se puso rígida.

—¿Y en ese caso qué, colega?

—Tal vez usted podría dormirnos —dijo Bob—. ¿No les enseñan esas cosas a las Fuerzas Especiales?

Brian recordó el primer enfrentamiento de Nick con Craig Toomy. «¿Alguna vez ha visto *Star Trek*? —había preguntado a Craig—. Un maravilloso programa americano... Y si no cierra el pico enseguida, idiota, me encantará hacerle una demostración de la famosa llave Vulcano del señor Spock.»

—¿Que hay de eso, Nick? —preguntó suavemente—. Si alguna vez hemos necesitado la famosa llave Vulcano, es ahora.

Incrédulo, Nick miró a Bob, a Brian y otra vez a Bob.

—Por favor, no me hagan reír, caballeros, me duele todavía más el brazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bob.

—No sé nada de sedantes, ¿eh? Bueno, déjenme decirles que ustedes no saben nada de mí. No soy James Bond. Nunca hubo un James Bond en el mundo real. Supongo que podría matarlo dándole un golpe en la nuca, Bob, pero lo más probable es que lo dejara parálítico por el resto de su vida. Tal vez ni siquiera lograra dejarlo inconsciente. Y además está esto. —Y, dando un respingo, Nick levantó el brazo, que se hinchaba a marchas forzadas—. Mi mano diestra está pegada al brazo que acabo de volver a romperme. Tal vez podría defenderme con lo izquierda contra un rival no preparado, pero eso de lo que hablan... no. Ni hablar.

—Están olvidando lo más importante de todo —dijo otra voz.

Se volvieron. En la puerta de la cabina estaba la figura blanca y demacrada de Laurel Stevenson. Había cruzado los brazos como si tuviera frío, y se sujetaba los codos.

—Si estamos todos inconscientes, ¿quién pilotará el avión? —preguntó—. ¿Quién va a llevar el avión a Los Ángeles?

Los tres hombres la miraron, mudos. Detrás de ellos volvió a aparecer la enorme piedra semipreciosa que era la falla de tiempo, pero nadie le prestó atención.

—Estamos jodidos —dijo tranquilamente Nick—. ¿Lo saben? Estamos totalmente jodidos —rió un poco y dio un respingo cuando los movimientos de su estómago sacudieron el brazo roto.

—Tal vez no —dijo Albert. Él y Bethany habían aparecido detrás de Laurel. Albert rodeaba con un brazo la cintura de la chica. Tenía el pelo pegado a la frente en rizos sudorosos, pero sus ojos oscuros emitían un destello significativo. Permanecían fijos en Brian—. Creo que usted puede hacernos dormir —dijo—, y creo que puede aterrizar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó brutalmente Brian.

Y Albert contestó:

—De la presión. Estoy hablando de la presión.

24

En ese momento, el sueño de Brian regresó con tal intensidad que era casi como si lo reviviera: Anne con la mano apoyada en la grieta del fuselaje del avión, la grieta con las palabras «Sólo estrellas fugaces» escritas arriba en letras rojas.

Presión.

«¿Ves, querido? Todo está bajo control.»

—¿Qué quiere decir, Brian? —preguntó Nick—. Veo que se le ha ocurrido algo, su cara me lo dice. ¿De qué se trata?

Brian lo ignoró. Miró fijamente al estudiante de música de diecisiete años a quien se le había ocurrido una idea que podía sacarlos de esa jaula en la que se encontraban encerrados.

—¿Y qué pasa después? —preguntó—. ¿Qué sucede cuando hayamos pasado? ¿Cómo vuelvo a despertar para hacer aterrizar el avión?

—¿Quiere alguien explicarse, por favor? —rogó Laurel. Se había acercado a Nick, que le rodeó la cintura con su brazo sano.

—Albert ha sugerido que use esto para dejarnos inconscientes —dijo Brian, señalando el reóstato del tablero de control, donde se leía: «Presión de la cabina.»

—¿Y puede hacerlo, colega? ¿Puede hacerlo de verdad?

—Sí —dijo Brian—. He conocido pilotos, pilotos de charter, que lo han utilizado en alguna ocasión en que un pasajero que había bebido demasiado empezaba a fastidiar y a poner en peligro sus vidas o las de la tripulación. Dejar inconsciente a un borracho bajando la presión del aire no es tan difícil. Para lograrlo con todos, lo que tengo que hacer es bajarla un poco más, digamos la mitad del nivel del mar. Es como ascender tres mil metros sin máscara de oxígeno. ¡Bum!, te desmayas.

—Y si puede hacerse, ¿por qué no se ha usado contra los terroristas? —preguntó Bob.

—Porque hay máscaras de oxígeno, ¿no? —dijo Albert.

—Sí —contestó Brian—. Al comienzo de cada vuelo comercial, la tripulación hace una demostración: coloque la mascarilla sobre la boca y la nariz y respire profundamente. ¿Vale? Cuando en la zona de pasajeros la presión cae por debajo de doce psi, las máscaras se desprenden automáticamente. Si un piloto al que han tomado como rehén intentara dejar inconscientes a los terroristas bajando la presión del aire, lo único que tendrían que hacer ellos es coger una máscara, ponérsela y empezar a disparar. No sucede así con los *jets* más pequeños, como el Lear. Si en el avión desciende la presión, el pasajero tiene que sacar él mismo la mascarilla.

Nick miró el cronómetro. Ahora, la posibilidad de atravesar aquella ventana estaba a catorce minutos.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dejar de hablar y hacerlo —dijo—. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Todavía no —replicó Brian, y miró a Albert—. Puedo volver a colocar el avión en línea con la falla y empezar a disminuir la presión a medida que nos acerquemos. Puedo calcular con bastante exactitud la presión de la cabina y estoy seguro de que puedo hacer que todos quedemos sin sentido antes de pasar. Pero eso deja en pie la pregunta de Laurel: ¿quién conduce el avión, si estamos todos inconscientes?

Albert abrió la boca, volvió a cerrarla y meneó la cabeza.

Entonces habló Bob Jenkins. Su voz era seca y átona, la voz de un juez que pronuncia sentencia.

—Creo que usted puede llevarnos a casa, Brian. Pero alguien tendrá que morir para que pueda hacerlo.

—Explíquese —dijo nerviosamente Nick.

Bob lo hizo. No tardó mucho tiempo. Cuando terminó, Rudy Warwick se había unido al pequeño grupo que estaba de pie en la puerta de la cabina.

—¿Funcionaría, Brian? —preguntó Nick.

—Sí —contestó Brian con aire ausente—. No hay razón para que no funcione. —Volvió a mirar el cronómetro. Once minutos. Once minutos para cruzar al otro lado. Se necesitaría ese tiempo para alinear el avión, programar el piloto automático y recorrer los sesenta y cinco kilómetros—. Pero ¿quién va a hacerlo? ¿Nos lo echamos a suertes, o qué?

—No es necesario —dijo Nick en tono ligero, casi negligente—. Lo haré yo.

—¡No! —exclamó Laurel. Tenía los ojos dilatados y oscurecidos—. ¿Por qué tú? ¿Por qué tienes que ser tú?

—¡Cállate! —susurró Bethany—. ¡Si quiere hacerlo, déjalo!

Albert miró compungido a Bethany, a Laurel y después a Nick. Una voz —no demasiado enérgica— susurraba que él debería haberse ofrecido voluntario, que éste era un trabajo para un rudo superviviente de El Álamo, como el Judío de Arizona. Pero la mayor parte de él sólo sabía que amaba mucho la vida y que no quería terminarla todavía. De modo que abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada.

—¿Por qué tú? —volvió a preguntar Laurel con urgencia—. ¿Por qué no lo echamos a suertes? ¿Por qué no Bob, Rudy, o yo?

Nick la cogió del brazo.

—Ven conmigo un momento —dijo.

—Nick, no hay mucho tiempo —dijo Brian. Trató de mantener su tono normal de voz, pero percibió detrás desesperación, tal vez incluso pánico.

—Lo sé. Empiece a hacer todo lo necesario.

Nick condujo a Laurel hacia la puerta.

25

Ella se resistió un momento y después lo siguió. Nick se detuvo en el pequeño espacio de la cocina y la miró de frente. En ese momento, con sus caras a menos de diez centímetros de distancia, ella percibió la terrible verdad: él era el hombre que había esperado encontrar en Boston. Había estado todo el tiempo en el avión. Aquel descubrimiento no tenía nada de romántico; era horrible.

—Creo que entre tú y yo hubiera podido suceder algo —dijo él—. ¿Crees que tengo razón? Si es así, dílo, no tenemos tiempo para andarnos con rodeos. Nada de tiempo.

—Sí —dijo ella con voz seca y temblorosa—. Creo que es así.

—Pero no lo sabemos. No podemos saberlo. Todo se reduce al tiempo, ¿no crees? Tiempo, sueños e ignorancia. Pero tengo que ser yo, Laurel. He tratado de examinarme racionalmente y todos mis libros están en rojo. Ésta es mi oportunidad de pagar y pienso aprovecharla.

—No entiendo lo que quie...

—Tú no, pero yo sí. —Hablaba rápido, casi cortando las palabras. Entonces se estiró, cogió su brazo y la acercó aún más a él—. Estabas embarcada en alguna clase de aventura, ¿no, Laurel?

—No sé qué quieres...

Él la sacudió.

—¡Te he dicho que no tenemos tiempo de andarnos con rodeos! ¿Estabas metida en una aventura?

—Yo... sí.

—¡Nick! —llamó Brian desde la cabina.

Nick lanzó una rápida mirada en aquella dirección.

—¡Voy! —gritó, y volvió a mirar a Laurel—. Me propongo enviarte a otra. Si sales de esto y estás de acuerdo.

Ella se limitó a mirarlo con labios temblorosos. No sabía qué decir. Su mente estaba confusa. Él le apretaba mucho los brazos, pero eso lo advertiría después, cuando viera las marcas de sus dedos. En aquel momento, la atracción de sus ojos era mucho más intensa.

—Escucha, escucha con atención. —Hizo una pausa y después habló con un énfasis curioso, medido—. Iba a dejarlo. Ya lo había decidido.

—¿Dejar qué? —preguntó ella con voz débil y temblorosa.

Nick meneó la cabeza, impaciente.

—No importa. Lo que importa es si me crees o no. ¿Me crees?

—Sí —dijo ella—. No sé de qué estás hablando, pero creo que lo dices de verdad.

—¡Nick! —advirtió Brian desde la cabina—. ¡Vamos hacia allí!

Nick volvió a lanzar una mirada hacia la cabina, con los ojos brillantes y entornados.

—¡Voy ahora mismo! —gritó. Cuando volvió a mirarla, a Laurel le pareció que nunca en su vida la habían contemplado con una intensidad tan feroz—. Mi padre vive en la aldea de Fluting, al sur de Londres —dijo—. Pregunta por él en cualquier tienda de High Street. Señor Hopewell. Los otros todavía lo llaman el capataz. Ve y dile que estaba decidido a dejarlo. Necesitarás insistir. Cuando escucha mi nombre, suele dar la espalda y maldecir. Escabullirse con el típico «No tengo ningún hijo». ¿Puedes insistir?

—Sí.

Él asintió y sonrió con amargura.

—¡Vale! Repite lo que te he dicho y dile que me creíste. Dile que he hecho todo lo posible por pagar por aquel día detrás de la iglesia, en Belfast.

—En Belfast.

—Correcto. Y si no consigues que te escuche de otro modo, dile que debe escucharte. Por las margaritas. La vez que llevé las margaritas. ¿Puedes recordar eso?

—Porque una vez le llevaste margaritas.

Nick estuvo a punto de reír, pero ella nunca había visto un rostro tan lleno de tristeza y amargura.

—No, no a él, pero servirá. Ésa es tu aventura. ¿La emprenderás?

—Sí..., pero...

—Vale. Gracias, Laurel. —Y, cogiéndola por la nuca, la acercó y la besó. Su boca estaba fría, y ella percibió el sabor del miedo en su aliento.

Un instante después se había ido.

—¿Vamos a sentirnos como si..., ya sabe, como si nos ahogáramos? —preguntó Bethany—. ¿Como si nos asfixiáramos?

—No —respondió Brian. Se había puesto de pie para ver si volvía Nick. Al verlo reaparecer con Laurel Stevenson muy temblorosa, volvió a su asiento—. Te sentirás algo mareada, con la cabeza ligera, y después, nada. —Mirando a Nick, añadió—: Hasta que despertemos.

—¡Eso! —dijo alegremente Nick—. Y ¿quién sabe? Tal vez todavía esté aquí. Ya saben, hierba mala... ¿No es cierto, Brian?

—Supongo que cualquier cosa es posible —contestó Brian. Oprimió ligeramente el volante. El cielo volvía a aclararse. La falla estaba delante de ellos—. A sentarse, gente. Nick, junto a mí. Voy a mostrarle lo que tiene que hacer y cuándo tiene que hacerlo.

—Un segundo, por favor —dijo Laurel. Había recuperado parte de su color y su compostura. Se puso de puntillas y plantó un beso en la boca de Nick.

—Gracias —dijo éste con gravedad.

—Ibas a dejarlo. Lo habías decidido. Y si no quiere escuchar, tengo que recordarle el día que llevaste las margaritas. ¿Está bien?

Él sonrió.

—Perfectamente, amor mío, perfectamente. —La rodeó otra vez con el brazo izquierdo y volvió a besarla, firme y largamente. Cuando la soltó, había una sonrisa suave y pensativa en su boca—. Eso tiene que servir —dijo—. Está muy bien.

Tres minutos más tarde, Brian abrió el intercomunicador.

—Voy a empezar a bajar la presión. Revisen sus cinturones.

Lo hicieron. Albert esperaba en tensión algún sonido, tal vez el siseo del escape del aire, pero sólo se oía el ronroneo regular de los motores. Se sentía más despierto que nunca.

—¿Albert? —dijo Bethany con voz débil y asustada—. ¿Puedes abrazarme, por favor?

—Sí —contestó Albert—. Si tú me abrazas a mí.

Detrás de ellos, Rudy Warwick había comenzado de nuevo a rezar el rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson se agarraba a los asientos de su asiento. Todavía sentía la huella cálida de los labios de Nick Hopewell en su boca. Levantó la cabeza, miró el maletero y empezó a hacer profundas y lentas inspiraciones. Estaba esperando que cayeran las máscaras..., y unos noventa segundos después, cayeron.

«Recuerda también el día de Belfast —pensó—. Detrás de la iglesia. Un acto de reparación, dijo. Un acto...» En mitad de la frase, se durmió.

—¿Sabe lo que tiene que hacer? —volvió a preguntar Brian. Hablaba con voz soñadora y confusa. Delante de ellos, la falla temporal estaba otra vez agrandándose, extendiéndose por el cielo. Ahora amanecía, y otra fantástica mezcla de colores pasó ante ellos y se sumergió en las extrañas profundidades del abismo.

—Lo sé —dijo Nick. Estaba de pie junto a Brian, y sus palabras sonaban sofocadas por la máscara de oxígeno. Por encima de la orla de goma, sus ojos se veían serenos y claros—. No tema, Brian. Es completamente seguro. Vaya a dormir. Que tenga dulces sueños y todo eso.

Brian empezó a desvanecerse. Se sentía ir, y al mismo tiempo resistía ante la visión de la vasta falla en la materia de la realidad. Parecía hincharse en dirección a las ventanas de la cabina, abalanzarse sobre el avión. «¡Es tan hermoso! —pensó—. ¡Dios, es tan hermoso!»

Sintió aquella mano invisible que sujetaba el avión y tiraba de él hacia delante. Esta vez no había regreso.

—Nick —dijo. Hablar le costaba un esfuerzo tremendo. Sentía como si su boca estuviera a miles de kilómetros de su cerebro. Levantó la mano. Parecía alejarse de él en el extremo de un largo brazo blando.

—Duerma —dijo Nick, cogiendo su mano—. No se resista, a menos que quiera irse conmigo. Ya no tardará mucho.

—Sólo quería darle las gracias.

Nick sonrió y le apretó la mano.

—De nada, colega. Ha sido un vuelo que quedará grabado en la memoria. Incluso sin película ni mimosas gratis.

Brian volvió a mirar la falla. Ahora entraba por ella un río de colores maravillosos. Giraban, se mezclaban y parecían formar palabras ante sus mareados y expectantes ojos.

Sólo estrellas fugaces

—¿Es eso... lo que somos? —preguntó con curiosidad, y su voz le llegó desde un universo distante. La oscuridad se lo tragó.

29

Ahora Nick estaba solo. La única persona despierta del vuelo 29 era un hombre que una vez mató a tres muchachos detrás de una iglesia en Belfast, tres muchachos que se habían dedicado a pintar patatas con pintura gris oscura para que parecieran granadas. ¿Por qué habían hecho semejante cosa? ¿Había sido una especie de desafío loco? Nunca lo supo.

No tenía miedo, pero lo invadía una intensa soledad. El sentimiento no era nuevo. No era la primera guardia que soportaba solo, con las vidas de otros en sus manos.

Ante él, la falla se agrandaba. Colocó la mano sobre el reóstato que controlaba la presión de la cabina.

«Es maravilloso», pensó. Le parecía que los resplandecientes colores que surgían de la falla eran la antítesis de todo lo que había experimentado en las últimas horas; estaba mirando el interior de un crisol de nueva vida y nuevo movimiento.

«¿Y por qué no iba a ser hermoso? Éste es el lugar donde tal vez comienza la vida, toda la vida, el lugar donde se gesta la vida cada segundo de cada día; la cuna de la creación y el manantial del tiempo. Más allá de ese punto, no se permiten lagolieros.»

Por su frente y sus mejillas pasaba una extensa gama de colores en sus diferentes matices: el verde de la selva era superado por el naranja lava, y a éste lo reemplazaba el blanco amarillento del sol tropical, el cual era suplantado por el helado azul de los océanos del norte. El rugido de los motores parecía sordo y distante. Bajó la mirada y no le sorprendió ver que el color estaba consumiendo el cuerpo derrumbado y dormido de Brian Engle. Sus formas y sus rasgos se veían envueltos por un cambiante caleidoscopio de resplandor. Se había convertido en un fantasma fabuloso.

A Nick tampoco le sorprendió ver que sus manos y brazos estaban descoloridos. «El fantasma no es Brian, soy yo.»

La falla parecía enorme.

El ruido de los motores se perdió por completo en un sonido nuevo. El 767 parecía correr a través de un túnel de viento lleno de plumas. De pronto, justo en frente del morro del aparato, explotó una vasta nova de luz como un fuego de artificio celeste. Dentro de ella, Nick Hopewell vio colores que ningún hombre había imaginado. No sólo llenaban la falla; llenaban también su mente, sus nervios, sus músculos, e incluso sus huesos, en un estallido gigantesco, coruscante.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es tan hermoso! —gritó. Y, cuando el avión se internó en la falla, volvió a subir la presión al máximo.

Una fracción de segundo después, los empastes de las muelas de Nick cayeron al suelo de la cabina. Se oyó un golpecito cuando el disco de teflón que había estado en su rodilla — recuerdo de un conflicto marginalmente más honorable que el de Irlanda del Norte— se unió a ellos. Eso fue todo.

Nick Hopewell había dejado de existir.

Lo primero que advirtió Brian fue que su camiseta estaba húmeda y que le dolía la cabeza otra vez.

Se incorporó lentamente en su asiento, dando un respingo a causa de la jaqueca, y trató de recordar quién era, dónde estaba y por qué sentía una necesidad tan apremiante de despertar de inmediato. ¿Qué había estado haciendo que era tan importante?

«El escape —susurró su cerebro—. Hay un escape en el compartimento principal, y si no se estabiliza tendremos muchos pro...»

No, eso no era correcto. Habían estabilizado el escape —o se había estabilizado solo por alguna misteriosa razón—, y él había aterrizado en el aeropuerto de Los Ángeles con el vuelo 7. Después había venido el hombre del uniforme verde y...

«¡Es el funeral de Anne! ¡Dios, me he quedado dormido!»

Sus ojos se abrieron, pero no estaba ni en la habitación de un motel ni en la habitación de invitados de la casa del hermano de Anne, en Reveré. Estaba mirando un cielo lleno de estrellas a través de la ventanilla de una cabina.

Y de pronto lo recordó todo.

Se incorporó del todo con demasiada rapidez, pues su cabeza emitió un enfermizo grito de protesta. De su nariz brotó un chorro de sangre que cayó sobre la consola central del tablero. Miró hacia abajo y vio que llevaba la pechera de la camisa empapada de sangre. Había habido un escape, claro, pero provocado por él.

«Por supuesto —se dijo—. La despresurización suele producir esto. Tendría que haber advertido a los pasajeros... A propósito, ¿cuántos pasajeros me quedan?»

No podía recordarlo. Su cabeza estaba llena de bruma.

Miró los indicadores de combustible, vio que la situación se acercaba rápidamente al punto crítico y revisó la pantalla lectora. Estaban exactamente donde debían estar, descendiendo a toda velocidad hacia Los Ángeles, y en cualquier momento podían entrar en el espacio aéreo ocupado por otro avión.

Alguien había estado compartiendo con él la cabina antes de que se desmayara. Pero ¿quién?

Hizo un esfuerzo y recordó. Nick, por supuesto. Nick Hopewell. Nick había desaparecido. Al parecer, no era tan mala hierba... Pero debía de haber cumplido con su trabajo, porque de otro modo él no estaría despierto ahora.

Encendió rápidamente la radio.

—Control de Los Ángeles, aquí el American Pride, vuelo... —se detuvo. ¿Qué vuelo era? No podía recordarlo. Se lo impedía aquella bruma.

—Veintinueve, ¿no? —dijo detrás de él una voz borrosa y confusa.

—Gracias, Laurel —dijo Brian sin darse la vuelta—. Ahora regrese y abróchese el cinturón. Tal vez tenga que hacer algunas maniobras bruscas. —Y continuó hablando por el micrófono—: El vuelo 29 de American Pride. Repito, dos, nueve. S.O.S., control, es una emergencia. Por favor, hagan que se aparte todo lo que tenga delante. Bajo en dirección 85 y no tengo combustible. Preparen un camión de espuma y...

—¡Oh, déjelo! —ordenó detrás de él la voz atona de Laurel—. Déjelo.

Entonces Brian se volvió, ignorando la punzada de dolor en su cabeza y la sangre que brotaba de su nariz.

—¡Siéntese de una vez, maldita sea! —ladró—. Estamos bajando sin anunciarlo en un lugar de mucho tráfico. Si no quiere romperse el cuello...

—Allí abajo no hay tráfico pesado —dijo Laurel en el mismo tono de voz—. Ni tráfico, ni camiones extintores. Nick murió por nada, y yo nunca podré transmitir su mensaje. Mírelo con sus propios ojos.

Brian lo hizo. Y aunque ahora estaban sobrevolando los suburbios de Los Ángeles, no vio más que oscuridad.

Al parecer, allá abajo no había nadie.

Absolutamente nadie.

Detrás de él, Laurel Stevenson rompió a llorar en desgarrados sollozos de terror y frustración.

31

Un largo y blanco *jet* de pasajeros sobrevoló lentamente la tierra veinticinco kilómetros al este del aeropuerto internacional de Los Ángeles. En la cola, en números grandes y orgullosos, se leía: 767. A lo largo del fuselaje estaban escritas las palabras «American Pride» con letras inclinadas hacia la izquierda para dar impresión de velocidad. A ambos lados del morro figuraba una gran águila roja con las alas tachonadas de estrellas azules. Al igual que el aparato al que decoraba, el águila parecía estar a punto de posarse.

Al pasar por encima de la maraña de calles, el avión no proyectaba ninguna sombra; faltaba una hora para el amanecer. Bajo él no se movía ningún coche ni brillaban las luces de las calles. Bajo él, todo era silencio e inmovilidad. Delante no brillaban las luces de las pistas de rodaje.

El vientre del avión se abrió. El tren de aterrizaje bajó y se extendió. Las ruedas se ajustaron en su lugar.

El vuelo 29 de American Pride descendió hacia Los Ángeles. Al hacerlo, se inclinó ligeramente hacia la derecha. Ahora, Brian podía realizar las correcciones visualmente y lo hizo. Sobrevolaron un grupo de moteles situado en los alrededores del aeropuerto, y por un instante Brian vio el monumento que se alzaba en el centro del complejo de la terminal: un gracioso trípode de patas curvadas con un restaurante en el centro. Pasaron por encima de una corta extensión de hierba; después, la pista asfaltada se extendió treinta pasos por debajo del avión.

Esta vez, Brian no tenía tiempo de acercarse al 767 a los edificios. Los indicadores de combustible estaban a cero, y el hada se encontraba a punto de convertirse en una bruja. Descendió con violencia, como si condujera un trineo lleno de ladrillo. Se produjo un choque que les hizo castañetear los dientes, y la hemorragia nasal comenzó de nuevo. El cinturón que atravesaba su pecho se cerró. Laurel, que ocupaba el asiento del copiloto, dejó escapar un grito.

Después, Brian levantó los alerones y apretó los frenos a fondo. El avión empezó a disminuir su velocidad. Circulaban a poco más de ciento cincuenta kilómetros por hora cuando dos de los frenos dejaron de funcionar y apareció iluminado en rojo el mensaje: «Cierre de motores.» Cogió el micrófono.

—¡Sujétense! ¡Vamos a entrar duro! ¡Sujétense!

Los frenos dos y cuatro continuaron funcionando un momento más y después también dejaron de hacerlo. El avión se precipitó por la pista de rodaje en medio de un silencio espantoso, con la única ayuda de los alerones para detenerlo. Brian se quedó mirando desamparado, mientras la pista de asfalto desaparecía bajo el avión y se acercaba la red de encrucijadas de las pistas interiores. Y allí, exactamente frente a ellos, estaba la carcasa de un *jet* de la Pacific Airways.

El 767 seguía circulando al menos a cien kilómetros por hora. Brian hizo que doblara hacia la derecha, apoyándose en el volante con todas sus fuerzas. El avión respondió y se deslizó junto al *jet* estacionado, a apenas dos metros de distancia. Sus ventanillas pasaron rugiendo como una hilera de ojos ciegos.

Después rodaron hacia la terminal de la United, donde había por lo menos una docena de aviones estacionados en fila, como bebés amamantando. Ahora, la velocidad del 767 había descendido a poco más de cincuenta kilómetros por hora.

—¡Agárrense fuerte! —gritó Brian por el intercomunicador, olvidando por un instante que su avión estaba ahora tan muerto como los demás y que utilizar el intercomunicador era inútil—. ¡Vamos a chocar! ¡Va...!

El avión de la American Pride chocó contra la puerta 29 de la terminal de United Airlines, a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora. Se oyó el ruido producido por un fuerte golpe hueco, seguido por el de metal y cristales rotos. Brian recibió otra violenta sacudida y después se desplomó sobre el asiento. Se quedó un momento allí, rígido, esperando la explosión, y entonces recordó que en los tanques no quedaba nada que pudiera explotar.

Apagó todos los interruptores del panel de control —el panel estaba muerto, pero los hábitos persistían—, y después se volvió para mirar a Laurel. Ella le devolvió la mirada con una expresión apática y sin brillo.

—Nunca había estado tan cerca —dijo vacilante Brian.

—Debió permitir que nos estrelláramos. Todo lo que intentamos... Dinah..., Nick..., todo para nada. Aquí es igual. Exactamente igual.

Brian se desabrochó el cinturón y se incorporó temblando. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se lo tendió.

—Limpíese la nariz. Está sangrando.

Ella cogió el pañuelo y lo miró, como si fuera el primero que veía en su vida.

Brian pasó a su lado y se dirigió lentamente hacia el compartimento principal. Se quedó en la puerta, contando cabezas. Sus pasajeros —es decir los que quedaban— parecían estar bien. Bethany tenía la cabeza apretada contra el pecho de Albert y sollozaba. Rudy Warwick se desabrochó el cinturón, se puso de pie, se golpeó la cabeza contra el maletero y volvió a sentarse. Miró a Brian con ojos confusos y desconcertados. Brian se preguntó si Rudy seguiría teniendo hambre. Más bien le parecía que no.

—Salgamos del avión —dijo Brian.

Bethany levantó la cabeza.

—¿Cuándo vienen? —le preguntó, histérica—. ¿Cuánto tardarán esta vez? ¿Los oye alguien?

Brian sintió que el dolor volvía a invadirle la cabeza y se tambaleó. De pronto, tuvo la seguridad de que iba a desmayarse.

Un brazo firme le rodeó la cintura. Sorprendido miró a su alrededor. Era Laurel.

—El capitán Engle tiene razón —dijo con serenidad—. Salgamos del avión. Tal vez las cosas no estén tal mal como parece.

Bethany emitió una carcajada histérica.

—¿Hasta qué punto puede parecer mal? —preguntó—. ¿Hasta qué punto...

—Hay algo distinto —dijo súbitamente Albert, que miraba por la ventanilla—. Algo ha cambiado. No sé cuál es la diferencia, pero no es lo mismo. —Miró primero a Bethany, y después a Brian y Laurel antes de repetir—: No es lo mismo.

Brian se inclinó junto a Bob Jenkins y miró por la ventanilla. No veía nada demasiado distinto del aeropuerto de Bangor. Había más aviones, por supuesto, pero estaban tan desiertos, tan muertos como los otros. De todos modos, pensó que Albert podía haber sentido algo.

Era más una sensación que algo tangible. Había alguna diferencia esencial que no conseguía captar. Se le escapaba, como le había sucedido con el nombre del perfume de su exmujer.

«Es L'Envoi, querido Brian. Es el que siempre he usado, ¿recuerdas?»

¿Recuerdas?

—Vamos —dijo—. Esta vez usaremos la salida de la cabina de mandos.

Brian abrió la trampilla situada bajo el panel de instrumentos y trató de recordar por qué no la habían utilizado en Bangor para hacer bajar a sus pasajeros: era mucho más fácil que usar el tobogán de emergencia. No parecía haber una razón. Simplemente, no se le había ocurrido, tal vez porque lo habían entrenado para pensar antes que nada en el tobogán en una situación de emergencia.

Se metió acuclillado en la zona delantera, deslizándose bajo un nido de cables eléctricos, y abrió el cerrojo que había en el suelo, en el morro del 767. Albert se unió a él y ayudó a bajar a Bethany. Brian ayudó a Laurel; después, él y Albert ayudaron a Rudy, que se movía como si sus huesos se hubieran convertido en vidrio. Seguía apretando el rosario. Como el espacio que quedaba bajo la cabina estaba muy atestado, Bob Jenkins los esperó arriba, apoyado en las manos y observándolos a través de la trampilla.

Brian sacó la escalerilla, quitando los ganchos de seguridad, y la colocó en su lugar. Descendieron uno por uno, Brian primero y Bob en último término.

Cuando los pies de Brian tocaron el asfalto, sintió una urgencia loca por apoyar la mano en su corazón y exclamar: «¡Reclamo esta tierra de leche rancia y amarga miel para los supervivientes del vuelo 29, al menos hasta que lleguen los lagolieros!»

Sin embargo, no dijo nada. Se quedó allí con los demás, bajo la cúpula que formaba el morro del avión, mirando a su alrededor y sintiendo una ligera brisa contra sus mejillas. Oyó un ruido a lo lejos. No era el sonido chisporroteante y mordiente que habían advertido en Bangor, no se parecía en nada a aquél, pero tampoco conseguía descubrir a qué sonaba exactamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Bethany—. ¿Qué es ese ronroneo? Parece electricidad.

—No —dijo pensativamente Bob—. Suena como... —Y meneó la cabeza.

—No suena a nada que haya oído antes —intervino Brian, pero no estaba seguro de que fuera verdad. Una vez más, lo asaltó la sensación de que algo que sabía o debería saber rondaba por su mente.

—Son ellos, ¿no? —preguntó Bethany, casi histérica—. Son ellos, que vienen. Los lagolieros de los que nos habló Dinah.

—No lo creo. No suena igual. —Pero de todos modos sintió que el miedo le retorció las entrañas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Rudy. Su voz era áspera como la de un cuervo—. ¿Empieza todo de nuevo?

—Bueno, no necesitamos la cinta transportadora y, para empezar, eso ya es algo. La puerta de servicio de la pista está abierta —dijo Brian mientras salía de debajo del morro del 767 y señalaba en aquella dirección. La fuerza del aterrizaje había desplazado la escalerilla rodante de la puerta 29, pero resultaría sencillo volver a colocarla en posición—. Vamos. —Se dirigieron en grupo hacia la escalerilla—. Albert —añadió—, ayúdame con la escale...

—Esperen —interrumpió Bob.

Brian volvió la cabeza y vio que Bob miraba a su alrededor con maravillada cautela. Y esa expresión en sus ojos, antes nublados..., ¿era de esperanza?

—¿Qué? ¿Qué es, Bob? ¿Qué ve?

—Sólo otro aeropuerto vacío. Es lo que siento —contestó Bob, acercando una mano a su mejilla. Después la levantó, como si intentara hacer flamear una bandera.

Brian empezaba a preguntarle qué quería decir cuando comprendió que lo sabía. ¿Acaso no lo había notado él mismo cuando estaba de pie bajo el morro del *jet*? ¿No lo había notado y apartado de su pensamiento?

La brisa soplaba contra su cara. No era una brisa fuerte, apenas más que un hálito, pero era brisa. El aire estaba en movimiento.

—¡Cristo bendito! —exclamó Albert. Se metió un dedo en la boca y después lo levantó. En su cara apareció una sonrisa incrédula.

—Y eso no es todo —dijo Laurel—. ¡Escuchen!

Salió repentinamente de debajo del ala del 767, donde se habían detenido, y regresó corriendo con el cabello flotando a sus espaldas. Sus altos tacones repiqueteaban enérgicamente sobre el pavimento.

—¿Lo han oído? —preguntó—. ¿Lo han oído?

Lo habían oído. Aquel timbre chato y sofocado había desaparecido. Y ahora, escuchando hablar a Laurel, Brian comprendió que, en Bangor, sus voces sonaban como si todos ellos hablaran con las cabezas metidas dentro de campanas fundidas en algún metal sofocante: bronce o, tal vez, plomo.

Bethany levantó las manos y dio unas palmadas, que sonaron con la claridad y nitidez del estallido de una pistola. En su rostro apareció una sonrisa de deleite.

—¿Qué signi...? —empezó a preguntar Rudy.

—¡El avión! —exclamó Albert con voz aguda y jubilosa. Durante un segundo Brian, recordó a aquel tipejo de *Fantalandia*, un antiguo programa de la tele. Estuvo a punto de lanzar una carcajada—. ¡Ya sé qué es lo distinto! ¡Miren el avión! ¡Ahora es igual que los demás!

Se volvieron para mirar. Durante un largo momento, nadie dijo nada, quizá porque nadie era capaz de hablar. El Delta 727 estacionado junto al *jet* de la American Pride en Bangor tenía un aspecto apagado y desvencijado, en cierta forma menos real que el 767. Ahora, en cambio, todos los aparatos —el de American Pride y los de la United alineados en las pistas que se extendían a sus espaldas— presentaban el mismo brillo y aspecto. Incluso en la oscuridad, la pintura y los logotipos de las marcas parecían resplandecer.

—¿Qué significa? —preguntó Rudy a Bob—. ¿Qué significa? Si de verdad las cosas vuelven a ser normales, ¿por qué no funciona la electricidad? ¿Dónde está la gente?

—¿Y qué es ese ruido? —intervino Albert.

El ruido sonaba más cercano, con más claridad. Era un ronroneo, como había dicho Bethany, pero no tenía nada de eléctrico. Parecía aire circulando por una tubería abierta, o un coro inhumano que emitiera al unísono una letra abierta: aaaaaaaa...

Bob meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo, volviéndose—. Volvamos a colocar la escalerilla y entremos...

Laurel lo asió por un hombro.

—¡Usted sabe algo! —dijo con voz tensa—. Lo veo en su expresión. Deje que nos enteremos, ¿no le parece?

Él vaciló un momento y meneó de nuevo la cabeza.

—En este momento no estoy preparado para decirlo, Laurel. Primero quiero entrar y mirar.

Tuvieron que contentarse con eso. Brian y Albert volvieron a colocar la escalerilla. Unos de los cierres se había aflojado ligeramente, y Brian lo sujetó mientras subían uno tras otro. Él subió el último, caminando por el lado opuesto al del cerrojo roto. Los otros lo habían esperado para recorrer juntos el camino y entrar en la terminal.

Se encontraron en un recinto grande, redondo, con puertas de embarque colocadas a intervalos a lo largo de la pared curva. Las desiertas hileras de asientos presentaban un aspecto fantasmal y las luces fluorescentes del techo eran cuadrados oscuros, pero a Albert le pareció que casi podía percibir el olor de otra gente, como si la sala hubiese estado llena de personas que habían salido en bandada segundos antes de que entraran los supervivientes del vuelo 29.

Desde el exterior, aquel ronroneo coral continuaba hinchándose, aproximándose como una lenta ola invisible: aaaaaaaa...

—Vengan conmigo —dijo Bob Jenkins, haciéndose cargo del grupo de manera natural—. Rápido, por favor.

Se precipitó hacia el vestíbulo y los otros lo siguieron en fila. Albert y Bethany caminaban juntos, enlazados por la cintura. Una vez que salieron de la superficie alfombrada de la sala de embarque de la United, y ya en el vestíbulo, sus tacones repiquetearon y despertaron ecos, como si en lugar de seis personas fueran dos docenas. Pasaron junto a borrosos y oscuros

carteles publicitarios colgados de las paredes: Mire la CNN, Fume Marlboro, Conduzca un Hertz, Lea Newsweek, Vea Disneylandia...

Y aquel ruido, aquel ruido abierto y coral, continuaba aumentando. Cuando estaban fuera, Laurel había creído que se aproximaba hacia ellos desde el oeste. Ahora parecía estar allí, con ellos, como si los cantantes —en caso de que fueran cantantes— ya hubieran llegado. El ruido no la asustaba exactamente, pero le ponía la carne de gallina.

Llegaron a un restaurante-cafetería y Bob los condujo adentro. Sin detenerse, se deslizó tras el mostrador y cogió una pasta envuelta de una pila que había sobre la barra. Al intentar abrir el paquete con los dientes, comprendió que su dentadura se había quedado en el avión. Emitió un pequeño sonido de disgusto y la arrojó en dirección a Albert.

—Hazlo —ordenó, con los ojos brillantes—. ¡Rápido, Albert! ¡Rápido!

—¡Rápido, Watson, el juego ha comenzado! —dijo Albert, riendo como un lunático. Abrió el envoltorio de celofán y miró a Bob, que asintió. Albert sacó la pasta y la mordió. Por los lados se escurrieron nata y jalea de frambuesa. Albert sonrió—. ¡Ez deli-zioza! —exclamó con la voz amortiguada, dispersando migas al hablar—. ¡Deliciosa!

Se la tendió a Bethany, que dio un mordisco más grande.

Al oler el relleno de frambuesa, el estómago de Laurel pareció borbotear. La muchacha se echó a reír. Súbitamente se sentía mareada, alegre, casi drogada. Las telarañas producidas por la despresurización habían desaparecido casi por completo; sentía la cabeza como si fuera la habitación de una planta alta después de haber soplado la fresca brisa marina en una tarde caliente y pegajosa. Pensó en Nick, que no estaba allí, que había muerto para que los demás pudieran estar allí, y se le ocurrió que a él no le hubiera importado que se sintiera así.

El sonido coral continuaba aumentando. Era un sonido sin dirección, un suspiro cantarín sin origen definido que los envolvía: aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

Bob Jenkins salió de detrás de la barra, sorteando la caja registradora a tal velocidad que tuvo que cogerse al carrito de los condimentos para no perder el equilibrio y caer. Lo logró, pero el carrito de acero inoxidable se estampó contra el suelo con un estallido maravilloso y resonante, dispersando cubiertos de plástico y paquetitos de mostaza, ketchup y especias en todas direcciones.

—¡Rápido! —exclamó—. ¡No podemos quedarnos aquí! Va a suceder pronto, creo que en cualquier momento, y no podemos estar aquí cuando ocurra. ¡Creo que no es seguro!

—¿Qué es lo que no es ...? —empezó a preguntar Bethany, pero entonces Albert la rodeó con un brazo y la arrastró detrás de Bob, su lunático guía, que ya corría hacia la puerta de la cafetería.

Salieron corriendo y lo siguieron hacia la sala de embarque de la United. Ahora, el eco de sus pisadas casi se perdía en el poderoso canturreo que inundaba la terminal desierta, sonando y resonando en las innumerables gargantas de sus pasillos.

Brian advirtió que aquella vasta nota empezaba a fragmentarse. No se estremecía, ni siquiera cambiaba realmente, pero adquiría nitidez del mismo modo que lo había adquirido el sonido que emitían los lagolieros conforme se iban aproximando a Bangor.

Cuando volvieron a entrar en la sala de embarque, vio que una luz etérea empezaba a deslizarse sobre las sillas vacías, los monitores oscuros de «Llegadas» y «Salidas» y los mostradores de embarque. El rojo siguió al azul; el amarillo, al rojo; el verde, al amarillo. El aire parecía llenarse de una espera enorme y exótica. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, que todo el vello se le erizaba. Una nítida sensación de seguridad empezó a invadirlo como un rayo de sol matinal: «Estamos al borde de algo, de una cosa grande y sorprendente», pensó.

—¡Por aquí! —gritó Bob. Los condujo hacia la pared situada junto al camino por donde habían entrado. Era una zona reservada para pasajeros, protegida por un cordón de terciopelo rojo. Bob saltó por encima con la misma facilidad del escolar que había sido alguna vez— ¡Contra la pared!

—¡Contra la pared, gilipollas! —gritó Albert en un espasmo de risa súbita e incontrolable.

Se reunieron con Bob, apretándose contra la pared como sospechosos en una rueda de identificación policial. En el desierto vestíbulo circular que tenían delante, los colores resplandecieron un momento y después empezaron a desvanecerse. Sin embargo, el ruido

continuaba intensificándose y se hacía más real. A Brian le pareció que en ese ruido distinguía voces y pasos, incluso algunos molestos llantos de bebé.

—¡No sé de qué se trata, pero es maravilloso! —exclamó Laurel, que reía y lloraba simultáneamente—. ¡Me encanta!

—Espero que aquí estemos seguros —dijo Bob. Tuvo que alzar la voz para que lo oyeran—. Creo que sí. Nos encontramos lejos de las principales zonas de tráfico.

—¿Qué va a suceder? —preguntó Brian—. ¿Qué es lo que sabe?

—¡Cuando atravesamos la falla de tiempo hacia el este, retrocedimos en el tiempo! —gritó Bob—, ¡Fuimos al pasado! Tal vez sólo quince minutos, ¿recuerdan que lo dije?

Brian asintió y, de pronto, la cara de Albert se iluminó.

—¡Esta vez nos ha conducido al futuro! —exclamó—. Es eso, ¿no? ¡Esta vez la falla nos ha conducido al futuro!

—¡Sí, creo que sí! —respondió Bob a gritos. Sonreía sin poder evitarlo—. ¡Y en lugar de llegar a un mundo muerto, a un mundo que se había movido sin nosotros, hemos llegado a un mundo que está a punto de nacer! ¡Un mundo tan fresco y nuevo como una rosa en el momento de abrirse! Creo que eso es lo que está sucediendo ahora. Eso es lo que oímos y percibimos, lo que nos ha producido esta alegría tan maravillosa e involuntaria. Creo que estamos a punto de ver y experimentar algo que ningún hombre y ninguna mujer han contemplado nunca. Hemos presenciado la muerte del mundo; ahora creo que vamos a asistir a su nacimiento. Creo que el presente está a punto de alcanzarnos.

Así como habían brillado y se habían desvanecido los colores, disminuyó de pronto el timbre profundo y reverberante del sonido. Al mismo tiempo, las voces que lo formaban empezaron a hacerse más fuertes y claras. Laurel comprendió que estaba oyendo palabras e incluso frases enteras:

—... tengo que llamarla antes de que decida...

—... realmente no creo que la opción sea viable...

—... y si no podemos cargarle este asunto a la compañía madre, nos iremos a casa secos...

Eso era lo que pasaba frente a ellos a través del vacío que había al otro lado de la cuerda de terciopelo.

Brian Engle sintió que en su interior crecía una especie de éxtasis que lo envolvía en un resplandor de maravilla y felicidad. Tomó la mano de Laurel y sonrió a la joven cuando ella la cogió y la apretó con fuerza. Junto a ellos, Albert abrazó de pronto a Bethany, y ésta empezó a llenar su cara de besos, riendo. Bob y Rudy se sonrieron encantados, como amigos perdidos que se han encontrado por casualidad en un lugar absurdo y apartado del mundo.

Por encima de sus cabezas, las luces fluorescentes empezaron a encenderse. Lo hicieron sucesivamente, desde el centro del recinto, en un círculo en expansión que atravesó todo el vestíbulo, apartando las sombras de la noche como si fuera un rebaño de ovejas negras. De pronto, Brian percibió olores: sudor, perfume, loción para después del afeitado, agua de colonia, humo de cigarrillos, cuero, jabón, desinfectante industrial...

El amplio círculo del vestíbulo de embarque permaneció vacío un instante más. Era un lugar ocupado por las voces y los pasos de aquellos que todavía no existían. Y Brian pensó: «Voy a presenciarlo. Voy a ver el presente en movimiento, llegando a este futuro estacionario y arrastrándolo, igual que aquellos ganchos de los antiguos trenes expreso solían enganchar sacas de correspondencia de los postes del Servicio de Correos que había junto a las vías de los pequeños pueblos soñolientos del Sur. Voy a ver cómo se abre el tiempo del mismo modo que una rosa en una mañana de verano».

—Sujétense —musitó Bob—. Quizá se produzca una sacudida.

Apenas un segundo más tarde, Brian percibió un golpe sordo, no sólo bajo sus pies, sino también en todo su cuerpo. En el mismo momento sintió como si una mano invisible le hubiera dado un empujón en el centro de la espalda. Se inclinó hacia delante y notó que Laurel lo seguía. Albert tuvo que coger a Rudy para evitar que cayera. A Rudy no pareció importarle; en su cara apareció una sonrisa inmensa, delirante.

—¡Mira! —jadeó Laurel—. ¡Oh, Brian, mira!

Él miró y sintió que se le cortaba la respiración.

La sala de embarque estaba llena de fantasmas.

Figuras etéreas, transparentes, se cruzaban y entrecruzaban por la gran zona central: hombres con trajes de ejecutivo y carteras en la mano; mujeres con hermosos conjuntos de viaje; adolescentes con Levis y camisetas decoradas con logos de grupos de rock. Vio a un padre fantasma llevando de la mano a dos niños fantasma y, a través de ellos, a otros fantasmas sentados en las sillas, leyendo ejemplares transparentes de *Cosmopolitan*, *Esquire* y *U.S. News & World Report*. Después, el color descendió en una serie de resplandores de cometa sobre aquellas formas y las solidificó, y las voces resonantes se resolvieron en un prosaico enjambre en estéreo de verdaderas voces humanas.

«Estrellas fugaces —pensó Brian—. Sólo estrellas fugaces.»

Los dos niños eran los únicos que estaban mirando directamente a los supervivientes del vuelo 29 cuando se produjo el cambio; ellos fueron los únicos que vieron a cuatro hombres y dos mujeres en un lugar donde un segundo antes sólo había una pared vacía.

—¡Papá! —exclamó el pequeño, tirando de la mano derecha de su padre.

—¡Papá! —dijo la niña, tirando de su mano izquierda.

—¿Qué? —preguntó el padre, lanzándoles una mirada impaciente— ¡Estoy buscando a mamá!

—¡Gente nueva! —dijo la niña, señalando a Brian y a su desaliñado quinteto de pasajeros—. ¡Mira la gente nueva!

El hombre miró un momento a Brian y a los otros, y apretó la boca en un gesto nervioso. Brian supuso que era a causa de la sangre. Él, Laurel y Bethany habían tenido hemorragias nasales. El hombre sujetó con fuerza las manos de los niños y empezó a arrastrarlos a toda prisa.

—Sí, bien. Ahora, ayudadme a buscar a mamá. ¡Menudo lío!

—¡Pero no estaban allí antes! —protestó el niño—. Ellos...

Desparecieron entre la multitud apresurada.

Brian miró los monitores y vio que eran las cuatro y diecisiete minutos de la madrugada.

«Aquí hay mucha gente —pensó—, y apuesto a que sé por qué.»

Como confirmación, se oyó una voz por los altavoces: «Todos los vuelos hacia el Este continúan en suspenso a causa de las condiciones meteorológicas inusuales sobre el desierto de Mohave. Lamentamos las molestias, pero les pedimos paciencia y comprensión mientras continúen en vigor las medidas de precaución. Repetimos: todos los vuelos hacia el Este...»

«Condiciones meteorológicas inusuales —pensó Brian—. ¡Oh, sí! Las más extrañas condiciones meteorológicas que jamás hayan existido.»

Laurel se volvió hacia Brian y miró su rostro. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y no hizo ningún esfuerzo por secarlas.

—¿La oíste? ¿Oíste lo que dijo la niña?

—Sí.

—¿Es eso lo que somos, Brian? ¿Gente nueva? ¿Crees que eso es lo que somos?

—No lo sé —contestó él—, pero es lo que se siente.

—Eso fue maravilloso —dijo Albert—. Dios mío, fue lo más maravilloso del mundo.

—¡Totalmente tubular! —gritó Bethany feliz, y empezó a dar otra vez palmadas.

—Y ahora, ¿qué hacemos Brian? —preguntó Bob—. ¿Alguna idea?

Brian miró hacia la atestada zona de embarque y dijo:

—Creo que quiero salir. Respirar aire fresco y mirar el cielo.

—¿No deberíamos informar a las autoridades de lo que...?

—Lo haremos —dijo Brian—. Pero primero quiero ver el cielo.

—Y tal vez comer algo —dijo Rudy, esperanzado.

Brian rió.

—¿Por qué no?

—Mi reloj se ha detenido —dijo Bethany.

Brian miró su muñeca y vio que al suyo le había pasado lo mismo. Todos sus relojes se habían detenido.

Brian se lo quitó, lo dejó caer al suelo con indiferencia y rodeó con su brazo la cintura de Laurel.

—Nos piramos de aquí —dijo—. A menos que alguno de ustedes quiera esperar el próximo vuelo al Este.

—Hoy no —dijo Laurel—, pero pronto lo haré para ir a Inglaterra. Tengo que buscar a un hombre en... —Durante un momento horrible creyó que había olvidado el nombre, pero al final lo recordó—. En Fluting —dijo—. Preguntar a cualquiera de High Street. La gente todavía lo llama el capataz.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Albert.

—Margaritas —contestó ella, y se echó a reír—. Creo que estoy hablando de margaritas. Hala, vamonos.

Bob sonrió, mostrando unas rosadas encías de bebé.

—Pues yo creo que la próxima vez que tenga que ir a Boston cogeré el tren.

Laurel empujó con el pie el reloj de Brian y preguntó:

—¿Estás seguro de que no lo quieres? Parece caro.

Brian sonrió, meneó la cabeza y la besó en la frente. El olor de su cabello era sorprendentemente dulce. Se sentía más que bien; se sentía renacido: cada centímetro de su persona era nueva y fresca, y no llevaba las marcas del mundo. De hecho, sentía que si abría los brazos podría volar sin ayuda de motores.

—En absoluto —dijo—. Sé qué hora es.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hora es?

—Ahora y media.

Albert le dio una palmada en la espalda.

Abandonaron juntos la sala de embarque, abriéndose camino a través de los grupos de impacientes pasajeros. Muchos los miraron con curiosidad, y no sólo porque algunos de ellos parecían haber sufrido hemorragias nasales recientemente, o porque estuvieran riendo en medio de tanta gente enfadada y fastidiada.

Miraron porque esas seis personas parecían, por alguna razón, más brillantes que todos los demás.

Más reales.

Más presentes.

«Sólo estrellas fugaces —pensó Brian. Y de pronto recordó que en el avión quedaba todavía un pasajero, el hombre de la barba negra—. Jamás olvidará esta resaca.» Sonrió y comenzó a correr arrastrando a Laurel. Ella se echó a reír y lo abrazó.

Los seis corrieron juntos por el vestíbulo hacia las escaleras mecánicas, al encuentro del mundo que había más allá.